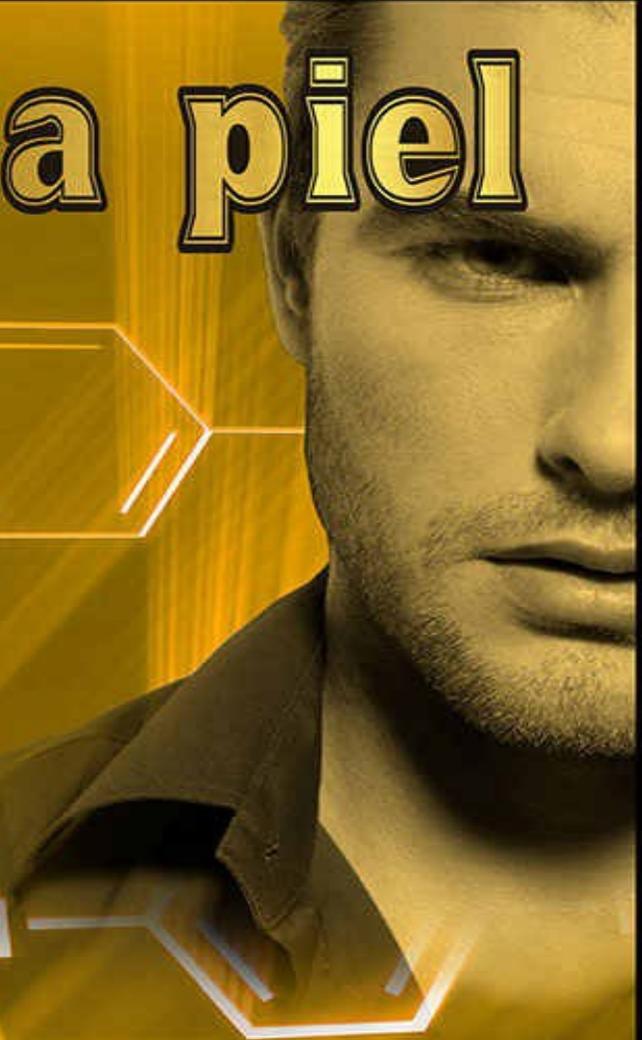


Selecta

Segunda piel



**Nadia
Noor**

Segunda piel

Nadia Noor

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A mi padre, quien me enseñó,
sobre todas las cosas,
ser buena persona.

Capítulo 1

Niza, enero de 2008

El profesor Francis Lacroix dejó las gafas de pasta sobre la mesa de trabajo y empujó furioso unos folios desordenados. Se sentía frustrado, puesto que el polímero idóneo que tanto necesitaba para el producto que deseaba crear se le resistía. Por el momento, la ansiada fórmula tendría que esperar. Francis lanzó una mirada furtiva al reloj situado encima de una estantería estrecha. A su lado, varios tomos de manuales técnicos, apilados de cualquier manera, amenazaban con caerse en cadena con efecto dómينو. Se levantó con gesto cansado y dejó la bata de laboratorio sobre el respaldo de la silla. Mientras caminaba hacia la salida, con paso apresurado, el profesor observó que los pasillos del Laboratorio Francés de Biología Molecular (FMBL) estaban desiertos. Saludó al guardia de seguridad y abandonó la sede.

Mientras recorría las céntricas calles de Niza, comenzó a visualizar una larga cadena de polímeros que podrían servirle. Avivó el paso entusiasmado y sonrió satisfecho cuando llegó a su domicilio, situado en el exclusivo barrio Mont Boron. La clave a su encrucijada estaba en *siloxane*. ¿Cómo no lo había visto antes?

Entró en su casa rebosando optimismo y enfrentó con valentía la mirada cargada de reproches de su mujer, Adela. Se acercó a ella y le dio un fugaz beso en la mejilla.

—Francis, ¿sabes qué hora es? —preguntó ella, con un leve toque de amargura en la voz—. Esta semana no has cenado ningún día con nosotros. ¡Vives solo para tus fastidiosas moléculas!

—¡*Siloxane*! —fue su corta y única respuesta—. Esta es la clave que buscaba. Todos los polímeros deben contener una estructura química llamada

siloxane. ¿A que es increíble?

Distraído, dejó a su mujer de lado y se dirigió pletórico hacia su despacho. Encendió la lámpara de mesa, se acomodó ante su escritorio y comenzó a dibujar en un cuaderno una larga cadena de fórmulas químicas.

Media hora más tarde, Francis se acordó de la cena y acudió al comedor. Como era de esperar, su familia ya se había retirado y la estancia lo recibió silenciosa. Se sentó ante la mesa y comenzó a cenar. El solomillo acompañado con judías verdes estaba frío, pero, aun así, delicioso. Adela se coló entre sus pensamientos y un amargo sentimiento de culpa le atravesó el alma. De pronto, el hombre perdió el apetito. Sabía que no le prestaba la atención que ella merecía; sin embargo, por el momento, no podía mejorar la situación. Para el profesor Lacroix, no había nada más importante que sus investigaciones. Después de veintidós años casados, seguía preguntándose por qué Adela le había escogido a él. Ella, una mujer fina y elegante, que provenía de una de las cunas más distinguidas del Condado de Niza, había elegido como marido a un científico que trabajaba para el FMBL. Francis, aparte de un sueldo aceptable y un poco de prestigio, no aportaba nada a su familia. Además, vivía en su mundo particular rodeado de moléculas e investigaciones.

El hilo de sus pensamientos fue interrumpido por unos pasos que se acercaban. Al levantar la vista, se encontró de frente con su único hijo, Martin. Era un joven tímido e introvertido y, pese a esforzarse, su padre no pudo acordarse de si había cumplido, recientemente, veinte o veintiún años.

—Mamá te estuvo esperando... —le recriminó su hijo, dolido—. Cada vez que mademoiselle Biton nos llamaba para cenar, inventaba alguna excusa.

—Lo siento, no me di cuenta de que fuese tan tarde. —La voz de Francis sonó vacía.

—Ya... —Martin suspiró y se sentó resignado en una silla—. Desde que tengo edad para recordar las cosas, siempre te he oído decir lo mismo. ¡Mamá no se merece que la trates así! Está triste y desanimada, le duele tu indiferencia. ¿Es qué no lo ves?

Francis dejó el tenedor y el cuchillo cruzados sobre el borde del plato. Definitivamente, había perdido las ganas de cenar. Soltó un suspiro al tiempo que un sabor amargo le atravesó la garganta.

—¿Sabes? Esta tarde he conseguido encontrar la clave que buscaba. Todos los polímeros deben contener una estructura química llamada *siloxane*. A

partir de ahí, conseguiré el adecuado y crearé «la segunda piel». Después de esto, me llevaré a tu madre de vacaciones. Y llegaré a tiempo para cenar, todos los días. Te lo prometo.

—Tu último proyecto duró cuatro años, papá. ¿No ves qué mamá se está apagando? Día tras día, espera que la vida le dé algo más que soledad.

A la mañana siguiente, Francis decidió contentar la voz de su conciencia. Apagó el móvil y se llevó a Adela para dar un paseo por la playa. La palabra *siloxane* gritaba con fuerza en el interior de su cabeza, pero logró dominar el impulso de ir al laboratorio para seguir trabajando. Se puso unos pantalones ligeros de lino y una sudadera de algodón que, junto al sombrero de fieltro, le aportaron frescura a su rostro envejecido antes de tiempo. Adela rebosaba felicidad y una sonrisa cálida permaneció dibujada en su rostro durante todo el trayecto.

Eligieron la *plage* Beau Rivage para pasear. A las insistencias de ella se quitaron los zapatos y dejaron los pies descalzos hundirse en la arena húmeda. Francis no era amante de la naturaleza, ni tenía la sensibilidad necesaria para admirar el vaivén de las olas que bailaban sobre la superficie lisa del mar; no obstante, tuvo que reconocer que aquel cosquilleo en la planta de los pies resultaba agradable y relajante.

Almorzaron en un pequeño restaurante situado en el paseo marítimo, donde pidieron una tabla de quesos variados y *pissaladière*, una coca elaborada con anchoas, tomate triturado, cebolla, huevo y aceitunas. El vino blanco, levemente afrutado, puso el punto final a una comida agradable. Después de comer, Adela insistió en tumbarse en la arena.

—Es pleno enero, la arena estará fría —refunfuñó Francis, pero ante la mirada suplicatoria de ella, se dejó convencer. Tumbados boca arriba, contemplaron el cielo y contaron las gaviotas que rondaban en círculos sobre las olas agitadas del mar. Después, se buscaron las manos y las entrelazaron en una caricia ansiada.

—Si a mí me pasara algo —dijo Adela, de improvisto—, cuida y protege a Martin. Está solo, no tiene hermanos y, casi, no tiene amigos.

—¿Qué te va a pasar? —Francis se puso de pie indispuerto al tiempo que sacudía la tela de los pantalones para deshacerse de la arena que se había adherido a su ropa—. No hables como si tuvieras un mal presentimiento, porque no creo en estas cosas, y lo sabes. Además, Martin ya no es un niño, ha cumplido veintiún años. Si está solo, es porque quiere.

—Lo sé. —asintió ella, pensativa. Atrapó las manos agitadas de su marido, demandando su atención. Cuando la obtuvo, le pidió con voz cargada de anhelo—: Tú solo prométemelo.

—Te lo prometo —accedió desganado. La sombra de un mal presagio se cernió sobre él y tuvo que esforzarse para aparentar normalidad delante de Adela.

—Gracias —murmulló ella, al tiempo que depositaba un beso agradecido en la palma de su mano. Y le miró de un modo entre doloroso y complacido, que a su esposo le partió el alma. Cayó en la cuenta de que, dedicando sus mejores años a sus investigaciones, había dejado de lado lo más preciado que tenía: a ella. A partir de ese día, Francis decidió cambiar el orden de sus prioridades.

Capítulo 2

Silvina aparcó el coche haciendo más maniobras de las necesarias. Salió del vehículo y, tras un par de intentos fallidos de cerrar la puerta, desistió. Sabía que era una chatarra, pero, por ahora, no podía permitirse otro mejor. Suspiró resignada y pensó esperanzada: «Algún día me compraré el coche más caro del mercado. ¡Algún día!». Levantó la vista hacia los estudios de grabación Red Records y, sin poder creérselo del todo, accedió por la puerta principal. Nada más entrar en el vestíbulo, observó un espejo enorme que ocupaba toda la pared. Se posicionó delante de este e hizo un ligero intento de retocar su aspecto. Se alisó el corto vestido de lana y las medias de nylon ya que, como eran dos tallas más grandes, se habían escurrido formando unos antiestéticos círculos alrededor de la rodilla. Se cepilló con los dedos la mata de cabello castaño que ondeaba de cualquier forma sobre su espalda y, tras acercar su rostro a la dura superficie del espejo, cayó en la cuenta de que sus ojos verdes estaban maquillados en exceso. Acercó el índice a su cara y lo deslizó despacio por debajo de su párpado inferior. Estaba eliminando una gruesa capa de maquillaje cuando una voz estridente la sobresaltó:

—Señorita, esto no es un baño público. Si tiene cita, pase, por favor; de lo contrario, abandone el edificio.

—¡Tengo cita! —anunció ella, con una seguridad que realmente no sentía. ¿La tenía? La noche anterior un hombre, que se llamaba a sí mismo productor musical, acudió al bar en el que ella cantaba y se mostró dispuesto a darle una oportunidad. Le facilitó aquella dirección y un nombre. Silvina se frotó con disimulo el dedo manchado de maquillaje en la tela de su vestido y enfrentó la mirada del vigilante con valentía—. El señor Patrick me está esperando.

—¿El señor Patrick...? —El vigilante entornó los ojos y la miró de un

modo extraño—. ¿Patrick qué?

El entusiasmo de la joven disminuyó. No sabía cuál era el apellido del supuesto productor. Solo le había dicho su nombre y Silvina, a sus dieciocho años, creyó haber tocado el cielo y no le preguntó más datos. Cantaba bien y lo sabía, pero sin un poco de ayuda, su carrera no iría a ningún lado. Y ser una vulgar cantante en un cutre bar nocturno, desde luego, no era su sueño. Esa podría ser su gran oportunidad. Maldita sea, no la iba a desaprovechar. «Patrick no es un hombre demasiado común», se dijo para infundirse ánimos.

—Patrick y... nada más. —El hombre vaciló ante su renovada seguridad—. No puede trabajar aquí más de un productor musical con ese nombre.

—*D'accord, madeimoselle* —accedió, ante la mirada triunfante de Silvina.

¡Lo había logrado! Patrick existía, era productor y había conseguido pasar el primer filtro para llegar hasta él.

La joven se contuvo de marcarse unos alegres pasos de baile y siguió al vigilante. Cuando llegaron a la segunda planta, Silvina ahogó un grito de triunfo al observar, sobre una puerta de madera maciza, una placa dorada con el nombre: «Patrick Hoffman. Productor musical».

La chica no recordaba el aspecto del productor, puesto que, en el bar donde cantaba, la luz brillaba por su ausencia. Sin embargo, tras entrar en su despacho, quedó sorprendida ante el aspecto horroroso del hombre, que tenía la cintura perdida bajo decenas de kilos de grasa.

—¡Buenas tardes, señor Hoffman! —saludó, con fingida seguridad—. Gracias por recibirme.

Desde su silla, Patrick la evaluaba con un cierto aire de indiferencia que rozaba el aburrimiento. Al parecer no se acordaba de ella.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, haciendo caso omiso a su saludo, al tiempo que dejaba su espalda descascar sobre el respaldo de su sillón de cuero. Debido a aquella postura, dos botones de su camisa se soltaron de sus respectivas botoneras y dejaron entrever una parte de su generosa barriga.

—Silvina Ramírez, señor. Usted me escuchó cantar anoche, en el bar donde trabajo, y me dijo que mi voz tendría posibilidades...

—No sabía que fueras hispana. Además, ¡no puedes llamarte así! —le riñó con voz malhumorada y, ante su mirada desconcertada, añadió—: No venderías ni un miserable disco llamándote así. Te explicaré cuáles son las tres cualidades imprescindibles para ser cantante: lo primero, la voz, eso es indiscutible; lo segundo, un buen aspecto físico y, lo tercero, un buen

nombre. Vamos a comenzar por el nombre.

Patrick apuntó su nombre y su apellido en un papel y, después de un par de tachaduras, dejó las primeras dos letras del nombre y las primeras dos del apellido y exclamó satisfecho:

—¡Sira! A partir de ahora, ese será tu nombre.

—Sira —repitió la muchacha, aturdida.

—¿Cuál es tu historia? ¿Tu familia es española, o eres iberoamericana?

—No tengo familia, señor. En la casa de acogida me dijeron que mi madre no llevaba ningún tipo de documentación encima cuando me dejó, podría ser cualquiera; no lo sé, la verdad. Se presentó como Ingrid Ramírez y los funcionarios del centro me registraron con ese apellido. Por aquel entonces, yo no había cumplido ni un año, así que no pude aportar ningún dato. De mi padre jamás se supo nada. A juzgar por mis rasgos... no creo que sea hispana al cien por cien, o puede que ni siquiera lo sea por parte de mi madre.

—Bueno, has nacido y te has criado aquí, así que eres francesa. De todas formas, no hables mucho sobre tus orígenes. Si llegase el caso, enfoca el tema en que eres huérfana, eso vende bastante. A la larga es mucho más rentable no tener parientes que tenerlos, ya lo verás. Sobre tu aspecto... —la mirada del hombre valoró su cuerpo con descaro de arriba abajo—, hay mucho que cambiar. El pelo castaño natural ya no se lleva. Habrá que encontrar un color que te favorezca y en cuanto a la ropa... bueno esto tiene fácil arreglo, te enviaré a una estilista para que te enseñe a vestir. Por último, cántame un fragmento de la canción *Like a virgin* de Madonna. Si consigues cantarla sin parecerle a ella, estaré contento.

Merde, se horrorizó la joven porque no se sabía esa maldita canción. Cuando Madonna había alcanzado el éxito con ella, Sira no había nacido siquiera. Los colores se apoderaron de su cara y un gran nudo comenzó a agarrotarle la garganta. No obstante, y sin saber cómo, comenzó a tararear la canción, utilizando los agudos y los graves que tan bien le salían.

Patrick la miró con una expresión pensativa, que podría significar cualquier cosa... Una vez que dio la canción por finalizada, en aquel despacho se instauró un silencio denso como el plomo. Después de varios segundos, clavó la vista en los botones sueltos de su camisa y los abrochó con sumo cuidado, como si la respuesta al talento de Sira se encontrase ahí. Se acarició con las manos la sobresaliente barriga y dijo:

—Cantas bien, pero no tienes nada que yo no haya visto antes. Eres una

«don nadie», no sabes vestirte y tienes un nombre horrible. Para sacarte un disco y promocionarte, tendría que gastar mucho dinero. Puede que funciones en el mercado, o puede que no. Mi pregunta es: ¿por qué debería depositar mi confianza en ti y no en cualquier otra?

En ese instante, a Sira no se le ocurrió ninguna razón de peso para ser ella la elegida. El sabor amargo de la derrota comenzó a colarse en su pecho cuando escuchó a Patrick decir:

—Me tienes que hacer feliz, Sira. Aquí y ahora.

Tras comprender el significado de su petición, la cantante retrocedió un paso. Toda aquella grasa, enfundada en el traje hecho a medida, la horrorizó. Había escuchado algunas leyendas urbanas sobre productores que se aprovechaban de las jóvenes cantantes, pero no podía creer que aquello le sucediese a ella. Solo tenía dieciocho años y, hasta ese momento, solo se había acostado con dos chicos: el primer encuentro lo tuvo a los quince años con un compañero de clase. Después de algunas citas breves y esporádicas, el chico pasó de ella y se lió con otra compañera. Al segundo lo conoció en un concierto, unos meses atrás. Se trataba del solista de una banda de rock que la sedujo con su voz potente y su mirada penetrante. Disfrutaron de un ardiente encuentro sexual en su camerino, después, no lo había vuelto a ver.

—¿Qué me dices, Sira? Firmamos hoy tu contrato, ¿o se lo dejarás a otra? Anda, quítate el vestido yo me pondré feliz con muy poco. Solo deseo tocarte las tetas y acabar entre ellas. Nada más.

Acto seguido, Hoffman se levantó y se dirigió hacia una pequeña nevera situada al lado de su mesa de trabajo. Abrió la puerta y ella observó que estaba bien abastecida con vasos y diferentes bebidas, como refrescos, vinos y champán. Patrick dejó dos copas sobre su escritorio y eligió una botella opaca, que no llevaba ningún tipo de etiqueta impresa. Vertió un líquido oscuro en cada vaso mientras centraba su mirada depredadora en ella.

—Vamos a brindar por tu éxito, Sira. Acércate, sé valiente.

Multitud de pensamientos se paseaban por la cabeza de la joven con la velocidad del rayo. Sin duda, quería una oportunidad, pero no sentía el menor deseo de dejarse manosear por ese montón de grasa. Para ganar tiempo, se acercó a Patrick y aceptó la copa que le ofreció. Tomó un sorbo pequeño y no reconoció qué tipo de bebida era, aunque su sabor dulzón le hizo pensar en algún tipo de licor oriental. Apuró todo el vaso sin degustarlo y, al momento, se sintió mareada. Dejó la copa vacía sobre la mesa y retrocedió un paso. Se

debatíó entre el deseo de firmar el contrato, que era su sueño, o salir de allí, despavorida. De pronto, una fuerza extraña se apoderó de ella, empujándola a levantar los brazos. Se deshizo de su vestido de lana, al tiempo que se preguntaba el porqué lo estaba haciendo. Su tierno cuerpo se estremeció bajo la mirada encendida de aquel depredador. Sus pechos redondos, envueltos en lencería blanca de algodón, se sacudieron y los pezones se endurecieron.

—Quítate el sujetador, con gestos lentos, por favor —le rogó Hoffman con voz pastosa, mientras se paseaba la lengua sobre los bordes de su boca seca y empalagosa.

Ella contuvo la respiración y el torrente de lágrimas que escocía sus ojos. No quería desnudarse; sin embargo, se sorprendió haciendo justo lo que él le pedía. Se desabrochó el sujetador con gestos torpes y expulsó un largo suspiro al sentir sus pechos, redondos y ligeramente pesados, moverse en libertad. Patrick le hizo una señal con la mano para que se acercara y Sira obedeció, preguntándose por qué, de repente, su mente se había quedado vacía. Cuando se encontró ante el productor, este le clavó sus dedos en los hombros obligándola a arrodillarse delante de su sillón. Después, le manoseó los pechos con movimientos lascivos, apretándolos con brusquedad. De los labios generosos de Sira salió un ligero chillido de dolor que, como consecuencia, provocó que una mueca excitada luciera en el rostro de Patrick. Con la otra mano, el hombre se bajó la cremallera del pantalón, liberando su pequeño y flácido miembro.

Sira cerró los ojos asqueada. Jamás había visto nada tan repugnante. Sintió cómo le apretujaba los pechos e introducía entre ellos aquel trozo de carne, caliente y laxa. Comenzó a frotarlo unas cuantas veces, esbozó un grotesco rugido y empapó el pecho femenino con un líquido caliente y resbaladizo. Sira despegó los párpados aturdida y, por una milésima de segundo, dudó si aquello había sucedido en realidad o se lo había imaginado. De pronto, la joven observó cómo el poderoso productor le daba la espalda, señal de que, lo que fuera que había sucedido, había finalizado.

Entonces, se dirigió al cuarto de baño y abrió el grifo. Juntó ambas manos y las llenó de agua fría para, después, tirársela sobre sus pechos. Los frotó con una pastilla de jabón, que halló sobre el lavado, y terminó por secarse con una gruesa toalla de algodón.

Tras volver a vestirse, Sira se sentó ante el escritorio de Patrick y firmó su contrato, sin saber que el encuentro había sido grabado.

Capítulo 3

El profesor Francis Lacroix llegó temprano al laboratorio. Lleno de entusiasmo se sentó ante su escritorio y comenzó a crear una biblioteca con más de un centenar de polímeros que contenían una estructura química llamada *siloxane*. Sabía que estaba cerca de culminar su ansiado proyecto, único en el mundo: se trataba de un folio transparente y elástico que, al tomar contacto con la piel humana, la tensaría, eliminaría la flacidez y suavizaría las arrugas. Sería el final de las operaciones estéticas. Un producto accesible, sano, económico y fácil de utilizar. Solo necesitaba encontrar la fórmula mágica. Trabajó toda la mañana sin descanso, pero, al no encontrar lo que buscaba, su ímpetu disminuyó. Cuando su teléfono sonó, se sobresaltó.

—Profesor Lacroix, tiene una visita —le informó la recepcionista, en tono profesional.

—¡Estoy ocupado! —le gritó Francis, malhumorado—. Solo atiendo visitas los jueves. Mira el gráfico antes de molestarme.

—Es una delegación oficial de Casablanca y su representante, el señor Rachid, dice que necesita hablar con usted. Ahora.

—Invítalo a la sala de juntas, iré en cuanto pueda —accedió molesto, sabiendo que no podía desatender una delegación oficial. Se quitó las gafas, se lavó la cara y bajó a la sala de juntas. Un hombre alto, imponente, poseedor de una mirada altiva, lo esperaba sentado en el sillón principal. No se levantó cuando entró Francis, señal inequívoca de que estaba al mando.

—Siéntese, profesor. —Sonrió con suficiencia y se recostó contra el respaldo de su asiento, como si aquello fuese el salón de su casa—. Necesito hacerle una propuesta.

—Dígame, lo escucho. —Francis se quedó de pie, en posición rígida. La

actitud de ese hombre le alertó y no pensaba tener ningún gesto condescendiente con él.

—¡Siéntese! —reiteró Rachid y, ante su mirada cortante, el profesor obedeció—. Sé que está cerca de crear un producto novedoso, bautizado con el nombre de «segunda piel». Por motivos personales, deseo estrenarlo en mi país. Le pagaré un dineral si se viene a continuar su proyecto a Casablanca. Tendrá a su disposición una casa, servicio doméstico, un sueldo en blanco y acceso a los laboratorios más prestigiosos de la ciudad.

La barbilla del profesor se cayó, en un inequívoco gesto de confusión.

—Primero, déjame que le diga que estoy sorprendido. No sé cómo se ha enterado de mi trabajo, es secreto profesional. Y, lo que me exige, es un disparate —respondió un alterado Francis—. No puedo dejar el FBML, tengo aquí un compromiso y, sobre lo que hago, pesa una cláusula de confidencialidad. Lo que me pide es absurdo, y hasta ilegal, me atrevería a decir.

—En el mundo de la investigación todos somos amigos, profesor. Usted presente la dimisión y, del resto, deje que me encargue yo.

—Señor Rachid, esta conversación ha terminado. No voy a dimitir, ni pienso ir a trabajar a Casablanca. —Francis se levantó de la silla y salió de la sala de juntas sin mirar atrás.

De vuelta a su laboratorio no consiguió concentrarse, ni logró encontrar la fórmula ansiada. Un mal presentimiento se coló en su interior desde que había tenido el encuentro desagradable con Rachid. A las siete de la tarde, la ansiedad le anuló cualquier intento de concentración, por lo que cerró su despacho y salió del FBML. Encendió el móvil y observó que tenía varias llamadas perdidas de un número desconocido y de su casa. Devolvió la última llamada recibida y mademoiselle Biton le contestó sollozando:

—Francis, ha ocurrido una desgracia. —Siguieron unas palabras incomprensibles envueltas en llanto—. Se trata de Adela.

—¿Qué pasa con Adela? —la voz de Francis, sonó ansiosa y asustada.

—Un coche, un terrible accidente... —Los sollozos de la mujer se escuchaban con mucha fuerza.

—¿Qué accidente? ¿Dónde está Adela? —Francis gritó desesperado.

—Se la llevaron al Hospital Pasteur. Al parecer, hace dos horas, mientras daba su paseo de tarde, fue atropellada por un coche. Intentamos comunicarnos contigo, pero el teléfono del despacho lo tenías desconectado y

el móvil apagado. Martin está con ella.

Francis cortó la comunicación y, con mano temblorosa, buscó el móvil de su hijo.

Veinte minutos más tarde, llegó precipitado al Hospital Pasteur. Adela se encontraba en el quirófano y tenía pronóstico reservado. Martin lucía en el rostro una expresión perdida y asustada.

—Mamá está muy mal, no saben si pasará de esta noche. —Martin, roto de dolor, dejó caer la cabeza en sus manos con gesto cansado.

—¡Pero eso... eso no es posible! —exclamó su padre, mientras luchaba con una garra invisible que le encorsetaba el corazón—. La dejé esta mañana igual que siempre. ¿Cómo ha pasado? ¿Quién ha sido?

—Un coche la embistió en un paso para peatones y se dio a la fuga. Dos testigos han declarado que vieron un vehículo negro, con matrícula del cuerpo diplomático, pero no han podido recordarla, así que... la policía no tiene nada.

—¿Nada?! Adela se está muriendo y, ¿no sabemos siquiera quién ha sido? —Una avalancha de sensaciones se cernió sobre Francis: culpabilidad, miedo, dolor y arrepentimiento. Una zarpa de hierro se ancló dentro de su corazón y dudaba de que alguna vez se librara de ella.

Media hora más tarde, cuando el médico se acercó a ellos, levantó la vista con gesto cansado. Martin ofrecía el mismo aspecto apático.

—Lo siento, mucho —anunció el médico en tono neutral—. No conseguimos parar la hemorragia interna. La señora Lacroix acaba de fallecer.

Capítulo 4

La nueva Sira se miró al espejo y a la joven le costó reconocerse a sí misma. El pelo rubio oscuro, recién tintado, se ondulaba de forma disciplinada sobre su espalda. El mono de cuero que llevaba puesto se pegaba como un guante a su cuerpo, evidenciando sus formas sensuales. Sus ojos verdes, maquillados en tonos oscuros, engrandecían su mirada y su boca generosa, sonreía. Se pellizcó la mejilla para infundirle un poco de color, ya que la notaba demasiado pálida. En tan solo unos minutos actuaría en público por primera vez. Patrick Hoffman se había convertido en su productor cuatro meses atrás y Red Records grabó su primer sencillo, una canción pegadiza que funcionaba bastante bien a la que se le unieron otras siete canciones que, por ahora, formaban todo su repertorio musical.

El técnico de sonido le hizo una señal con la mano, indicándole que faltaban menos de cinco minutos para salir al escenario. Sira asintió y se asomó por detrás de la cortina. La apartó un poco con la mano y la multitud y el bullicio de la gente la sobresaltó. Comenzó a tener dudas. ¿Y si la voz no le salía? ¿Y si no recordaba la letra? Podría perder el ritmo y no entrar a tiempo en el tono... podrían pasar tantas cosas...

«No, Sira, deja de tener miedo; has llegado hasta aquí, ahora no puedes echarte atrás. Entrarás con mucha energía en el escenario y sacarás toda la voz que llevas dentro. La que tiene dudas es Silvina, pero la que pisará el escenario con confianza es Sira. ¡Y tú eres Sira! Silvina ha muerto», se dijo. Cuando anunciaron su nombre pisó con fuerza el escenario y agitó las manos con entusiasmo para saludar a sus fans. Los acordes de una guitarra eléctrica comenzaron a sonar con fuerza. Sira lanzó un agudo prolongado y entró de pleno en la canción. El juego de las luces la cegó, pero consiguió alinearse al

lado de los bailarines y acompasó sus pasos a los de ellos. Cuando el público cantó el estribillo junto con ella, la muchacha ganó confianza y se entregó por completo a la canción y a sus fans.

El primer concierto de Sira fue todo un éxito y supo que, a partir de ese día, nada ni nadie podrían parar su ascenso. Sira no iba a ser una simple cantante, iba a ser una estrella.

Para su sorpresa, a la salida del recinto donde se había celebrado el concierto, la estaban esperando una multitud de chicas jóvenes para pedirle que les firmase un autógrafo. Se sintió poderosa y feliz. Sus pies parecían haberse deslizado de la tierra y su cuerpo entero flotaba en el aire. Cuando el tumulto de gente se calmó, los organizadores la llevaron al hotel. Sira no conocía la ciudad donde se encontraba y le hubiese gustado pasear y saborear su éxito, pero Patrick le prohibió que saliera del recinto.

—Sira, no estás de paseo, te encuentras en ese lugar por trabajo. Te quiero pronto en la cama para que estés resplandeciente mañana. No bebas ni cenes demasiado, tampoco hables, si no es necesario. Tu voz es tu herramienta de trabajo, nunca lo olvides.

Y, de repente, toda la felicidad de Sira se esfumó. Se encontraba sola, en una habitación de hotel, de una ciudad desconocida. Se asomó a la ventana y observó cómo la gente paseaba en un incesante vaivén. Se sentía vacía. Abatida, comprendió que no tenía a nadie con quien compartir su éxito. Y un éxito no compartido no parecía real.

Se había criado en una casa de acogida y, aun cuando había puesto todo el empeño posible en buscar una nueva familia, ninguna llegó a interesarse por ella. Ni ella misma ni sus educadores encontraron justificación en su fracaso de encontrar padres: era una niña despierta, sin aparentes problemas de comportamiento, que deseaba agradar. Cada vez que alguna pareja interesada acudía al centro para adoptar a un niño, se ponía su mejor vestido y esperaba paciente para ser la elegida. Sin embargo, siempre ocurría lo mismo: las parejas la miraban, le acariciaban sus largas coletas, le decían que era una niña muy bonita y pasaban de largo. Con los años, Sira comprendió que, simplemente, algunas cosas nunca ocurrirían. Cuando cumplió diecisiete años abandonó la casa de acogida, se mudó con otra chica a un piso destartado y sucio y comenzó a cantar en un bar de noche. Meses más tarde, Hoffman se cruzó en su destino y su sueño comenzó a tomar forma. Sabía, sin duda, que tras finalizar la gira de conciertos, su vida cambiaría. Podría alquilarse un

piso mejor, cambiarse de coche y, quizá encontraría un chico decente para salir.

Algún día sería feliz. Tras zapear un tiempo los canales de la televisión, decidió llamar a su compañera de piso. Con seguridad, se alegraría al saber que Sira había sobrevivido con éxito a su primer concierto. Después de doce tonos sin respuesta, dejó de insistir. Comprobó con amargura que, a parte de ella misma, nadie se alegraría por su éxito.

«¿Qué rayos, Sira? ¿Y qué si estás sola? ¿Dónde estabas hace cuatro meses y, dónde estás ahora? Pronto tendrás montones de amigos deseosos de compartir lo que sea contigo. Ahora duérmete y mañana ofrece tu mejor cara y voz a tus fans. Ellos harán el resto por ti».

El día siguiente amaneció soleado y Sira se despertó llena de optimismo. Los pájaros negros desaparecieron de su cabeza, para dejar el camino despejado. Había comenzado su vuelo hacia el éxito y nada ni nadie podían pararla.

Capítulo 5

Francis acabó su taza de café y apartó el plato de tortitas glaseadas recién hechas. Desde la muerte de Adela, su casa se había convertido en un lugar sin vida. Mademoiselle Biton no salía de su cuarto si no era imprescindible su presencia y Martin parecía una sombra. Se limitaba comer, respirar, ir a la universidad y encerrarse en su mundo. Adela había sido la conexión entre ellos, el alma de ese lugar.

Un cuarto de hora más tarde, abandonaba su hogar y se dirigía con paso apresurado hacia el laboratorio. Durante el camino su proyecto monopolizó sus pensamientos. Con seguridad, «la segunda piel» le insuflaría la energía necesaria para seguir viviendo.

Su despacho lo recibió desordenado y silencioso. Se quitó el abrigo de lana, al que dejó doblado con esmero sobre el respaldo de una silla, encendió el ordenador y comenzó a estudiar los polímeros que había seleccionado unos días atrás. Las fórmulas bailaban delante de sus ojos y tuvo el presentimiento de que se reían de él. No, definitivamente, no podía continuar con el proyecto. Aquello pertenecía a Adela. Recordó el día cuando se tocó la cara y le dijo, abatida:

—Francis, mi piel ya no luce igual de elástica que antes. Tendrás que inventar un producto para mí, para verme siempre hermosa, algo así... como una segunda piel. Un producto que borre todas las imperfecciones de mi rostro, eso sí que sea fácil de aplicar.

Tras escucharla, le sonrió condescendiente pensando que era la mujer más hermosa de la Tierra y que nunca tendría necesidad de una segunda piel para verse resplandeciente. Para complacerla, le contestó:

—De acuerdo, crearé para ti un producto para que te mantenga siempre

fresca y joven. Aunque, no lo necesitas y lo sabes.

Y ese mismo día se apuntó a un programa de creación de productos cosméticos novedosos y comenzó a investigar. Cuando estaba a punto de culminar sus dos años de trabajo, la vida le había quitado a Adela. Y, sin ella, «la segunda piel» dejó de tener sentido. Organizó, enfurecido toda la información de la que disponía y la guardó en un archivo al que bautizó con el nombre de «Información personal, no interés científico». Verificó la agenda del mes en curso y reparó en que sus compañeros trabajaban en la fórmula de unos aditivos petrolíferos. Se apuntó al programa y comenzó a investigar sobre la base existente, creada por otros químicos.

A las cuatro de la tarde, se sintió cansado y abandonó su despacho. Pensó con amargura que, mientras Adela vivía, su mejor deseo era de permanecer en el laboratorio y trabajar. Ahora que ella no estaba, el laboratorio había perdido todo su encanto. Comenzó a andar sin rumbo por la calle y, después de un tiempo, hizo que sus pasos se encaminaran en dirección al cementerio. No se sorprendió puesto que ese recorrido se había convertido en su amarga rutina desde la muerte de Adela. Al doblar una esquina, observó que un coche elegante, tipo *limousine*, se acercaba y aminoraba la marcha para, finalmente, pararse a su lado. Francis entrecerró los ojos; no obstante, los cristales ahumados le impidieron mirar en su interior. Su vista se posó sobre la matrícula trasera y se sobresaltó al ver que pertenecía al cuerpo diplomático de algún país árabe, que no pudo identificar. Recordó, de pronto, que un coche del cuerpo diplomático había embestido a Adela en el paso para peatones. ¿Podría ser el mismo? El gusanito del miedo se coló en su interior.

Francis no tenía enemigos, ni había hecho daño de forma consciente a nadie en su vida. No era rico, ni ostentaba un cargo importante en el FMBL. Enfrascado en sus pensamientos, advirtió que la puerta lateral del coche se abría y, a través de ella, un hombre corpulento le sonreía con frialdad, al tiempo que le invitaba a pasar con un gesto descortés. Pensó en negarse, pero la ventanilla del conductor se deslizó hacia abajo y una mano enguatada le instó a que entrara. Entendió, sorprendido, que no se trataba de una invitación, sino más bien de una orden.

Dominó el instinto de correr, pues sus peores conjeturas se estaban confirmando. Ese coche había golpeado a Adela y en ese instante venía a por él. Cuando accedió al interior del vehículo, sus ojos se agrandaron por la sorpresa.

—¿Tú?! —gritos descontrolados salieron de su garganta al tiempo que el enfado se apoderaba de él al ver cómo el hombre que estaba sentado en el asiento trasero del coche le sonreía con autosuficiencia—. ¡Tú has matado a mi mujer!

Comenzó a forcejear y pretendió golpearlo. Sin embargo, justo en ese instante, un dolor sordo aturdió su cabeza y advirtió que el conductor le había pegado un puñetazo en la mandíbula. Un hilo de sangre apareció en la comisura del labio inferior de Francis y un dolor agudo le traspasó el cráneo. La realidad se le hizo demasiado evidente para poder soportarla. Adela no había sufrido un accidente. ¡Adela había muerto por su culpa! Ante ese descubrimiento, su cerebro se paralizó.

—Cálmate, amigo —le pidió el hombre, en son tranquilizador—. Has cometido un pequeño error al subestimarme, pero no pasa nada; a todos nos ocurre alguna vez en la vida. No podías saberlo, por eso quiero ser generoso contigo. Para mí, el ser humano es un cúmulo de muchos errores; errores que, por supuesto, hay que pagar y aprender de ellos.

—¿Qué quieres decir con eso? —gritó Francis, descomedido—. Me quitaste lo más valioso que tenía. ¿Qué más puedes arrebatarme? Ya no me queda nada —dijo, para sí mismo, en voz baja.

—Francis, los científicos sois muy listos y, al mismo tiempo, muy torpes —reflexionó el hombre en un forzado tono amistoso—. Te queda todavía algo muy valioso: tu hijo, Martin. Su futuro está en tus manos.

—¡No! ¡A mi hijo no lo toques! —Francis lanzó un chillido cargado de rabia y, sin poder controlar sus instintos, descargó un puñetazo en la espalda del hombre. Acto seguido, fue golpeado con un objeto contundente en la cabeza. El dolor que sintió le hizo ver una lluvia de estrellas y perdió el conocimiento, al instante.

—¡Despierta, profesor! —la voz del hombre sonó siniestra y lejana—. No tengo tiempo para tonterías. ¿Qué me dices? Me imagino que, mientras disfrutaste de esta improvisada siesta, habrás tomado una decisión.

Rendición. En la mirada de profesor Lacroix se podía leer, bien claro, esa palabra.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Francis, con voz apenas audible.

El semblante del hombre se relajó ante la sumisión del profesor. Comenzó a aplaudir y lo felicitó en tono sarcástico:

—¡Muy bien, aprendes rápido! La inteligencia es una cualidad que aprecio

muchísimo. Estoy encantado, veo que no me he equivocado al elegirte. Ahora, préstame atención, quiero que olvides tu vida actual y que te vengas conmigo.

—¡No puedo desaparecer, sin más! Dame un par de días. Dejaré todo en orden y vendré contigo. Te doy mi palabra.

—Lo siento, pero no es posible. Tendrás que venir... ¡ahora!

—¿Y mi hijo? —la voz de Francis salió rota de dolor—. Acaba de perder a su madre, tan solo unos días atrás... ¡no puedo desaparecer sin despedirme!

—No te atormentes por él. Se quedará sin padres, es cierto, pero vivirá.

Francis se dejó caer con pesadez sobre el asiento revestido en cuero. Derrotado, entendió que no tenía alternativa. Ninguna. Asintió con una leve inclinación de cabeza. El hombre esbozó una sonrisa triunfante y ordenó al conductor que se dirigiera hacia el aeropuerto.

Capítulo 6

Niza, agosto de 2009

¿Martín Lacroix? —preguntó una voz neutral al otro lado del auricular—. Soy el profesor Bisset, el sustituto de su padre, le llamo de los laboratorios FMBL. He encontrado en su ordenador algunos archivos y documentos con carácter personal. He pensado que, tal vez, le gustaría tenerlos...

—¿La policía tiene esos documentos? —preguntó Martin, esperanzado—. Sabe que mi padre ha desaparecido hace ocho meses y cualquier información es muy valiosa...

—Yo acabo de llegar al FMBL, pero me han dicho que la policía tiene copias de seguridad de todos sus archivos, así que, si los quieres..., serán para ti; de lo contrario, se destruirán.

—*Merci*, en este caso, apunte mi correo y envíamelos, por favor; es muy amable por su parte.

—*De rien*. Siento mucho su pérdida.

Cinco minutos más tarde, Martin contemplaba en su ordenador fotos de sus padres y algunas de sí mismo, siendo un niño. La emoción afloró bajo su piel al reencontrarse con el rostro sonriente de su madre. Las interrogantes se multiplicaron dentro de su cabeza al observar la mirada indescifrable de Francis. Los demás documentos que el profesor Bisset le había mandado eran puramente científicos; varios garrapatos de fórmulas y algoritmos químicos. No obstante, el último documento que abrió le llamó la atención de una forma especial, puesto que contenía treinta y nueve páginas y estaba redactado sin tachaduras. Martin se preguntó qué razones empujaron a su padre a bautizar un documento científico, tan bien elaborado y limpio, con el nombre de «No interés científico».

Sabía que Francis llevaba un tiempo trabajando en un proyecto importante. Si ese fuera «su proyecto», ¿por qué el laboratorio lo habría desestimado? Tal vez, el profesor Bisset no quería continuar un trabajo comenzado por su predecesor, o cabía la remota posibilidad de que no hubieran comprobado su contenido. Para despejar las dudas, Martin llamó al laboratorio y habló, de nuevo, con el sustituto de su padre. Le preguntó por la fecha en la que se había guardado el documento. Dos días después de la muerte de Adela, su padre lo había modificado. Este dato le pareció a Martin contundente y supo que su primera corazonada había sido acertada; ese documento contenía algo realmente valioso, o bien de índole personal o profesional.

Fuese como fuese, el documento no científico de treinta y nueve páginas despertó su interés y decidió investigarlo. Como estudiante de Ciencias Económicas, Martin sabía que cualquier gestión que llevara a cabo estaría condicionada por el dinero. Meses antes, había acudido al banco para verificar el estado de las cuentas de sus padres y quedó sorprendido al enterarse de que tenían entre seguros de vida, planes de pensiones, cuentas crecientes y ahorros, más de trescientos mil euros. Así que, ahora, decidió destinar parte de esos ahorros para decodificar el trabajo de Francis. Su lado sentimental le hizo pensar que se lo debía.

Al día siguiente, contrató a una profesora de química orgánica, especializada en cosmética, llamada René Pelissier. La mujer se hizo cargo del trabajo; sin embargo, unas semanas más tarde, admitió que decodificar el trabajo de Francis no era tarea fácil.

—Todos los polímeros contienen la misma estructura química —se lamentó—. Pero ¿por qué? No logro encontrar el sentido que el profesor le quiso dar, aunque tengo la impresión de que es algo importante.

—Unos días antes de desaparecer, mi padre me habló de un proyecto en el que estaba trabajando, pero no le presté demasiada atención en aquel momento. Estaba muy excitado e ilusionado con sus avances y me dijo algo así: «todos los polímeros deben contener una estructura química, llamada *siloxane*. A partir de ahí, conseguiré el adecuado y crearé «la segunda piel».

Esa valiosa información renovó los ánimos de René; no obstante, necesitó dos largos meses para dar con la ansiada clave.

—Tengo dos noticias —anunció, emocionada—. Como es habitual, una es buena y la otra es mala. ¿Cuál quieres oír primero?

—¡La buena! —eligió Martin esperanzado. Su innata inclinación hacia lo

positivo le hizo decantarse en esa dirección. Una de las máximas que regían su vida era la siguiente: «Si deseas lo bueno, lo atraerás hacia ti más tarde o más temprano; si te dejas dominar por la sensación de derrota, tu camino se verá plagado de fracasos».

—He decodificado el trabajo de tu padre. «La segunda piel» es un producto demandado, desde hace tiempo, por los gigantes cosméticos. Nadie, hasta ahora, ha conseguido crearlo. Se trata de un folio transparente, casi invisible, que se coloca sobre el rostro, con el fin de absorber y difuminar las arrugas y las imperfecciones. Además, lo protege de los agentes externos nocivos y es un escudo para los rayos ultravioletas. Asombroso, ¡tan simple, que duele!
—se maravilló René.

—Y, ¿qué tiene de malo? —quiso saber Martin.

René quedó sorprendida ante la entereza y la compostura de ese joven, de tan solo veintidós años, que había perdido a sus padres recientemente.

—Para sacarlo al mercado se necesita mucha pasta —declaró, convencida que aquello impresionaría al joven.

—¿Qué es «mucha pasta» para ti? —la sorprendió él, de nuevo—. Dispongo de trescientos mil euros.

—¡Caray! —exclamó, emitiendo un silbido—. Eso es mucho, sí, aunque me temo que insuficiente. A pesar de que no se me dan bien los números, te puedo facilitar los planes básicos, más los trámites aferentes, pero la cifra final no; lo siento.

—Dame lo que tengas y convertiré «la segunda piel» en mi proyecto de fin de carrera. Con la ayuda de mis profesores, sacaré los números. Aclarado este punto, nos falta encontrar alguna idea para hacer crecer mis ahorros. ¿Qué producto podemos crear que cueste poco y dé rentabilidad alta y rápida?

—Nadie tiene esta respuesta, por desgracia —rio condescendiente—. Es la clave del éxito, el sueño de cada empresario. En fin, podríamos poner las bases de un laboratorio esencial y comenzar con cremas hidratantes a base de productos naturales. Son, casi siempre, una apuesta segura.

—René, se me acaba de ocurrir un plan. Te propongo que fundemos una empresa. Se llamará AM Cosméticas, y tú serás la jefa de laboratorio, la encargada de crear nuestros productos. No puedo pagarte mucho ahora mismo; sin embargo, cuando saquemos al mercado «la segunda piel», te haré socia y te daré el treinta por ciento de los beneficios.

René quedó sorprendida ante el aplomo y las ideas tan claras que tenía. En

vez de un estudiante con las hormonas desbocadas, Martin parecía un hombre de negocios experimentado.

—Tú ves más allá que el resto de los mortales. —Se maravilló—. La mayoría de los jóvenes que estuvieran en tu lugar gastarían los ahorros de sus padres, sin inmutarse; en cambio, tú quieres invertirlo y multiplicarlo. ¡Qué demonios! Acepto trabajar para ti, pero ten en cuenta que no será nada fácil, necesitaremos licencias y aprobaciones. Te puedo asegurar que la vida de los peces pequeños es difícil; los grandes tiburones de la industria cosmética quieren nadar en solitario.

—Tú encárgate de sacar buenos productos, que de los tiburones me ocuparé yo — aseguró Martin lleno de optimismo.

Capítulo 7

Siete años, más tarde

Martín Lacroix llegó temprano a su oficina, situada en un moderno edificio de dos plantas. Desde su escritorio observaba cómo los rayos de sol acariciaban la fachada acristalada y penetraban en su despacho a través del techo inclinado. Roa, la directora de Marketing de AM Cosméticos, irrumpió en la estancia y dijo con jovialidad:

—¡Adivina, adivinanza! ¿Quién crees qué será la imagen de la «segunda piel»?

—Buenos días, Roa. No me gustan mucho las adivinanzas, ni tus maneras peculiares de adelantar noticias. En unos diez minutos, comienza la reunión y podrás presumir de tus avances.

El entusiasmo de Roa disminuyó.

—Alégrate, jefe; lo estamos consiguiendo. Deja de lado esa coraza tuya de seriedad. Vamos a disfrutar de este dulce momento. Sonríele a la vida, solo tienes veintiocho años y te comportas como si tuvieras sesenta. Como mínimo.

—No es una coraza. Yo soy así —replicó, dando la conversación por terminada.

—¿Sabes quién es Sira? —Cambió de tema, al tiempo que se sentaba en un sillón de cuero que había al otro lado del escritorio y cruzaba las piernas en actitud relajada—. Aunque, si me dijeras que no, no me sorprendería nada.

Los redondos ojos de Martín quedaron levemente entrecerrados por el asombro y un atisbo de admiración brilló en el azul oscuro de su mirada.

—Sira, ¿la cantante? ¡Claro que sé quién es! ¿Por quién me tomas?

—Ya veo. —La boca de Roa se curvó en una sonrisa complacida—. El

famoso cantoneo de sus caderas no deja a nadie indiferente, ni siquiera a ti. Puede que al final los chismes de la oficina sean infundados. Personalmente, no creo que seas gay.

Martin abrió muchísimo los ojos.

—¿En la oficina se rumorea que soy gay? —preguntó, sorprendido—. Si no me acuesto con una mujer cada día, ni desnudo con la mirada a mis empleadas, ¿significa que soy gay? Esto es el colmo del feminismo.

Ante la subida de tono de Martin, Roa se puso de pie y dijo con el semblante serio:

—Lo siento... creí que lo sabías. No pretendía ser indiscreta, ni meterme donde no me llaman. Lo que tú seas es asunto tuyo. En defensa de las habladoras, te diré que somos seis mujeres en tu equipo, la mayoría jóvenes y sin compromiso, y es raro que nunca tengas ningún gesto o palabra fuera de lugar con ninguna de nosotras. Eso es todo.

—Bueno, de todas formas, ya que has sacado el tema, prefiero dejarlo bien aclarado. No soy gay, me gustan las mujeres. No tengo nada en contra de ese colectivo; si lo fuera, lo diría sin problema. No me gusta relacionarme con nadie de mi entorno laboral y esta es la razón del porqué os trato a todas con respeto y cordialidad. La mujer que esté conmigo tiene que ser... diferente. No me interesan las relaciones convencionales, ni habituales. Busco algo... aún no sé lo que es, supongo que en cuanto lo encuentre, lo reconoceré.

—Martin, asunto más que aclarado. —Roa se ruborizó y se tocó sus rojizos rizos con gesto nervioso—. No tienes por qué darme explicaciones sobre tu vida privada. Lo siento, de verdad. Soy una bocaza, creo que tanta emoción me está afectando.

—Disculpas aceptadas —la tranquilizó con voz cálida y, tras comprobar el reloj, añadió—: Vámonos, es la hora.

En la sala de reuniones encontraron a René Pelissier, el cerebro de la «segunda piel», sentada en el cabezal de la mesa. Sonreía con timidez y se ajustaba, con gesto nervioso, la montura de sus gafas sobre el puente de su nariz respingona. Tras seis largos años de duro trabajo y pruebas fallidas había logrado obtener la ansiada fórmula. A su lado, estaba sentada Maríe, la contable y encargada de las finanzas de AM Cosmétiques. Seguía Annabell, la técnica de laboratorio, Vanessa la administrativa y Marta, la comercial. Martin se sentó en su habitual silla y, con un gesto tácito con la cabeza, le dejó el protagonismo inicial a Roa para exponer su campaña de marketing y

desvelar su gran fichaje. La palabra «gay» seguía dándole gloriosas vueltas por su cabeza. Se preguntó por qué la imagen que uno proyectaba al mundo llegaba de manera distorsionada a los demás.

—¡Hola a todas! Comenzaré mi exposición de hoy, con una pregunta. Si yo os digo: «No soy un ángel», ¿en quién estaría pensando?

—¿Sira?! —Las chicas se sorprendieron al unísono y un manto de admiración general se cernió sobre ellas.

—Martin, señoras —Roa sonrió orgullosa—. La imagen de la «segunda piel», bautizada como SSK, será... tachán, tachán: ¡Sira! Acabo de recibir el contrato firmado, está todo confirmado.

—Guay, es una cantante de éxito, una gran estrella. ¿Seguro que nos la podemos permitir? —preguntó la contable asombrada—. Tenemos liquidez, pero el valor total de nuestro presupuesto no puede sobrepasar los dos millones de euros.

—Yo leí el otro día que Sira ha amasado una fortuna de más de treinta millones. Esa chica no mueve una pestaña si no hay mucho dinero de por medio —añadió Vanessa.

—Lo normal sería cobrarnos un dineral, pero solo le pagaremos lo que acordamos, que son ciento veinticinco mil euros. Se ha comprometido a prestarnos su imagen durante un año y acudirá en persona al lanzamiento oficial. ¡¿A que es extraordinario?! —exclamó Roa, presuntuosa.

—No me cuadra. —Martin arrugó el entrecejo al mismo tiempo que la sombra de la duda se alojaba en su mirada inquisitiva—. ¿Por qué desearía una estrella de su nivel hacer eso? Organiza un encuentro. Quiero conocerla.

Capítulo 8

Sira se retocó con cuidado el lateral externo del ojo, al que encontró demasiado cargado de maquillaje. Era una obsesión que la seguía desde de sus inicios como cantante: nunca estaba contenta con su aspecto. Si llevaba mucho maquillaje, se veía muy recargada; si llevaba poco, su aspecto le parecía demasiado soso. Sabía que la imagen que proyectaba al mundo era la de una mujer fatal: rubia de larga melena, suave como la seda, cuerpo voluptuoso, bien formado, caderas irresistibles, pechos llenos y ojos de gata, de color verde intenso. Su aspecto era su fachada exterior; sin embargo, Sira lidiaba con sus inseguridades, como cualquier otra chica de su edad. Lanzó una última mirada al espejo y observó que su vestido de terciopelo, color granate, se ajustaba como un guante suave sobre sus pechos, para caer después en volandas sobre sus muslos desnudos. Ofrecía el aspecto deseado: sexy y arrebatador. Bajó los escalones del piso superior, activó la alarma y salió de su casa en busca del chofer. De camino hacia el restaurante, pensó en la cena de esa noche. No le gustaba el lugar adónde iba, ni lo que tenía que hacer. Decidió llamar a Luke, su novio, para distraerse. Al tercer tono, le contestó, solícito:

—Sira, cariño, ¿todo bien?

—Estoy de camino, ya sabes que esta noche tengo que ir a esa cena estúpida, con los creadores de la «segunda piel». Qué haré sentada entre químicos, investigadores y gente de ese tipo. ¡Me aburriré de muerte! —se quejó.

—Entonces, ¡no vayas! —le aconsejó él, con cautela—. Invéntate una jaqueca y punto. Es más, no sé por qué haces esto.

—Es un favor que le debo a Patrick. Ya te lo dije.

—Es un favor muy gordo, Sira; no puedes bajar tanto tu caché. Ciento veinticinco mil euros son una puta miseria. Y lo sabes.

—Como siempre, te preocupa más el dinero que yo. He de colgar ahora.

—No te enfades conmigo por cuidar de ti. Si has logrado tener tantos millones en tu cuenta es, precisamente, por mi buena gestión.

—A veces, pienso que estás conmigo porque soy la gallina de los huevos de oro. —La eterna duda se coló en su cerebro, salpicando inseguridades a su alrededor.

—Eres mi ángel y te quiero. —El tono de Luke sonó vacío y empalagoso.

Sira colgó y, tras comprobar que el coche había parado delante del restaurante, preparó su triunfal entrada. ¡Que empiece el show! —se animó, mientras clavaba con firmeza sus altos tacones en las baldosas de gres de la entrada.

El *maitre* la llevó a un pequeño reservado y, nada más acceder, le entraron unas ganas histéricas de reír. Un hombre joven y bastante atractivo la esperaba rodeado por seis chicas, que parloteaban animadas entre sí. Sira contó que, con ella, serían siete las mujeres que demandarían la atención del deseado caballero. Aquello se parecía al cuento Blancanieves, pero en chico. Sin saber por qué, experimentó de inmediato la necesidad de atraer la atención del protagonista

Una vez hechas las presentaciones, se enteró de quién era cada una y del puesto que desarrollaban en la empresa. Asimismo, supo que «Blancanieves» se llamaba Martin Lacroix y era el dueño del laboratorio AM Cosmétiques. Le sorprendió que fuera tan joven y atractivo. Desde su punto de vista, un científico debería tener un aspecto gris y borroso, vestir una americana de *tweed* sin forma alguna y llevar el pelo largo, atado en una coleta detrás de la nuca.

«¿Serás prejuiciosa?», rio para sus adentros.

—Sira, encantado de conocerte —la saludó de forma escueta y demasiado prudente para su gusto, cuando Roa los presentó.

Le dio formalmente la mano, sin adularla con la mirada, como hacían la mayoría de los hombres que tenían la suerte de tenerla cerca. Su rostro permaneció impasible como si hubiera conocido a la vecina del patio de al lado. Ni una mirada de más, ni un cumplido. No se había acercado a su mejilla, para permanecer con los labios pegados a su piel, unos segundos más de lo políticamente correcto. Nada.

Sira se sorprendió observándolo con mucha frecuencia, mientras Roa hablaba, sin parar, sobre el nuevo proyecto y las maravillas que este era capaz de hacer para la piel de los humanos.

Blanconieves aparentaba tener unos treinta años. De tanto en tanto se pasaba la mano por su pelo corto, un poco ondulado, color miel y fijaba en su compañera unos impresionantes ojos azules, penetrantes. Lo que más le llamó la atención a Sira de él fue la expresión altiva, casi soberbia, que encontró en su mirada.

De pronto, la cantante cayó en la cuenta de que no podía despegar la vista de él, ya que ejercía en ella un sorprendente efecto imán que hacía tiempo que no experimentaba. Sira se dijo que podía deberse al hecho de que su aspecto no era para nada como hubiera esperado.

En una ocasión, él la sorprendió analizándolo y le sostuvo la mirada, hasta que la obligó a ceder. ¿Sira ceder delante de un chico? Desde luego, Lacroix tenía algo en su porte que intimidaba, aun cuando hablaba y se comportaba con educación.

El calor comenzó a invadir a la joven y Sira deseó sacar del reservado a las seis enanitas, para domar al rebelde Blanconieves.

Recorrió con la mirada los brazos bien formados, que se asomaban por debajo de la camisa de marca que llevaba puesta, y se esforzó en ver el bulto de su entrepierna, pero su posición, ligeramente inclinada, se lo impidió.

En determinado momento, Martín pareció acordarse de que Sira era la invitada «estrella» y dirigió su atención hacia ella. ¡Aleluya, sea dicho! Por fin. Entonces, una corriente helada hizo que la cantante se estremeciera al escuchar su propio nombre pronunciado por él.

—Quiero agradecer tu implicación en nuestro humilde proyecto. Roa, nos ha contado que aceptaste representar nuestra marca por razones científicas.

Sira se aguantó las ganas de reír. ¡Blanconieves era tan ingenuo! ¿Razones científicas? ¿Ella? *Merde*, ese *yogurín* era una combinación irresistible: inocente, prepotente, distante, tierno y... ¿qué más?

El silencio le indicó que se esperaba, de su parte, una respuesta. ¿De qué estaban hablando? Se lo estaba pasando en grande, hacía tiempo que alguien no la intrigaba tanto.

Sin embargo, de repente, Sira recordó el motivo real de su implicación en el proyecto y su semblante se oscureció. Si ella estaba allí, era porque Blanconieves, igual que la princesa del cuento original, tenía un enemigo

feroz. Aunque la palabra «peligro» le añadía todavía, más atractivo a aquel hombre.

—¡Exacto! —retomó el hilo de la conversación—. Hacía mucho que buscaba un proyecto parecido para prestarle mi imagen. Me quiero implicar con marcas locales y, si mi nombre puede ayudar para que funcionen mejor, ¿por qué no hacerlo? Además, Roa me ha prometido que me regalaréis folios SSK durante toda la campaña.

Se escucharon unas carcajadas generales, aquella broma había sido del agrado de las enanitas. La joven lució una arrebatadora sonrisa y, cuando encontró en su campo visual la mirada desconfiada de Martin, se sobresaltó. Aquel azul tan intenso, salpicado por sombras escépticas, era irresistible. Dios, ese hombre tenía un sexto sentido muy desarrollado, no se había tragado su simpática historia.

—El precio de salida al mercado de SSK es uno relativamente bajo, accesible a los bolsillos de la mayoría. Es un producto exclusivo, ¡sí! —Martin la taladró con sus penetrantes ojos azules—. Es un producto accesible, ¡también! Perdona mi desconfianza, pero me cuesta creer que te haya llamado tanto la atención.

Merde, pensó Sira de nuevo. Lacroix poseía una mente muy perspicaz. No lo habían impresionado dos tetas bien puestas, ni unas caderas redondas y sensuales. No llevaba la coleta desaliñada de un científico, ni la americana de *tweed* de su imaginación, pero no cabía duda de que, en su cabeza, vivía uno. ¿Y qué es lo que le impresionaba entonces? ¡Ay, no! *Mon Dieu*, por favor, dime que este bombón no es gay.

Capítulo 9

Martín pagó la cuenta y comenzó a organizar la salida del restaurante. De lo normal, sabía lidiar con sus compañeras de trabajo, puesto que no era la primera vez que salían juntos y estaba acostumbrado a ser el único hombre del grupo. No obstante, esa noche, las chicas estaban alteradas y no se ponían de acuerdo en nada. Tras una acalorada discusión en la puerta del restaurante, la gran mayoría votaron por continuar la velada en algún local de moda para tomar una copa. Martin no sabía cómo encajaría la presencia de la cantante en esos planes y se negó a acompañarlas, por lo cual se ganó palabras de reproches por parte de ellas. René, a su vez, se alejó del grupo, alegando un repentino dolor de cabeza. Sira llamaba impaciente a su chofer para que fuera a buscarla, pero su cara enfurruñada mostraba que su empleado no atendía su llamada. Martin pensó que la cena no había surtido el efecto deseado y que, lejos de entender los motivos de la estrella para representar su marca, se había quedado con más dudas.

—¿Tú dónde vives, Sira? —preguntó la parlanchina Vanessa, y seis pares de ojos se clavaron en la cantante para saciar la curiosidad.

—En la parte alta de la ciudad, en el barrio residencial Mont Blanc.

—Lo mismo que Martin; jolín, qué casualidad, sois vecinos —apreció Roa, sorprendida—. Pues nada, vamos a circular, entonces. Nosotras queremos tomar una copa, así que iremos andando, porque conocemos un pub muy chulo cerca de aquí. Pero, para que no te quedes sola esperando a tu chofer, puedes irte con Martin.

—¿¡Conmigo?! —repitió Martin lo obvio, sintiéndose acorralado entre todas—. René no se encuentra bien y ya me he ofrecido a llevarla a su casa. Estoy seguro de que a Sira no le apetece dar vueltas por la ciudad a estas

horas. El piso de René queda lejos de esta zona —aclaró, evitando de manera intencionada la mirada asombrada de la interesada.

Había improvisado todo aquello porque un sexto sentido le alertó con respecto a la cantante. Percibía en Sira un peligro latente, como un volcán dormido que podía despertar en cualquier momento. Su mirada era arrebatadora, pero había en ella algo confuso, como una cortina de humo, que tapaba la verdad. Sus ojos verdes cortaban la respiración; sin embargo, no estaban nítidos. Además, su manera provocativa de vestir y sus formas tan expuestas le intimidaron. No estaba acostumbrado a intimar con mujeres explosivas y se había cohibido ante la perspectiva de permanecer junto a ella en cuatro metros y medio de coche.

—En realidad, me apetece dar una vuelta, así que iré contigo —sentenció con una sonrisa seductora.

Martin odiaba sentirse presionado para hacer cosas que no deseaba; no obstante, en esa ocasión, entendió que no tenía alternativa. Sacó su todoterreno del garaje subterráneo y las dos mujeres se montaron en él; Sira se sentó llena de confianza en el asiento del copiloto, hecho que puso todavía más nervioso a Martin. No podía controlar la trayectoria de su mirada, que se desviaba sobre las piernas de la cantante, descubiertas casi por completo. Se equivocó dos veces de camino, preso de una importante agitación interna.

—René, ¿te encuentras bien? Te ves muy pálida. —Desvió la atención hacia su compañera, tras observar que tenía el rostro compungido y la expresión de su mirada denotaba malhumor.

—Déjalo ya, Martin, llévame a casa. Solo es cansancio, me tomaré una aspirina y se me pasarán todos los males. El tono de su voz sonaba dolido y acusador. Parecía enfadada. Pero ¿por qué?

Martin decidió callarse. Esa noche, todo semejaba torcido. Nada tenía sentido, y todas y cada una de las extrañas situaciones se volvían en su contra.

El silencio del coche pedía a gritos un poco de conversación y se preguntó qué tema podría interesar a una cantante de éxito, una química y un economista. La campaña del SSK era el único punto en común entre ellos, por lo que decidió tirar de ese hilo.

—Sira, ¿has podido ver la propuesta de nuestro departamento de marketing? Si quieres modificar cualquier aspecto, Roa Laffon es la encargada de hacerlo. En menos de dos semanas el producto estará listo para

salir al mercado.

—Me parece todo perfecto, solo hay un aspecto que me gustaría conocer a fondo.

—¿Cuál? —El coche paró en un semáforo y Martin se giró y estableció contacto visual con ella.

—Me gustaría visitar vuestro laboratorio para ver dónde habéis cocinado el producto. Para quedar convincente necesito tocar su textura y, obviamente, conocer su estado final.

—Son detalles muy aburridos para una persona... como tú —intervino René con una aspereza tan marcada que rozaba el límite de la grosería.

—Una persona como ¿«yo»? —saltó Sira, exaltada.

Martin se volvió a equivocar de camino. Se preguntó, asombrado, en qué momento la situación se había convertido en un completo desastre. ¿Qué le pasaba a René? Había insultado a la cantante, sin nada de tacto, y eso que estaban hablando sobre un tema tan fácil de tratar. Se giró hacia ella y le lanzó una mirada cargada de reproche, que surtió con rapidez el efecto deseado.

—Quiero decir que los aspectos técnicos pueden resultar aburridos e incomprensibles para personas que no trabajan en este ámbito —matizó René, en el último momento—. Tú solo colócate el producto sobre el rostro y pon tu mejor sonrisa. Del resto, nos encargaremos nosotros.

—René, yo no pongo mi mejor sonrisa en algo que desconozco —replicó la estrella, cada vez más exaltada. Martin decidió intervenir para poner punto final a esa polémica discusión. Puede que Sira no fuese trigo limpio del todo, las dudas con respecto a ella seguían dándole vueltas; sin embargo, era una oportunidad única para que SSK sea representada por un rostro tan conocido y bello como aquel. SSK había sido el último proyecto de su padre y, después de años de luchas y esfuerzos, vería por fin la luz. Y, de la mano de Sira, tendría muy buenas posibilidades. Las mejores.

—Sira, si te apetece conocer nuestro laboratorio, estaremos encantados de enseñártelo. ¿Verdad, René?

Las mujeres asintieron con educación y se dieron una tregua, puesto que ninguna de las dos tuvo que rectificar. Martin condujo en silencio sin atreverse a sacar ningún otro tema durante el trayecto. Por mucho que se estrujó los sesos, no pudo encontrar otro punto en común entre una química, un economista y una cantante. René permaneció con cara de pocos amigos y,

cuando llegaron delante de la finca donde vivía, se bajó del coche y se alejó casi sin despedirse. Martin conocía a René desde hacía siete años, pero jamás la había visto tan arisca y mal educada como aquella noche. ¿Qué le pasaba a René?

De vuelta a la realidad, Martin intentó concentrarse en la conducción y trató de omitir la tensión que se instaló en el interior del vehículo, debido a que se encontraba a solas con la cantante en medio de la semioscuridad. Los faros de otros coches iluminaban de vez en cuando sus caras, arrojando sobre ellos luces y sombras, a partes iguales.

—¿El laboratorio queda lejos de aquí? —preguntó de improviso.

—No tanto —respondió Martin de forma evasiva.

—Si no es mucha molestia para ti, me gustaría ir esta noche a visitarlo —propuso ella y, ante la mirada de sorpresa de Martin, añadió—: Así no molestaré al personal, ni revolucionaremos con mi presencia un día apacible de trabajo. Las chicas han sido muy amables conmigo esta noche y me han tratado con naturalidad, pero yo sé que eso no sucede siempre. Mi presencia suele alterar a las masas y, aunque me pese, he aprendido a vivir con ello.

Martin vio vulnerabilidad en sus ojos y decidió complacerla. Además, el laboratorio era su gran orgullo y se sintió entusiasmado ante su repentino interés. Ocho minutos más tarde, dejó el coche estacionado en el aparcamiento y, tras saludar al vigilante de seguridad, desconectó la alarma y accedieron al interior de AM Cosméticos.

Capítulo 10

Martín cayó en la cuenta de que se sentía alagado por el interés de ella hacia el laboratorio.

—Esto no tiene mucho misterio. —Comenzó a presentar su empresa—. Mira, aquí, en la planta baja, tenemos las oficinas, donde trabajo con las otras seis chicas que has conocido esta noche. El cerebro y la jefa del proyecto es René Pelissier. Yo soy economista y el administrador del laboratorio. SSK fue ideada por mi padre, pero un día cualquiera se fue a trabajar y no supimos nada más sobre él. Se me ocurrió continuar su proyecto y, con la ayuda de René, fundé la empresa, contraté al resto del personal y hasta hoy. SSK nos ha costado mucho dinero y esfuerzo, por ello es muy importante que salga todo bien. Lo deseo por mí, por mi equipo y por mi padre.

—Es una historia conmovedora —dijo Sira, visiblemente emocionada—. Lo siento por tu padre. ¿Tienes alguna teoría de por qué ha desaparecido? Debe de ser horrible no saber si está vivo o muerto.

—Sí, alguna que otra, pero ninguna realmente importante. —La sombra de la duda cruzó el rostro de Martín y un atisbo de dolor se alojó en su mirada penetrante.

—Lo lamento, no querría ser indiscreta —se disculpó, al tiempo que le tocaba el hombro en actitud consoladora. Él quedó paralizado ante su muestra de cariño y, para romper el aturdimiento, comenzó a teclear un código en un panel luminoso.

—No suelo hablar de mi padre ni de su desaparición. Es más fácil... dejar que la vida fluya que buscar respuestas vacías. Vamos, ahora te enseñaré lo realmente importante. Aquí, en la primera planta, hemos cocinado la «segunda piel». Es nuestro tesoro, por lo que la contraseña de entrada solo la

tenemos René y yo. —Acto seguido, presionó la yema de su dedo índice sobre un rectángulo luminoso y la puerta se desbloqueó con un clic sonoro. Nada más entrar pulsó otro botón y la estancia se iluminó. Sira observó varios microscopios, ordenadores y aparatos con pantallas digitales, repartidos en todo el laboratorio. En la parte de atrás, le señaló un cubículo de cristal, donde descansaba la fórmula SSK. Estaba protegida con una alarma sensorial, por lo que emitía una señal intermitente de color verde fosforescente.

—Este es nuestro tesoro —declaró, con un eje de orgullo en la voz. Se acercó al cubículo y rozó la superficie de cristal en actitud cariñosa—. Aquí está la fórmula que hemos buscado durante tantos años. Está grabada en un CD y en un *pendrive*. También conservamos los apuntes originales de mi padre. En un par de días, bajo los órdenes de René, comenzaremos a producir por lo menos dos millones de unidades. Después, en función de la demanda, habrá más. O, por lo menos, eso espero. —Martin sonrió y su mirada adquirió calor y dulzura.

Sira le devolvió la sonrisa, al tiempo que una ola de arrepentimiento le recorrió las entrañas pensando que, de llevarse a cabo su plan, borraría de un plumazo las ilusiones de aquel hombre. Por un espacio limitado de tiempo, sus ojos interconectaron en la misma onda, unidos por una flecha invisible cargada de intensidad. Él fue el primero en desconectarse; se giró hacia una pantalla y comenzó a teclear unos números. Sira aprovechó el momento y activó su *watch phone*, tipo brazalete. Se aseguró de que el científico economista estuviera de espaldas hacia ella y sacó algunas fotos, sin que él lo supiera. Tras tomar varias instantáneas del laboratorio, del lugar donde se custodiaba la fórmula y del panel de entrada, dio su trabajo por finalizado y deseó salir de allí cuanto antes.

—Todo esto... es muy interesante, pero creo que René tuvo razón en desanimarme a venir aquí, yo no sé nada de este mundo y se ha hecho tarde. —Dentro del silencioso laboratorio su voz sonó cansada. Martin dejó de teclear al instante y se giró hacia ella.

—Lo siento, espero no haberte aburrido con tantos detalles técnicos. Querría enseñarte el proceso en esta pantalla digital, para que te hagas una idea, pero lo podemos dejar para otro día. —Consultó su propio reloj y frunció el ceño—. Son casi las tres de la mañana, será mejor que nos marchemos.

—De acuerdo —aceptó, con cierta distancia.

A continuación, salieron del laboratorio y, mientras Martin conectaba la alarma de seguridad, Sira levantó el brazo y activó su reloj para sacar una última foto del proceso. Martin apagó las luces y el denso silencio del laboratorio impresionó a Sira, mientras bajaba los escalones hacia la planta baja. Cuando llegaron a la zona de las oficinas, él se acercó a su despacho para llevarse el cargador de su móvil. Sira, curiosa por naturaleza, le siguió y vio, sobre su mesa de trabajo, la foto de una mujer muy guapa. Se preguntó molesta si sería su novia. No había tomado en cuenta, hasta ese momento, que en la vida de Blanconieves hubiera alguna intrusa. Acababa de conocer al príncipe, ¿sería la chica de la foto su princesa? ¿Y qué le importaba a ella? Sira también tenía novio, además ella estaba ahí para cumplir un encargo, no para interesarse por su vida privada.

—Es mi madre —le aclaró él en tono ausente, tras observar cómo su vista se clavaba en la foto.

—Es muy guapa. —Sira sonrió con admiración—. Tanto, que me preguntaba si sería tu novia.

—Se llamaba Adela, falleció hace siete años.

—Lo siento mucho —dijo cohibida, y sintiéndose una completa miserable. La vida de ese hombre había sido muy dura. Había luchado siete años para dar forma a SSK y ella ahora...

—No te preocupes, me gusta hablar de mi madre. Aunque hace bastante tiempo que se fue, todavía siento su poderosa presencia conmigo... De todas formas, basta de parlotear sobre mí, yo te he contado mucho sobre mi vida y me temo que no sé nada sobre la tuya. Y, con seguridad, será más emocionante.

—No hay mucho que contar —apreció con cierta amargura en la voz, mientras paseaba las yemas de los dedos por la superficie lustrosa del escritorio—. Nací aquí, en Niza, pero no conozco a mi familia; me abandonaron cuando tenía un año por lo que me críe en una casa de acogida hasta los diecisiete. Tengo buena voz y, un día, la suerte se cruzó en mi camino. Hice una prueba musical delante de un productor poderoso, grabé un sencillo, después un disco, comencé una gira de conciertos y hasta... hoy. Patrick Hoffman es mi productor musical y dirige mi carrera. Luke Duval, mi novio, es mi representante y se encarga de los contratos y de la parte económica.

—¡Enhorabuena por tu trayectoria! —la felicitó, impresionado—. Tu infancia habrá sido difícil, lo siento.

—No fue para tanto —aseguró, quitándole importancia, pero el incómodo nudo de la amargura se alojó en su garganta, como cada vez que recordaba esa etapa de su vida. No solía hablar de los años previos a la aparición de Patrick, puesto que la gente tendía a compadecerse de ella y Sira odiaba la compasión.

El hilo de sus pensamientos giró en torno a Martin durante el trayecto hacia el coche y un extraño deseo de sentirse abrazada por él la recorrió de arriba abajo.

«Sira, deja de devorarlo con la mirada como si no hubiese un mañana. ¡No es para ti! Además, acuérdate del daño que le causarás; aléjate de él», le gritó su conciencia con ímpetu.

Martin se sumergió con habilidad en el tráfico y en el interior del coche se instauró el silencio. Ella cruzó los brazos alrededor de su torso, como manera de autoprotegerse. Se esforzó en no mirarlo más y se concentró en las luces, que aparecían y desaparecían de su alcance. En el salpicadero vio el botón del CD y sintió curiosidad por sus gustos musicales. Pulsó sin pedir permiso y los acordes de Bon Jovi, con la entrañable canción *It's my life*, le llenaron los oídos. Él se giró hacia ella sorprendido, pero, ante su mirada exculpatoria, sonrió. Así que Blanconieves era cañero, además de todas sus otras cualidades.

La cantante se preguntó cómo sería en la cama. Una combinación de inocencia, peligro, potencia y soberbia. ¿Qué se sentiría al disfrutar de aquel bombón, degustarlo con suavidad, con mimo y acabar dentro de sus fuertes y, previsiblemente, cariñosos brazos? Solo una noche y se olvidaría de él.

Quince minutos después, el coche paró delante de la barrera que daba acceso a la urbanización de ella. Sira introdujo el código de seguridad y la barrera se levantó para dejarlos pasar. Siguieron el camino dejándose guiar por la voz impersonal del GPS, quien les avisó que, en menos de trescientos metros, llegarían a su destino. Recorrida aquella distancia, una imponente mansión se alzaba majestuosa, iluminada por multitud de focos y farolas.

—¿Quieres entrar para tomar algo? —Sira buscó su mirada y se sintió presa de una potente excitación cuando sus ojos azules se posaron en ella. Al demonio con todo, los dos eran adultos, podrían disfrutar de un poco de sexo y de pasión. Ella era una ladrona y él su víctima, pero, a través del prisma del

deseo, un ardiente encuentro entre ambos, víctima y verdugo, le pareció de lo más natural y excitante.

La joven esperó encontrar en aquel semblante masculino una previsible muestra de asentimiento, acompañada de una sonrisa cargada de las promesas que surgían en una pareja que estaba a punto de dar rienda suelta a la pasión. Sin embargo, nada de esto sucedió.

Martin permaneció impasible, como si le hubiera avisado de que por la tarde iba a llover. Se echó los hombros hacia atrás y, tras una breve pausa, le respondió con dos palabras:

—No, gracias. —Aquel «no» resonó en el interior del coche como un ruido ensordecedor.

Sira abrió los ojos y la sorpresa se alojó dentro de ellos. ¿No?! ¿Hacía cuánto que nadie empleaba esa palabra en su presencia? La cantante aguardó a que añadiera alguna excusa, del tipo «es muy tarde, no quiero molestar»; pero no, Blancanieves parecía impaciente por que se marchase. ¿Impaciente por librarse de ella?!

—¿Por qué no? —insistió, pisoteando su propio orgullo de manera cruel y despiadada.

—Sira, porque no y punto. Es tarde y me tengo que ir. —Pisó ansioso el acelerador, aumentando las velocidades del motor que rugió nervioso en la noche.

Ella se desabrochó el cinturón de seguridad y, sin previo aviso, le soltó:

—Ya sé lo que te ocurre. Eres gay. Debería de habérmelo imaginado. Qué digo debería, me lo he imaginado; sin embargo, mantuve la triste esperanza de estar equivocada. *Merde*, qué rabia, todos los tíos buenos os pasáis a la otra orilla.

—Pero ¿qué os pasa a todas con eso hoy? —estalló, colérico—. Es el colmo del feminismo. Si una mujer dice que no, es respetable; si lo dice el hombre, significa que es gay. No tengo nada en contra de ese colectivo, pero yo no soy homosexual.

Sira aguantó consternada el aluvión de reproches que se cernieron sobre ella, después se acercó, lo miró con intención a los ojos, deslizando de improviso la mano en su entrepierna, donde tocó su abultado fardo. Martin se sobresaltó y se apartó, pasmado. Sonrió, abrió la puerta y, mientras salía, dijo con jovialidad:

—Comprobado, no eres gay. Nos vemos pronto, entonces. Buenas noches.

Capítulo 11

Sira se quitó los zapatos nada más entrar en su casa. Exhaló un suspiro de placer al sentir sus pies liberados de la presión de los altos tacones. Acudió al bar y se sirvió un vaso de vino blanco. La noche había sido larga y tenía mucho en que meditar. Bebió un sorbo y el afrutado líquido le refrescó la boca.

Martin; solo de pensar en su nombre sintió una emoción desconocida. Le gustaba Blanconieves y su rechazo había potenciado el deseo de tenerlo. Ansiaba domar su manera de ser reservada y constante, capturar su espíritu luchador, dejarse llevar por su inocencia, enredar los dedos en su pelo corto y ligeramente ondulado. Le gustaba y no le quería hacer daño. Pero ¿tenía alternativa? Recordó el vídeo que Patrick le había mandado unas semanas atrás. La rabia se apoderó de ella y vació el contenido de su copa de un solo trago.

«No, querida Sira, por desgracia no tienes alternativa», le aclaró su conciencia. «Ninguna. Olvídate de él y haz lo que debes hacer. Tú tienes a Luke. Agárrate a él, solo pasas por un momento de crisis, eso es todo». Volvió a llenar el vaso y buscó en su móvil una fotografía de ella y Luke, juntos. Encontró una instantánea donde él le sostenía la cintura y la miraba con deseo. Pero tras comprobar su gesto con más atención, Sira cayó en la cuenta de que no era deseo en sentido pasional, era un deseo material. Luke la protegía y estaba con ella por los huevos de oro que ponía sin descanso. Luke no la amaba, ni ella a él tampoco. A lo largo de los cinco años de relación, Sira le había engañado con algún *yogurín* que se había cruzado en su camino. Él había hecho oídos sordos, fingiendo no enterarse. La realidad la golpeó con fuerza y le entraron ganas de gritar ante la evidencia. Cada vez

que le había sido infiel, él se había enterado, pero prefirió pisotearse su orgullo y aguantarse por el dinero que le aportaba. Vació su segunda copa de vino y, medio mareada, se llenó la tercera. Se quitó el vestido, del que tiró con rabia hasta romperlo en varios jirones. ¿Desde cuándo se había convertido en una moralista? ¿Y qué si Luke no la amaba? Era una relación donde a ambos les convenía estar. El mundo del espectáculo estaba plagado de relaciones parecidas. Durante todos esos años, aquello había estado bien, ¿por qué de repente no le bastaba?

¿Y Martin? ¿Por qué no podía dejar de pensar en él? ¿Cómo sería ser amada por un hombre como él? Un tipo de principios, difícil de doblegar. Un hombre que no se había desplomado rendido a sus pies solo por el hecho de ser ella, Sira, la estrella de la canción. Al recordar su rechazo, la joven sintió su interior encenderse.

«Sira, te ha dicho que no, asúmelo y no le des más vueltas. Además, en breve, serás su particular judas y lo venderás». El recuerdo de sus ojos azules, penetrantes, hizo que explotará por dentro. No iba a venderlo, iba a enfrentar a Patrick; con seguridad, encontraría alguna manera de librarse del chantaje. Y después podría... podría... ¿podría hacer qué? Su conciencia estaba callada, con varias copas de vino a bordo no se atrevía a llevarle la contraria.

Sira se acostó en el sofá, cuando los primeros rayos del sol se asomaban a través de la ventana. Pulsó el botón que cerraba la cortina metálica y se durmió con una sonrisa y con los pensamientos repletos de buenas sensaciones.

Se despertó sobresaltada al escuchar su teléfono pitar. El mensaje de Patrick la trajo de golpe a la dura realidad.

«Sira, esperamos tus noticias; de lo contrario, ya sabes lo que pasaría. Internet y las redes sociales se pondrán al rojo vivo por el vídeo que colgaremos. No seas tonta y protégete».

Con manos temblorosas, la cantante buscó entre los archivos del móvil el vídeo que Patrick le había mandado semanas atrás, donde se la veía jovencísima, arrodillada delante de su productor musical. Durante siete largos segundos se podía apreciar cómo el miembro, flácido y asqueroso, de él se restregaba entre los pechos desnudos de ella. La cámara enfocaba el semen de Patrick esparcido sobre sus senos y la mirada aturdida de ella para, después, finalizar con un plano lejano de los dos.

Sira cerró los ojos asqueada y tiró el móvil con rabia al suelo. El único

momento de su vida que le hizo sentirse sucia, avergonzada y humillada había sido grabado. Fue difícil pasar página y olvidar, pero ningún mal dura para siempre, y no hay nada que el tiempo y un buen psicólogo no logren curar. Aprendió a encerrar ese momento en una cajita dentro de ella, a la que cerró con llave. A partir de entonces, consiguió olvidarse «casi» por completo de aquello. Se decía a sí misma que le había ocurrido en otra vida, a otra persona. Y, en cierto sentido, era verdad. La chica del vídeo era Silvina. Una Silvina inocente, colmada de sueños, que fue fulminada sin contemplaciones, por no cumplir los requisitos deseados, y, en su lugar, había nacido Sira. Y, a Sira, nadie la había vuelto a humillar ni a pisotear. Nunca había sospechado que ese momento regresaría a ella. Recordó el momento de enterrarse.

—Sira, necesito que hagas una campaña para una marca de cosméticos —le pidió Patrick.

—¿Qué marca es? —quiso saber, ya que era muy selectiva con los contratos publicitarios.

—Es un producto innovador que saldrá pronto al mercado. Se trata de un cosmético en forma de folio transparente, bautizado con el nombre de SSK, algo así como una segunda piel.

—Si pagan bien, acepto.

—No pagan bien, pero tienes que aceptar igualmente. Es un favor que yo te pido.

—No hago favores y lo sabes. ¿Cuánto? —preguntó, de forma despectiva.

—Ciento veinticinco mil euros para ser la imagen de la marca durante todo el año.

—¿Estás de broma? —rio despreocupada.

—No estoy bromeando —respondió, a secas—. A parte de todo esto, tienes que acceder a un laboratorio cosmético y facilitarme toda la información que puedas obtener. También hay que retener el código de seguridad de acceso y fotografiarlo, si es posible.

—Ya... ¿y qué más? ¡La detective Sira en acción! —Sin saber por qué, se sintió intimidada. Todo eso era una broma, ¿verdad?

La mirada taciturna de su productor fue respuesta suficiente. No se trataba de una broma.

—Dos cosas más: la fórmula de ese producto está guardada en un laboratorio. Tendrás que ir allí, fotografiar su ubicación exacta y facilitarme todos los detalles posibles. Y, no te lo tomes a broma, Sira; son órdenes de

muy arriba y tendrás que obedecer.

—¿¿Órdenes?! —se sorprendió en voz alta—. Hace tiempo que yo no acato órdenes, Patrick. Ya no soy una chiquilla sola y asustada, deberías saberlo.

—El pasado siempre está en nosotros, Sira. Deberías saberlo. Te mandaré un vídeo corto, de apenas diez segundos. Él dará respuesta a todas tus preguntas.

Y Patrick tuvo razón. Sira comprendió que aquellos diez segundos de grabación bastarían y sobrarían para hundirle la carrera.

Al día siguiente, con la ayuda de su agente publicitario, Sira ofreció su imagen a AM Cosméticos y esa misma noche obtuvo la información que le habían pedido. Los cálculos iniciales fueron sencillos y se ciñó al plan de forma escrupulosa, pero no había contado con encontrarse algo desconocido en la ecuación: Blanconieves.

Se preguntaba por qué un chico serio, educado y trabajador como él había despertado la atención de un tiburón despiadado que pretendía destruirlo. Quizá, la salida del SSK al mercado haría perder dinero a la industria cosmética en general; sin embargo, no era la cura contra el cáncer. No cuadraba que una persona poderosa, capaz de presionar al mismísimo Patrick Hoffman, tuviera interés en una empresa pequeña con un presupuesto tan modesto.

Sus pensamientos volaron al padre de Martin y a su desaparición. Existía la posibilidad de que la relación entre padre e hijo no fuera buena y que el señor Lacroix quisiera fastidiar a su hijo desde la sombra.

«Sira, déjate de conjeturas; manda la información y protégete», le gritó su conciencia, harta de sus suposiciones sin sentido. «Martin es mayorcito, se repondrá. No le des más vueltas. No le debes nada, ni siquiera lo conoces. Además, acuérdate de su rechazo, por muy raro que parezca, no dio pie a tus avances. Ya encontrarás algún otro *yogurín* que despierte tu interés».

Alterada, envió las fotos sacadas la noche anterior en el laboratorio y toda la información de la que disponía, cerró el móvil y se durmió.

Capítulo 12

Martín abrió la puerta de su casa de forma silenciosa. Sabía que mademoiselle Biton tenía el sueño ligero y no querría despertarla. Subió los peldaños de la escalera con sigilo y, nada más entrar en su cuarto, se quitó la camisa y se tumbó sobre la cama. El reloj de porcelana de la pared le indicó que eran las cinco de la madrugada, pero Martin no tenía sueño. Encendió la televisión y buscó en YouTube la opción de vídeos musicales. Seleccionó el nombre de Sira y en pocos segundos su dormitorio se llenó de unos vivos acordes.

Ella apareció en la pantalla nadando en el mar, ataviada con un minúsculo bañador, color coral. Su abundante melena lucía sobre su espalda desnuda, salpicada por brillantes y resbaladizas gotas de agua. La cámara enfocaba de cerca su cara, potenciando su esmeralda mirada y cómo, después, aquella hermosa sirena se perdía entre las olas movedizas del mar. Su voz era potente, rozando lo sensual y, al cantar el estribillo, se volvía rota y desgarrada.

Martin se quedó prendado por su atractivo y su carisma. Cuando sonaron los acordes finales de la canción, apareció al lado de Sira un musculoso chico moreno, vestido con un ceñido bañador; la rescató del agua y la besó con intensidad. Ella se deslizó entre sus brazos y sus cuerpos desnudos se rozaron con deseo.

Sin saber por qué, Martin se sintió preso de una repentina agitación interior. Apagó el televisor pensando que el cansancio y la tensión de los últimos días le pasaban factura, pero los ojos verdes de Sira regresaron a él para atormentarlo.

El joven cerró la persiana, se quitó el resto de la ropa y se deslizó entre las

sábanas almidonadas que olían a limpio y a jazmín. Cambió la postura de su cuerpo varias veces y tiró las almohadas al suelo, puesto que su cama de toda la vida, que medía metro cincuenta, le pareció de repente muy pequeña e incómoda. El hilo de sus pensamientos se estancó en la cantante, que había invadido sin pedir permiso todo su mundo interior.

Martin no solía alterarse con facilidad y, para más inri, ella ni siquiera le interesaba. Se consideraba un hombre equilibrado, de ideas claras, que tenía los pies bien anclados en el suelo y sabía cuál era su radio de alcance. Sira no pertenecía a su mundo, además de ser completamente inaccesible; una cantante famosa, multimillonaria y que... tenía novio. Fastidiado, el economista se levantó de la cama y acudió al cuarto de baño pensando que una ducha caliente lo ayudaría a relajarse. Cerró los ojos y se dejó envolver por el chorro de agua. No obstante, el hilo de sus pensamientos se estancó de nuevo en el mismo punto de antes.

Sira era inaccesible y tenía novio, pero esa noche había intentado ligar de alguna manera con él. Martin se preguntó qué hubiese pasado si hubiese dado pie a su invitación aceptando entrar en su casa. De pronto, unas imágenes de sus cuerpos desnudos y abrazados llegaron a su retina y se reprendió por su imaginación. ¿Qué podría querer Sira de él?

Martin no se consideraba divertido, ni carismático, ni dispuesto a aceptar aventuras de una noche. No era experto en el género femenino ya que, hasta la fecha, solo había tenido una novia: una compañera suya de la universidad con quien había compartido el trabajo de fin de carrera y la pasión por los números. Beatrice era muy parecida a él y, tras dos años de noviazgo, se separaron de forma civilizada, sin dramas ni lamentaciones. Ella se casó un año más tarde y Martin acudió a su boda como cualquier otro invitado más.

Después de un tiempo, comenzó a tener una especie de apego por René, la jefa de AM Cosméticos, pero jamás se atrevió a confesarle sus sentimientos. Ella era una mujer distante, que solo prestaba atención a su trabajo. Luego, Martin dejó de fantasear con ella y la corta pasión se esfumó como una cortina de humo. Involucrado en su proyecto, se entregó en cuerpo y alma para llevarlo a buen puerto y ninguna otra mujer había despertado su interés, hasta esa noche.

Sin lugar a duda, Sira era guapa y explosiva, pero no era su tipo. De ninguna manera podría permitirse el lujo de encapricharse de ella. Martin admiraba sobre todo la inteligencia y las miradas vivas y despiertas; deseaba

a su lado una pareja capaz de comprenderlos a él y sus proyectos. Y, desde luego, una cantante no daba el perfil. ¿Entonces por qué se sacudía cada vez que recordaba su piel mojada acariciada por las olas del mar?

¿Y qué interés podría tener ella en él? No estaba claro por qué había aparecido en su vida, así de repente y de la nada. En su mirada había algo confuso. Un sexto sentido le decía que ocultaba un secreto. ¿Pero cuál? Martin no era rico, ni famoso, ni se consideraba guapo de un modo especial. Atractivo, tal vez, pero no podía compararse con el modelo de su videoclip. No, definitivamente, Martin Lacroix no podía tener nada que deseara.

Molesto y alterado salió de la ducha, enrolló una toalla gruesa alrededor de su cintura y se sentó en el borde de su cama. Desde la mesita de noche, le sonreía el rostro de Adela. Acarició el cristal frío y deseó que su madre estuviera viva para compartir sus dudas con ella.

«Mamá, ¿por qué has tenido que marcharte tan pronto?», preguntó dolido a la fotografía. «Ayúdame a serenarme, no sé por qué estoy tan alterado. Siempre me dijiste que, en el momento de conocer a alguien especial, lo sabría por las señales. ¿Es Sira especial para mí?» Su madre le miraba con una expresión tranquila, pero se quedó callada y serena. No, definitivamente, Adela no podía ayudarlo.

Martin se agachó y recuperó su almohada del suelo. Se dejó yacer sobre ella y se sorprendió al ver que llevaba un tiempo con la vista clavada en el techo. Nunca se había fijado que sus esquinas tenían las molduras pintadas en color dorado.

Los primeros rayos del sol lo encontraron despierto. Tras una montaña de reflexiones, el joven concluyó que era normal sentirse alterado ante la presencia de Sira. Ella era un volcán, una mujer capaz de perturbar la paz mental de la mitad de los hombres del planeta. Se levantó de la cama atormentado, se vistió con una camiseta informal y unos pantalones de chándal y bajó a desayunar. Encontró a mademoiselle Biton trasteando en la cocina. Cuando lo escuchó llegar, salió a su encuentro:

—Martin, ¿ocurre algo? —preguntó, preocupada—. Apenas son las siete de la mañana y hoy es sábado.

—No podía dormir. —Sonrió, intentado parecer despreocupado.

Mademoiselle Biton había crecido con su madre, siendo la hija de la cocinera de la casa. Cuando sus padres se casaron, no quiso separarse de Adela y pidió trabajar para ella. Desde entonces, se ocupaba de la casa y era

considerada como un miembro más de la familia. Ese mismo verano había cumplido cincuenta y tres años. Su pelo recogido con esmero hacia atrás había ganado alguna que otra cana. Después del fallecimiento de Adela y de la desaparición de Francis, siguió en la casa para cuidar de Martin. Al principio, no había podido pagarle su salario, pero, a pesar de ello, la mujer rehusó marcharse; consideraba a Martin como su propio hijo y, de esta manera, siguieron viviendo en la misma casa. Cuando AM Cosmétiques despegó, comenzó a abonarle de nuevo su sueldo; no obstante, los dos sabían que se hubiese quedado de igual modo, aun cuando no le hubiese pagado. Martin y mademoiselle Biton estaban solos en el mundo, únicamente se tenían el uno al otro.

—Enseguida llevaré el desayuno —dijo, mientras se adentraba en la cocina y, momentos después, depositaba sobre la mesa del comedor una bandeja con dos tazas de porcelana, acompañadas por una cafetera humeante.

Martin recogió el plato repleto de *brioche*s recién horneadas y lo dejó sobre la mesa. Se sentaron y se sirvieron el café.

—¿Cómo va tu proyecto? —quiso saber—. Anoche llegaste muy tarde.

—Va todo conforme lo planeado. Cené con mi equipo y con la imagen de SSK. Por cierto, ¡adivina quién es! —Martin se sorprendió al hablar de Sira con orgullo, como si fuese la protagonista de su proyecto y el SSK un simple segundo plano. Se llevó un trozo de pastel a la boca y el sabor de mantequilla y azúcar quemado le hizo pensar en su madre.

—No tengo ni idea —apuntó la mujer con cautela—, pero, por tu entusiasmo, deduzco que es alguien que te gusta. Pues dime, ¿quién pondrá cara a tu sueño?

—Roa ha conseguido que Sira, la cantante, nos represente. ¿A qué es impresionante?

—¿Sira?! —Mademoiselle Biton arqueó las cejas en señal de desaprobación—. Una cantante popular ¿crees que dará a tu producto la clase que necesita?

La duda cruzó el rostro de Martin cuando entendió que la mujer, que lo quería como si fuese su segunda madre, tuvo como reacción inicial el desconfiar de la cantante. Lo mismo que le había ocurrido a él, nada más conocerla.

Capítulo 13

Sira se despertó mareada. La botella de vino que se había tomado antes de acostarse le pasaba factura. Su pelo enmarañado pedía a gritos una ducha, por lo que llenó su gran bañera redonda y se sumergió en el agua caliente, bajo una gruesa y esponjosa capa de espuma. Un buen baño siempre conseguía relajarla. Media hora más tarde, recogió su sedosa melena, que desprendía olor a coco, en una coleta sencilla y, vestida con ropa cómoda, acudió a la cocina para desayunar.

Para cuidar su voz tomaba cada mañana un batido de frutos rojos enriquecido con vitaminas. No era el mejor remedio contra la resaca, hubiera matado por un café bien cargado, pero había en su vida algunas reglas inquebrantables, y esa era una de ellas. Encendió el móvil y quedó sorprendida al ver que tenía siete llamadas perdidas de Patrick. Le había mandado las malditas fotos, ¿qué más quería de ella? Sira se sintió acorralada y le devolvió la llamada.

—Patrick, soy yo. ¿Qué quieres?

—Sira, estoy llegando a tu casa. Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué? —preguntó, desconcertada.

—Sobre SSK. La situación se ha complicado. Ábreme la puerta, estoy delante.

Instantes después, Patrick apareció sonrosado en su puerta. Sus ciento dieciocho kilos, sumados a un estado de ánimo alterado, hicieron que el sudor se le escurriera por su frente y le dejase unas marcas generosas debajo de las axilas. Se sentó en el sofá y Sira le ofreció una lata de Coca-Cola, su bebida favorita. Su aspecto tensionado la inquietó.

—Espero que tengas un buen motivo para aparecer, así de imprevisto, un

sábado por la mañana en mi casa —le espetó—. Hice lo que me pediste en relación con SSK. Te mandé las malditas fotos y soy la imagen de la marca.

—Sí, lo sé. No te enfades conmigo, estoy tan presionado con este asunto como tú. Si el vídeo se publicase en Internet, ¿cómo crees que terminaré yo? Por aquel entonces, tú eras menor de edad y yo un ruin acosador. ¡Mi carrera se iría al garete junto con la tuya!

—Pues, borra el vídeo y todos contentos.

—No es tan fácil. Esas imágenes no las grabé yo. Hay un hombre muy poderoso que controla Red Records desde la sombra. Tiene el vídeo y me chantajea con él. Le interesa ese maldito cosmético y tenemos que hacer lo que nos pide. —Patrick se limpió el sudor de la frente con una arrugada servilleta de papel. Sus ojos pequeños estaban enrojecidos, previsiblemente por falta de sueño y exceso de alcohol—. Hiciste un buen trabajo, pero no es suficiente. El laboratorio está protegido con la huella dactilar del dueño, aparte de la alarma... así que ahora nos piden... quieren que consigas la huella, Sira.

—¿Yo?! —exclamó, furiosa y sorprendida a partes iguales—. Soy una maldita cantante, no una espía rusa. ¿Por qué otra persona tiene el vídeo, Patrick? No me cuadra nada. Además, he conocido a Martin Lacroix, es un empresario modesto, ¿por qué hay tanto interés en SSK?

—Todo lo que hice en mi despacho está grabado, el hombre del que te estoy hablando es el socio capitalista de Red Records. Yo pensaba que se trataba de un grupo de varios accionistas, pero ahora sé que, detrás de las acciones, hay una sola persona. Ese hombre sabe todo lo que yo soy —la voz de Patrick se quebró—. Tienes que hacer lo que nos piden, Sira, por mí y por ti.

—¿Cómo se puede conseguir la huella dactilar de otra persona? —Sira se acercó al bar y escogió una botella de vino blanco. Se sirvió una copa y vació el líquido verde pajizo de un trago.

—No deberías beber tan temprano —le riñó Patrick con suavidad y, ante su mirada afilada, continuó—: Me han enviado un molde especial de silicona. El procedimiento es sencillo... o, por lo menos, eso me han dicho. Solo tienes que conseguir que el dedo índice del dueño presione el molde un par de segundos. Después, depositarás con cuidado el molde en una bolsa de plástico precintada y... listo. En cuanto consigamos la huella, el vídeo será destruido y tú y yo quedaremos libres.

—¿Y qué se supone que le tengo que decir a Martin? —Sira fingió una pose pensativa—. Por cierto, si no te importa, presiona tu dedo índice en mi molde, pero hazlo con cuidado para que tu huella quede bien impresa, no vaya a ser que tenga que repetirla. Además, es un tipo listo, desconfía de mí. He desplegado sobre él muchos de mis encantos y no estoy convencida de que haya funcionado. Y, dejando todo eso de lado, no comprendo por qué me han relacionado a mí con ese hombre. Jamás lo había visto antes ni pertenece a mi mundo. Martin Lacroix y yo no tenemos nada en común.

—No me hagas esas preguntas, recuerda que estamos en el mismo barco. ¿Qué te crees, que me están dando explicaciones? Supongo que te han escogido al azar porque intuyen que nadie se te puede resistir. Han visto el vídeo y saben que no puedes negarte. El resto... ya lo sabes. —Patrick se agachó y sacó de una riñonera de piel un tubo de color oscuro y una caja rectangular del tamaño de una cajetilla de tabaco—. Mira, aquí tienes el molde de silicona y en el tubo hay escopolamina. Se trata de la burundanga, una droga que anula la voluntad. Se ingiere sin ser percibida, se puede administrar oculta en la bebida o, incluso, soplar a la cara. Cuando la droga toma contacto con la persona elegida, esta se queda sin voluntad propia. Se llama «sumisión química». Una vez que Martin Lacroix la haya ingerido, hará lo que tú le pidas, sin rechistar. Estará confuso y algo perdido, pero tranquila, te obedecerá. Después dormiré y, al cabo de unas horas, solo recordará el momento previo a haber sido drogado.

Los ojos de Sira se agrandaron de la impresión hasta casi salirse de las órbitas. De repente, se abalanzó sobre Patrick y comenzó a propinarle puñetazos en el pecho. Lágrimas ardientes llenaron su rostro descompuesto.

—¡Maldito hijo de puta, aquel día me drogaste! Durante años me he culpado y atosigado por acceder a desnudarme delante de ti. ¡Fueron años de rabia y asco en contra de mí misma...!

Hoffman bajó la mirada y aguantó sus reproches sin decir ni una palabra. Sira dejó de golpearlo y volvió a llenarse la copa con vino. Se la tomó despacio y, después de un tiempo, su voz estalló y rompió el silencio, como un cristal roto en mil pedazos.

—Sal de mi casa. A partir de hoy, mi relación laboral contigo ha finalizado. Haz todos los trámites legales, no quiero volver a saber nada ni de ti, ni de Red Records. Tomaré la huella de Martin; en cuanto la tenga, te la haré llegar. Por tu bien, espero que el vídeo desaparezca. Si sale a la luz, ya no

tendré nada que perder. Te denunciaré y te meteré en la cárcel, que es donde deberías estar.

El productor se levantó con dificultad del sofá, hecho que hizo que los michelines de grasa que rodeaban su cintura se asomasen por debajo de su camisa. Se tapó avergonzado, asintió y comenzó a andar hacia la salida.

—Una cosa más, Patrick —apuntó la cantante con voz glacial—. Haz una donación importante a una asociación de jóvenes talentos, digamos unos... quinientos mil euros. A partir de ahora, no se te ocurra aprovecharte de ninguna otra mujer que vaya a tu despacho a pedir una oportunidad. Te estaré vigilando. Ah, y una pregunta más, ¿me administraste la misma droga? Lo digo porque recuerdo todo lo que pasó ese día.

—No, te puse en la bebida una... mucho más suave. La que te acabo de entregar es muy potente, así que descuida, Lacroix no recordará nada.

—¿Tiene efectos secundarios? —preguntó con voz apagada.

—Pocos y por un breve periodo de tiempo. Tendrá somnolencia, dolor de cabeza y estará desorientado. Después de un par de horas, vomitará y se recuperará. A lo sumo, estará atontado unas seis horas, nada más.

Sira asintió pensativa y le dio la espalda. Comprendió aliviada que un capítulo de su vida acababa de cerrarse. En cuanto Patrick se hubo marchado, se dejó caer desplomada en el sofá. Abría y cerraba la mano mirando de forma atónita el bote de plástico que debía utilizar lo más pronto posible.

Capítulo 14

Martín estudiaba el informe trimestral prestando la máxima atención posible a unos gráficos teñidos de cifras y de curvas crecientes. Sonrió complacido; debido a su buena gestión financiera y a los productos rentables creados por René, AM Cosmétiques, a pesar de haberse fundado con un presupuesto modesto, subió año tras año, y llegó a tener una cifra de negocios de tres millones de euros. Si SSK obtendría el éxito previsto, las cifras se dispararían. Acorde a lo que decidieron en un principio, René controlaba el treinta por ciento de las acciones de la empresa y Martin el setenta restante.

El hilo de sus pensamientos fue interrumpido por el sonido estridente del teléfono. Segundos después, escuchó la voz de mademoiselle Biton:

—Martin, cógelo, tienes una llamada.

—¿Quién es? —preguntó, sorprendido.

—Una chica.

¿Una chica? Pensó en sus compañeras de AM Cosmétiques, pero ellas lo llamaban al móvil, de hecho, tenían un grupo de WhatsApp donde se comunicaban siempre. Descolgó el teléfono y una voz suave le acarició los oídos.

—Martin... soy Sira. Hola, ¿qué tal estás?

«¿Aparte de atónito?», pensó desconcertado, al tiempo que le contestaba:

—Hola, Sira. Bien, estaba repasando los números trimestrales.

—Trabajando, ¿un sábado? —preguntó, en tono alegre—. ¿No tienes un plan mejor? Me gustaría verte, hay algunos aspectos de la campaña que deseo modificar.

—Lo siento, Sira, pero de ese tema se encarga Roa, ya te lo dije. —Una pizca de reproche se coló en su voz.

—Martin, tú eres el socio mayoritario, prefiero tratar este asunto contigo. Ya después vosotros, a nivel interno, haréis las cosas como consideréis. Tiene que ser hoy porque mañana asistiré a una gala benéfica y la próxima semana estoy de promoción. Pásate por mi casa, por favor.

—¿Ahora?

—Sí, ahora en cuanto puedas. —Y Sira colgó.

Martin se quedó un buen rato con el teléfono pegado a su oreja. Tras unos segundos de reflexión, llegó a la conclusión de que la llamada recibida solo podía significar dos cosas: o bien Sira era una egocéntrica aburrida que deseaba darle la lata, o podría ser cierto que deseaba cambiar algunos aspectos con respecto a la campaña. Martin era brillante con los números, pertenecía a esa categoría de personas que eran muy buenos en lo suyo, pero poco predispuestos a salirse de su zona de confort. Comprendió que, aun cuando no pensaba implicarse en la campaña de marketing, estaba acorralado y no le quedaba otra opción que presentarse en su casa. Recordó que la noche anterior le había invitado a pasar y él había declinado la invitación. ¿Podría tener el encuentro propuesto por Sira algún otro significado? Si era que sí, ¿cuál?

Al ser un sábado a mediodía, Martin decidió ir vestido informal, por lo que se enfundó unos tejanos Lewis y una camisa blanca de algodón, a la que le remangó los puños. Tardó unos segundos en domar su pelo y no se afeitó, puesto que la barba incipiente le ofrecía un aspecto más maduro. Se preguntó si debería llevar algo. Bajó al sótano y escogió al azar una botella de vino de la colección de su padre, después se montó en su coche y se marchó en dirección hacia la parte alta de la urbanización. Un cuarto de hora más tarde llegaba a su casa y se quedaba impresionado ante la imponente mansión de ella. Se trataba de una propiedad moderna, construida en líneas rectas, con paredes lisas y mucha superficie acristalada, rodeada por densa vegetación y altos muros. Llamó al timbre y se inquietó cuando la puerta de hierro comenzó a abrirse delante de él. Aparcó el coche en el lateral de la casa y dudó, una milésima de segundo, si llevar la botella de vino o no. En ese instante, Sira apareció en su campo visual, muy diferente a como la recordaba. Vestía de forma sencilla, con unos pantalones negros ceñidos a sus redondas caderas y una camiseta blanca, simple y ajustada. El pelo recogido en una coleta alta y la falta de maquillaje la hacían parecer joven y accesible. Y, también, muy hermosa. Martin salió del coche y fue a su encuentro con el

vino en la mano. Ella esbozó una sonrisa cálida y sincera. Se acercó y depositó un beso suave en su mejilla.

—Mi madre me enseñó que, si visitas una casa por primera vez, hay que llevar algo. —Le ofreció la botella de vino y ella la aceptó, risueña.

—Tu madre fue una gran mujer. Gracias. Ven, pasa.

El salón de Sira era... enorme. Una estancia amplia y diáfana compuesta por varias paredes de cristal, a través de las cuales la tenue luz de septiembre se filtraba sin ser invitada. Los muebles minimalistas, conjuntados entre sí, ofrecían el aspecto de un folleto publicitario y los colores cálidos y acogedores denotaban estilo y buen gusto. En una pared, descansaba un *collage* enorme que contenía varias fotos de la anfitriona: en una de ellas se podía apreciar a una Sira rockera, enfundada en un traje ajustado de cuero con el pelo alborotado y los labios muy rojos; otra, la desvelaba vestida de largo, maquillada en tonos sutiles con el pelo recogido en un moño estricto detrás de la nuca. Sujetaba entre las manos un premio y sonreía agradecida. Martin pensó que la cantante tenía una personalidad camaleónica, puesto que entre la Sira rockera y la Sira agradecida, no se apreciaba ningún punto en común. Parecía que en la misma persona convivían varias mujeres con personalidades diferentes. ¿Cuál de ellas sería la real?

Con todas esas preguntas sucediéndose en su mente, se sentó en un sofá de cuero color naranja oxidado y la observó, mientras ella traía una bandeja con cosas para picar y dos copas vacías.

—Yo no tuve una madre que me enseñara a ser una buena anfitriona —los hermosos ojos verdes de ella se llenaron de tristeza—, pero tengo modales básicos. Vamos a probar el vino que has traído, mi instinto me dice que sería lo más adecuado.

Martin asintió con una sonrisa y agarró la botella. Introdujo el sacacorchos con cuidado para no romper el corcho, que tenía aspecto frágil, y lo extrajo con mimo, como recordaba que hacía su padre. Acto seguido, llenó las copas con el líquido rosáceo, que abría el apetito por la forma de burbujear en las copas. No tenía ni idea qué tipo de vino había llevado, aunque confiaba en el buen gusto de Francis. Su padre no sacaba matrícula de honor en muchas cosas, pero las fórmulas químicas y el vino formaban parte de su pequeño grupo de especialidades.

Chocaron las copas y tomaron un pequeño sorbo. Tras saborearlo, Martin pensó que el sabor afrutado, con intenso aroma a grosella y cerezas de mayo,

resultaba agradable.

—¿Has comido? —preguntó, consultando el reloj con el ceño fruncido—. Lo lamento, te he citado justo a la hora de comer. No me he dado cuenta de que fuese tan tarde.

—No pasa nada, repasaremos tus dudas y ya comeré después —le contestó con educación.

—Podríamos almorzar juntos si quieres y, mientras tanto, hablaríamos sobre la campaña. Lo siento, yo no sé cocinar, ya que no tuve una madre para que me enseñara, pero siempre nos queda la comida para llevar.

Sonrió abatida y a Martin se le encogió el corazón. Él también estaba solo en el mundo; sin embargo, había tenido una familia y, de alguna manera, Adela siempre estaba con él. Además, mademoiselle Biton era como una segunda madre. Sira parecía vulnerable, llena de inseguridades y muy... sola.

—De acuerdo —aceptó comprensivo y la premió con una sonrisa cálida y sincera.

Pidieron ternera en salsa de *foie*, ensalada de canónigos con piñones, una tabla de quesos y varios embutidos. De postre, eligieron una tarta de limón con suflé de arándanos.

Después de la tensión inicial consiguieron relajarse y conversaron con tranquilidad alrededor de la mesa repleta de platos y sabores atrayentes. Mientras disfrutaba de su compañía, Sira deseó haberlo conocido en otras circunstancias para poder deleitarse con aquella comida agradable sin pensar en la misión que tenía por delante, ni en los motivos ocultos de la cita. Martin había llegado a su casa como un perfecto caballero; su mirada era limpia y su corazón desprovisto de culpa. Y ella tendría que despojarlo de su gran proyecto a base de mentiras y engaños.

Una vez que acabaron de comer, recogieron la mesa y tomaron el postre con los cafés. Martin acudió al baño y Sira aprovechó su ausencia para poner en marcha su plan. Su corazón estaba dividido, pero comprendió con amargura que no tenía alternativa. Se armó de valor y, con mano temblorosa, vertió unas gotas de burundanga en su taza de café. Agarró la cuchara y agitó nerviosa el líquido oscuro, después esperó paciente el regreso de su invitado. Se sentía despreciable, miserable y rastrera. No, no podía hacerlo. Levantó la taza para tirar el contenido cuando lo vio llegar y, entonces, no le quedó otro remedio que ofrecerle el café.

Capítulo 15

Martín aceptó agradecido la taza. El brillo inocente y dulce que transmitía su mirada hizo que a Sira la golpeará un terrible remordimiento. Ajeno a su drama interior, él se tomó el café. Entero.

El corazón de Sira martillaba dentro de su pecho, a punto de salirse de su sitio. El sentimiento de culpa, junto a la pesada carga del arrepentimiento, le provocaron una repentina subida de tensión. Llena de expectación clavó la vista en Martín, como si hubiese esperado que, en cualquier momento, le saliesen cinco cabezas. Él depositó la taza vacía sobre el borde de la mesa y se dejó caer con pesadez contra el respaldo del sofá. La expresión de su cara cambió y la luz que habitaba en su mirada limpia se apagó. El azul sereno de sus ojos se oscureció, como si hubiese percibido el peligro y se estuviera protegiendo. Agitó sus pestañas alterado y su respiración se volvió afanada. Sira decidió probar si los efectos de la droga habían surtido efecto, por lo que se cambió de sitio a otro sofá más estrecho, que se encontraba junto a la ventana.

—Martín, ven, siéntate aquí a mi lado —lo llamó con amabilidad.

Él la miró un largo segundo desconcertado, pero se levantó sin protestar y se acurrucó junto a ella. Parecía un robot que obedecía sin hacer preguntas. Sira se arrimó, invadiendo su espacio y, cuando sus cuerpos se rozaron, sintió una corriente eléctrica recorrerle la columna vertebral. Martín no protestó, ni se apartó, simplemente permaneció a su lado con la mirada quieta y una expresión indescifrable en el rostro. La joven tuvo la certeza de que se encontraba bajo los efectos de la droga porque, de lo contrario, no hubiese permitido esa cercanía tan íntima y repentina.

La cantante sabía que había llegado la hora de actuar, pero no se decidía a

desprenderse de la proximidad de su cuerpo, del que se sentía atraída como un imán. Una sensación de dulce amargura se apoderó de ella y retrasó todo lo que pudo el momento de sacar el molde de la silicona.

«¿Y, si le pido que me bese?», se preguntó con el corazón acelerado. «Solo para asegurarme que me obedece», se animó.

«Sira, no puedes aprovecharte de una persona que no es dueña de sus actos; si lo hicieses, serías igual de mediocre que Patrick. Tómale las huellas y déjale en paz», le aconsejó su conciencia, o lo que quedaba de ella.

Martin giró la cabeza hacia la muchacha y la observó sin pestañear. La intensidad de sus ojos azules, clavados en los mares verdes de ella, era estremecedora. Quedó desarmada, como si los efectos de la droga la hubiesen alcanzado de pleno. Deseaba tanto besarla...

«Solo sería un beso. Y se me pasarán las ganas», se justificó ante la mirada enfurruñada de su conciencia. Le tomó la mano entre las suyas y le pidió con voz ronca, cargada de tensión sexual:

—Martin, bésame.

Dejó de respirar al ver cómo agachaba la cabeza y buscaba sus labios. Selló su boca con delicadeza para, después, colocar de manera exigente sus manos alrededor de su cara, cambiando el ángulo del beso. Le separó los labios con mimo y profundizó dentro de ella, explorándola con movimientos circulares.

Sira cerró los ojos y se dejó invadir por las emociones que se centralizaron en el interior de su estómago. Le devolvió el beso, acariciándole la mejilla y sus dedos terminaron enredados en los suaves rizos de su pelo. Sintió náuseas y deseos de desnudarlo, pero se reprendió, enfadada consigo misma. Recordó que el beso no era real y se apartó. Ella, que era una mujer deseada por la mitad del género masculino del planeta, había drogado a un hombre indefenso y se estaba aprovechando de él. No tenía ningún derecho a disfrutar de un beso robado. Buscó serenarse, tomando varias bocanadas de aire. Estaba alterada, tensionada y muy excitada. Martin, ajeno a su desastre interior, no parecía dispuesto a alejarse de ella. Dejó la cabeza recostada sobre su hombro y su respiración cálida enloqueció a Sira.

La joven se levantó ansiosa y fue a buscar el molde de silicona. Regresó junto a él, sin embargo, en esta ocasión tuvo cuidado de no tocarlo. Martin clavó la vista en ella y, por un instante, Sira pensó que no podría llevar a cabo su plan. No delante de aquella intensa y cándida mirada. Expulsó el aire que oprimía sus pulmones y se dirigió a él, sin perder el contacto con sus ojos:

—Martin, quiero que me des tu dedo índice, ¿de acuerdo? —Los tres segundos que pasaron hasta que reaccionó se le hicieron eternos. No podía controlar el temblor de sus manos y pensó que, en vez de robarle la huella, sufriría un infarto.

Finalmente, le tendió la mano como un niño pequeño que obedece a su madre. Sira prendió su índice y lo apretó contra el molde de silicona. Después de unos segundos, le soltó la mano, colocó el molde dentro de la bolsa de plástico y la cerró con cuidado. Acto seguido, guardó la bolsa en el interior de un cajón y regresó a su lado.

Tras ver que había cerrado los ojos, la joven pensó que estaba sufriendo somnolencia, el primer efecto secundario del que le había hablado Patrick. Buscó una manta para arroparlo. Le acarició el pelo con ternura y se acurrucó de nuevo junto a él; de esta manera quería confraternizar para librarse del sofocante sentimiento de culpa que se había alojado dentro de ella.

De repente, se sintió observada y ahogó un grito, al ver que había abierto los ojos de par en par y la estudiaba con la mirada vidriosa. Sira no se atrevió a emitir sonido alguno. Ni a respirar. Martin se incorporó con firmeza y acogió su cara entre las manos. Habló en voz baja y, a la vez muy sexy, atropellando las palabras:

—Eres tan hermosa... —Y, a continuación, se tumbó sobre ella, apresándola bajo su cuerpo. Le inmovilizó las muñecas en una deliciosa sensación de cautividad y aplastó sus labios con ardorosa pasión.

Sira pasó en cuestión de segundos por varios estados de ánimo: sorpresa, placer, excitación, deseo, culpa. Su cuerpo se encendió, sin que ella pudiera detener la cascada de emociones que la recorría por dentro. Le devolvió el beso e introdujo los dedos debajo del borde de su camisa para acariciar su piel desnuda. Emitió un gemido y tiró de su camiseta, hasta quitársela.

La muchacha se estremeció cuando la boca masculina abandonó sus labios y le recorrió la piel, hasta llegar a sus pechos desnudos. Su respiración caliente, unida al hecho de ser un hombre prohibido, le atribuyeron un atractivo inconmensurable. Sira no podía detenerlo, aunque se le fuese la vida en ello. Cuando sus pechos fueron asaltados por su voraz boca, arqueó la espalda y notó cómo su cuerpo comenzaba a consumirse por todas partes. Su conciencia le gritaba desesperada para hacerla reaccionar y parar aquel asalto, recordándole que Martin se comportaba de esa manera a causa de las alucinaciones provocadas por la droga. Su parte racional quería apartarlo; sin

embargo, la emocional clamaba por permitirle seguir. Por lo poco que Patrick le había contado sobre los efectos de la droga, Martin se tenía que haber convertido en un muñeco de trapo, sin voluntad propia. Sin embargo, pasados los minutos iniciales, Martin daba señales de razonamiento, puesto que había tomado partido y se comportaba de un modo exigente; por tanto, voluntad tenía. Sira llegó a la conclusión de que, si ella accedía a sus avances, no sería aprovecharse de una persona indefensa. Cabía la posibilidad de que en un primer momento estuviera sometido, puesto que le había obedecido sin rechistar; no obstante era de sobra conocido el hecho de que las personas no responden del mismo modo ante las medicinas y las drogas. Y la joven solventó dejarse arrastrar por el deseo, justificándose con la débil excusa de que los efectos de la sustancia que le administró en el café, finalmente, no fueron tan intensos.

Ante las dudas que no dejaban de atormentarla, decidió que, en todo caso, no le permitiría llegar hasta el final y solo disfrutaría de un poco de pasión; «solo un poco», pensó cada vez más excitada. Cuando la barba incipiente de Martin se frotó contra su piel sensible, besándola y mordiéndola, Sira dejó de atender la voz de la razón y se abandonó por completo en sus brazos.

Lo ayudó a despojarse de su propia ropa y no opuso la menor resistencia cuando le separó los muslos y se deslizó en su interior. Estaba caliente y lista y gimió de placer con el íntimo contacto.

Los cuerpos desnudos y encendidos se fundieron, perdiéndose el límite de dónde empezaba uno y terminaba el otro. Tras un baile sensual de embiste y retirada, salpicado de besos fogosos y respiraciones entrecortadas, llegó el ansiado orgasmo. La intensidad de este sorprendió a Sira, quien se dejó llevar inmersa en las profundas lagunas azules que habitaban en sus ojos; el tiempo y el espacio se detuvieron por completo, las dudas y los remordimientos se esfumaron, solo quedaron ella y él, un hombre y una mujer que, en este instante, se necesitaban con desesperación.

Martin precisó un par de embestidas finales para culminar. Explotó extasiado y mientras se convulsionaba la contemplaba desconcertado, como si no comprendiese del todo lo que acababa de suceder. Necesitó un momento para apaciguarse y liberó el cuerpo de Sira de la presión de sus brazos. Parpadeó con lentitud, dejando la cabeza caer sobre el respaldo del sofá e, instantes después, se quedó dormido.

Sira tardó en recomponerse. Sentía que le faltaban las fuerzas necesarias

para enfrentar lo ocurrido. Lo observó en silencio y la expresión de inocencia y vulnerabilidad que vio en su rostro la hizo reaccionar.

¡Martin Lacroix se encontraba desnudo y medio drogado en su sofá! Tenía que arreglar aquel desastre antes de que despertase. Tal vez no se acordara de lo que había sucedido después de haberse tomado el café, pero, si despertaba desnudo, haría preguntas.

La muchacha se levantó ansiosa y se vistió con rapidez. Luego, con alguna que otra dificultad, lo vistió y se dispuso a esperar.

Capítulo 16

Un terrible dolor de cabeza despertó a Martin. Despegó los párpados con dificultad y, cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, notó unos pinchazos agudos taladrarle la sien. Intentó incorporarse, pero su cuerpo pesaba como el plomo. Miró atolondrado a su alrededor y observó un suelo reluciente, cubierto por una alfombra de color mantequilla impresa con varios dibujos geométricos. No reconoció la alfombra y la sensación de desconcierto aumentó. Giró la cabeza, a pesar de que el movimiento le costó otras punzadas en la frente, y observó que se encontraba en una estancia diáfana, rodeada por varias paredes de cristal. Seguía sin reconocer aquel espacio, por lo que hizo fuerza y consiguió incorporarse. Desorientado, logró levantarse del sofá, dio un par de pasos y se detuvo ante un *collage* inmenso, desde donde una chica le sonreía con sensualidad. Era Sira y recordó que habían comido juntos. Un rápido vistazo a través de la ventana le reveló que se había hecho de noche. ¿Por qué se encontraba todavía en su casa? ¿Y por qué se había quedado dormido? Lo último que recordaba era una taza de café humeante y, luego, la oscuridad.

—Martin, ¿ya estás mejor? —Se giró sorprendido hacia la voz de Sira, sintiéndose como pillado *in fraganti*. La joven se acercó luciendo en el rostro una expresión rara, casi asustada—. Te entró de repente un fuerte dolor de cabeza y te tumbaste en el sofá, después... te quedaste dormido —explicó, arrojando una pizca de luz en la oscuridad que le envolvía.

—Estoy muy confuso. —Martin se llevó la mano a la frente, en un intento de despejarse—. ¿Qué hora es?

—Las ocho. Has dormido cuatro horas. Puede que haya sido el vino, yo también me encuentro un poco mareada —confesó Sira, evitando su mirada

borrosa.

—Lo siento —se disculpó, apenado—. Elegí una botella al azar de la colección de mi padre, debía de ser un vino muy viejo...

—No te disculpes, da igual —se apresuró a excusarlo—. Si no te encuentras bien, puedes quedarte aquí a dormir, no quiero que conduzcas si estás mareado. Hay sitio de sobra.

—No, gracias, no pienso molestarte más. Iré al baño a lavarme la cara, seguro que me despejaré. Lo siento mucho, Sira, te aseguro que es la primera vez que me ocurre algo así, quiero decir... que no suelo beber hasta quedarme dormido, ni hacer el ridículo...

La comprensión que encontró en sus ojos le hizo sentirse peor de lo que ya estaba y comenzó a caminar con paso débil hacia el cuarto de baño. Nada más entrar, se vio asaltado por unas violentas arcadas y vomitó un líquido verdoso. Sintió fallarle las piernas, por lo que se sentó de rodillas, exhausto, sin fuerzas. Permaneció en esta posición unos momentos y, cuando reunió suficiente valor, se puso de pie. Se lavó la cara y pegó la frente contra el frío cristal del espejo. Consiguió serenarse y calmar su agitación interior. Una avalancha de dudas se cernió sobre él y un agujero negro pareció haberse colado dentro de su cerebro. Se sentía muy confuso y avergonzado. ¿Qué tipo de vino había traído? Jamás había perdido la conciencia antes... Ofrecer un espectáculo como aquel... delante de ella.

Salió del cuarto de baño y se despidió de Sira, visiblemente incómodo. Ella lo acompañó, mostrándose, en todo momento, preocupada y solícita y, cuando se alzó de puntillas y le dio un beso de despedida en la mejilla, a él lo golpeó un extraño sentimiento de *dejá vu*. El olor y el tacto de su piel le resultaron muy familiares. La sensación de desconcierto aumentó cuando conectó con su mirada. Sus hermosos ojos verdes brillaban de una forma especial, enviándole un desconocido mensaje.

Martin apartó la vista de ella y se montó en su coche, pensando que el vino de Francis le estaba jugando una mala pasada. Había hecho el ridículo más grande de toda su vida. La mano le temblaba sobre el volante y le costó varios intentos encajar la llave y encender el motor. Se armó de valor y abandonó la propiedad de la cantante y, veinte minutos más tarde, llegaba a su casa. Deseó que mademoiselle Biton estuviera dormida para no tener que enfrentarse a sus preguntas. Sin embargo, su deseo no fue concedido puesto que, nada más abrir la puerta, se topó con su mirada preocupada.

—¡Buenas noches! —exclamó, arrastrando las palabras con dificultad, al tiempo que se esforzaba por mantenerse recto.

—Martin... hola, ¿estás borracho? —preguntó, abriendo los ojos de par en par—. Tienes... muy mal aspecto.

—Creo... que sí —asintió él, dejándose caer en el sofá con pesadez—. Escogí una botella de vino de la colección de mi padre y supongo que no me ha sentado bien. Me quedaré aquí un rato, después me iré a descasar.

—Te traeré una aspirina y un vaso de leche —dijo, con voz compasiva.

Martin asintió con la cabeza y le agradeció el gesto con la mirada. Cerró los ojos y buscó relajarse, pero una ola de intranquilidad se lo impidió. Sentía dentro de él un nido de serpientes que no paraban de moverse. Después de tomarse la aspirina y el vaso de leche, subió a su dormitorio y consiguió dormirse.

Varias horas después se despertó empapado de sudor. Flashes extraños llegaron a su retina y se entremezclaron entre ellos, sin ningún sentido. En sus visiones, Martin besaba la espalda de una mujer, a la que no podía verle la cara. Tenía el pelo rubio y lacio y las caderas redondas. Le dio la vuelta para poder observarla, pero el rostro de ella se difuminó y no consiguió reconocerla. Estaba desnuda y tenía los pechos redondos y blancos. Sobre uno de ellos descansaba un pequeño lunar de color oscuro. La chica sin rostro se acercó y comenzó a besarla.

Martin abrió los ojos, sobresaltado, al visualizar con claridad cómo le separaba los muslos y se deslizaba dentro de ella. Se sentía extremadamente excitado al seguir el hilo de su imaginación y cuando entrevió cómo ambos cuerpos se movían con desesperada pasión, se preguntó quién sería esa mujer y por qué el sueño parecía tan real.

Capítulo 17

Sira le envió un escueto mensaje a Patrick en el que le indicaba que el trabajo ya estaba hecho. Acto seguido, mandó un comunicado de prensa anunciando que, después de siete años de colaboración profesional, había cesado su relación con Red Records y con Patrick Hoffman. A partir de ese día, Sira daría comienzo a una nueva etapa en su vida. No estaba preocupada por su futuro profesional, sabía que su carrera estaba en pleno apogeo y cualquier productora musical estaría encantada de contar con ella.

Una hora más tarde, una multitud de periodistas se postraron delante de su casa, deseosos de conseguir información sobre ese sonado divorcio. Sabía que era inevitable salir y enfrentarlos, pero todavía no estaba preparada para hacerlo.

Pensó en Martin y el sentimiento de culpa la dominó. Se preguntó si el hombre poderoso que la había chantajeado utilizaría la huella dactilar y le robaría la fórmula. ¿Tendría René una copia de reserva de ella, o la «segunda piel» dejaría de existir?

Si ese fuese el caso, Sira ya no prestaría su imagen a AM Cosmétiques y no tendría que volver a verlos, ni a Martin ni a su equipo. La joven se preguntó si pudo haber hecho las cosas de manera diferente; tal vez, acudir a la policía para pedir ayuda, o contarle a él la verdad para que se guardase una copia de seguridad. Sabía que su actitud había sido cobarde, pero, en su defensa, alegó que a ella nadie le había allanado el camino. Recordó los difíciles que fueron sus inicios en el panorama musical. No, definitivamente, Sira no estaba dispuesta a desperdiciar su futuro para ayudar a otro, aun cuando ese «otro» le hiciese consumirse con una lentitud desesperante por todas partes.

Puede que no volviera a verlo, pero si ese hecho ocurría, ¿cómo lo trataría?

Después de haberse acostado con él, era prácticamente imposible actuar con distancia y fingir que no le importaba. El encuentro sexual con Martin no había conseguido apagar su llama interna; sino todo lo contrario. Quizá la pasión, unida al miedo de que él hubiese podido recobrar los sentidos, había hecho aquel coctel tan explosivo.

A pesar de ser todavía temprano, Sira comenzó a beber. Se sirvió una copa de vino blanco pensando que le aportaría la vitalidad que necesitaba y le calmaría sus tensados nervios. Cuando acabó la botella, se dio cuenta, sorprendida, de que se sentía más culpable y miserable si cabía.

«¿Por qué tuviste que acostarte con él?», se reprimió enfadada. Mareada, se dirigió hacia su botiquín médico y se tomó varios tranquilizantes. Una manta de paz interior la envolvió y se quedó dormida.

—¿Sira? —Una voz lejana la llamó con timidez. Despegó los párpados y se encontró con la mirada preocupada de su asistente, Mireille—. Despiértate, son las siete de la tarde y dentro de una hora te toca cantar.

—*Merde...* ¡el concierto! No puedo... —se quejó, con voz quebrada, al tiempo que volvió a cerrar los ojos—. No me encuentro bien.

—Pero ¿has avisado a alguien? —preguntó su asistente, alarmada—. ¿Quieres que llame a señor Duval?

Sira exhaló un largo suspiro y negó con la cabeza. Luke se encontraba en Inglaterra para concretar las fechas de sus próximos conciertos. Otra ola de arrepentimiento la invadió: su novio, era un buen hombre y ella lo había engañado. ¿Por qué, de repente, le importaba? No era la primera vez que lo hacía sin sentir ni un ápice de remordimiento, ¿por qué ese día todo parecía diferente?

—¿Quieres que llene la bañera? —insistió Mireille—. Tus fans llevan varios días haciendo cola para verte, Sira. No sería justo para ellos que no fueras. Venga, haz un esfuerzo, tú puedes.

Las lágrimas se agruparon en los ojos de la joven y después comenzaron a deslizarse sobre su rostro demacrado. No podía sentirse culpable por todo lo que ocurría a su alrededor. ¿Qué demonios le estaba pasando? Ahora sentía culpa por los miles de fans que quedarían defraudados. Al diantre con ellos, recuperarían su dinero y listo.

—Acércame el móvil, llamaré a Luke —claudicó, ante la mirada compasiva

de su asistenta.

Al tercer tono, su novio le contestó solícito:

—Sira, cariño, ¿estás ya con las repeticiones? El concierto de esta noche será un bombazo, me acaban de confirmar que se agotaron todos los billetes, nueve mil entradas... ¡es fantástico!

—No puedo cantar esta noche —se lamentó, con voz rota—. No me encuentro bien.

—¿Y me lo dices ahora?! —La amable voz de Luke cambió el tono suave y dulce de apenas unos segundos atrás, volviéndose cortante. La certeza de que estaba con ella por interés se le hizo evidente. No le importaba su estado de ánimo, estaba preocupado por el dinero que se perdería por las nueve mil entradas vendidas—. Cariño, haz un esfuerzo, seguro que no es nada grave. No podemos, a estas alturas, anular el concierto y lo sabes —suavizó, su discurso.

—¡No puedo! —Sira estalló en llanto y cortó la llamada. Apagó el móvil y se quedó en la cama, sintiéndose vacía y rota. Su columna vertebral parecía haberse partido en dos y todas sus vértebras arrancadas de su sitio.

Momentos después, Mireille la arrastró hacia el cuarto de baño y la ayudó a meterse dentro de la bañera. El agua templada consiguió fortalecerla y, quince minutos más tarde, se vistió de forma apresurada y se dirigió hacia el Palais Nikaia. Los paparazis rodearon el coche en el que se encontraba y la persiguieron durante todo el camino, pero, con alguna que otra complicación, consiguió llegar. Como le faltaba vestirse de escena y ensayar con los bailarines, los organizadores comenzaron el concierto con una joven promesa a la que dejaron cantar tres canciones.

Con una hora de retraso, Sira apareció delante de las nueve mil personas que gritaron efusivas su nombre. Comenzó a cantar un *hit* pegadizo y, con la ayuda de cinco bailarines, pusieron en escena una coreografía plagada de pasos rítmicos y cantoneos de cadera. Aquello fluyó como la seda; sin embargo, cuando sonaron los acordes de la cuarta canción, Sira se quedó parada en el escenario sin poder continuar. Tenía que interpretar una canción muy emotiva y romántica, en donde la chica se arrepentía de sus errores e imploraba el perdón a la persona amada. La mirada limpia e inocente de Martin monopolizó sus pensamientos y sus cuerdas vocales se agarrotaron.

El público, ajeno a su drama interior, aguardó expectante, apuntándola con las linternas de los teléfonos móviles. La atención era máxima por lo que Sira

abrió la boca en un intento de reponerse, pero no pudo encontrar su voz.

«Maldita sea, Sira, no eres una novata para sufrir miedo escénico». Carraspeó, mientras intentaba poner en práctica un ejercicio de relajación, pero, aun así, su garganta permaneció paralizada. El público enmudeció y el silencio podía palpase con la mano.

Para ganar algo de tiempo dirigió el micrófono hacia las personas que estaban en primera fila y ellos hicieron el resto. El lamento de la canción cayó como una lluvia dispersa sobre el Palais Nikaia. Sus fans entonaron las frases iniciales con timidez, pero el efecto fue tan sentido que, en cuestión de segundos, la sala entera se sumó. De vez en cuando, Sira los acompañaba con alguna palabra o algún sonido y, de esta manera, el tema salió adelante sin que nadie se percatase de su bloqueo.

Cuando los últimos acordes se apagaron y la pasión del público se apaciguó, Sira aprovechó un pequeño parón y le pidió al realizador del concierto que pusiera el modo *play back*. Era un recurso que no utilizaba casi nunca; de hecho, tenía muy poca estima a los artistas que cantaban de esa manera, pero era una situación de emergencia y, para salir airosa, necesitaba utilizarlo. Los últimos cuatro temas los interpretó moviendo los labios y actuando como le pedía el ritmo de la canción. Se sintió avergonzada y frustrada aunque, en pleno concierto, las opciones no abundaban, y era preferible sacar su actuación adelante que abandonar a nueve mil personas entregadas. Se despidió de forma cariñosa de sus fans y salió airosa de escena. No volvió a aparecer, a pesar de los llamamientos del público.

Capítulo 18

Martín llegó temprano a AM Cosmétiques. Se encontraba en la semana previa al lanzamiento oficial de SSK, por lo que el laboratorio se había convertido en su máxima prioridad. Estaba ansioso y notaba los nervios tensados, aun cuando sabía que sus temores eran infundados. Tenían la situación bajo control: poseían la muy ansiada fórmula, los ingredientes para comenzar la producción, la marca patentada, la imagen contratada y el embalaje almacenado.

Con estos pensamientos rondándole por la cabeza, dejó el coche aparcado delante del laboratorio y, nada más acceder al vestíbulo, supo que algo raro había sucedido, puesto que la recepcionista no se encontraba en su mesa de trabajo. Avanzó con paso ágil y su desconcierto aumentó al encontrar la oficina vacía. Todas las empleadas faltaban de sus puestos, menos Vanessa que rebuscaba algo, de modo apresurado, en un cajón. Cuando se percató de la presencia de Martin, la administrativa agitó de forma nerviosa la mano en un intento fallido de saludo y volcó la taza de café que descansaba sobre su mesa. El líquido de color marrón oscuro se derramó sobre los papeles esparcidos y, ante la mirada angustiada de la empleada, Martin se dispuso a ayudarla. El hombre, con rapidez, entró en el cuarto de baño, agarró un rollo de papel y lo colocó sobre la mancha que había formado el café derramado. Vanessa prorrumpió en llanto y dijo con la voz entrecortada:

—Martin, la fórmula del SSK ha desaparecido.

Él parpadeó desconcertado y la contempló de un modo extraño, como si no hubiera entendido su lamento. Bajó la mirada hacia el rollo de papel empapado de café y se entretuvo unos segundos con la tarea de limpieza. Finalmente, las palabras se decodificaron en su cerebro y gritó con la cara

desencajada, al tiempo que tiraba con desdén el papel mojado a la papelera:

—¿Qué dices?! ¿Cuándo?

—Esta... noche. —La voz de Vanessa se quebró—. La policía acaba de llegar, nos han interrogado a todas de una en una y hace poco han subido al laboratorio para investigar.

—¿Por qué no me habéis avisado? —preguntó, exaltado, mientras se frotaba la frente en un vano intento por serenarse.

—Te llamamos al móvil, pero lo tienes desconectado. Roa llamó a tu casa y mademoiselle Biton le dijo que habías salido.

Martin rebuscó en su cartera y sacó el móvil. Constató consternado que, efectivamente, estaba apagado, aun cuando no recordaba haberlo hecho.

—Subiré al laboratorio —dijo en tono ausente.

Vanessa le rozó el codo demandando su atención y cuando la obtuvo, dijo apenada:

—La policía ha llamado también a los peritos del seguro. Se ha accedido al laboratorio con tu huella digital, por lo que ellos dicen... creen... que... fuiste... tú. —Vanessa se mordió el labio y evitó la mirada alarmada de su jefe.

—¿Yo?! ¡Yo! —exclamó Martin, exaltado—. ¿Qué yo me he robado a mí mismo? Iré arriba a ver qué pasa. Nada de lo que dices tiene sentido.

Mientras subía los escalones de la escalera tipo caracol, que comunicaban la recepción con el laboratorio, no observó señales aparentes de que allí hubiese ocurrido ningún robo. Todo estaba en su sitio, no se apreciaban indicios de algo fuera de lo normal. Sin embargo, nada más acceder al laboratorio, se encontró a tres agentes de policía que tomaban fotos y recogían pruebas. Las empleadas estaban apiladas en la mesa de trabajo de René y dos hombres trajeados rellenaban unos folios, al tiempo que hablaban entre ellos con el ceño fruncido.

—Buenos días —saludó crispado, de pronto varios pares de ojos se giraron hacia él—. Soy Martin Lacroix, el propietario de AM Cosméticos.

—¿Señor Lacroix? —Un policía se le acercó de forma apresurada—. Supongo que ya sabe que ha desaparecido la fórmula del SSK. Bueno, desaparecido, no, aquí ha ocurrido un robo de lo más extraño y desconcertante. Tenemos que hablar, a ser posible, en un lugar tranquilo.

El tono del policía sonaba acusador mientras su mirada perspicaz le destripaba con la velocidad de un rayo.

Martin lo invitó a su despacho y aguantó con estoicismo su actitud reprobatoria.

—Hemos repasado los informes de seguridad. Se ha accedido de manera correcta al laboratorio, no hay indicios de que hayan forzado la puerta. —El investigador le lanzó una mirada inquisitiva, inculpadora. —¿Quién, aparte de usted, tiene acceso al laboratorio?

—Supongo que es lo primero que ha preguntado a mis empleadas —respondió Martin a la defensiva—. Es increíble que sospechen de mí, no tiene ningún sentido que me robe a mí mismo.

—Correcto, hemos investigado y preguntado, mientras usted estaba ausente y... desconectado.

Los diminutos ojos del policía se entrecerraron con astucia. Martin alzó las cejas, contraatacándole.

En ese momento, entraron en el despacho otros investigadores.—Se ha accedido al laboratorio mediante huella digital. Ya sabe... eso tan personal e intransferible. Hemos comprobado la de la señorita Pelissier y no coincide. Lo siento, señor Lacroix, lo que le voy a pedir... tal vez suene un poco raro..., pero ¿me puede explicar cómo es posible que se haya accedido al laboratorio mediante su propia huella digital?

—No tengo ni idea —respondió Martin, con sinceridad—. Le aseguro que yo no fui.

—¿Puedo ver sus manos? —pidió el policía, al tiempo que sacaba del bolsillo un aparato alargado de color negro. Pulsó un botón pequeño y se encendió una luz roja en su cabezal.

—¿Mis manos? —Martin las extendió en actitud desafiante.

El policía las observó con sumo interés, después giró las palmas hacia abajo. Acercó la luz roja del aparato hacia sus dedos y se oyó un clic, acababa de capturar pequeños fotogramas de las yemas de sus dedos.

—¿Dónde estuvo entre las doce de la noche y las seis de la mañana? —preguntó un segundo policía con aparente tranquilidad.

Su compañero dejó las manos del sospechoso y apagó la luz roja del aparato, que guardó en su bolsillo.

—En mi casa, durmiendo —contestó Martin, mirando a su alrededor en busca de un atisbo de comprensión.

—¿Puede alguien corroborar su versión?

—He dormido solo, pero en la casa vive una mujer, se trata de

mademoiselle Biton, mi asistenta.

—¿Es su amante? —la voz del policía sonó despectiva.

—¡No! —El semblante de Martin adquirió una expresión enfadada. Aquello había ido demasiado lejos. SSK había volado del laboratorio y los policías, en vez de buscar al culpable, perdían el tiempo con preguntas estúpidas y juegos psicológicos baratos.

—Entonces..., si no es su amante, no sabrá si ha permanecido usted en su cama durante la noche —continuó el policía—. Pudo haber salido de la casa, robado la fórmula y haber vuelto antes de que su asistenta despertase, ¿verdad?

—Soy el dueño de la fórmula, inspector —dijo Martin con voz cansada—. ¿Por qué querría robar algo que es mío?

Un hombre trajeado se acercó al lugar del interrogatorio y lo taladró con una mirada distante y fría.

—SSK está asegurado en dos millones de euros. Un buen motivo para hacerla desaparecer. ¿No le parece? Por cierto, soy Herriot, el inspector del seguro.

—SSK es un producto novedoso, mi equipo y yo llevamos siete años trabajando en la fórmula. Una vez que salga a la luz, nos dará mucha rentabilidad. Le aseguro que... bastante más que dos millones.

—Eso... lo dice usted. —El hombre trajeado sonrió despectivo—. Un par de millones de euros en mano, contantes y sonantes, son mejor que siete, por ejemplo, volando por ahí...

—¡Se acabó! —tronó Martin ofendido—. No tengo por qué aguantar sus acusaciones. Si tienen algo formal en mi contra, díganlo a las claras y hablaremos con mi abogado delante. Lo que están haciendo no es una investigación, es un juicio. ¡Y yo no he hecho nada!

—Avisé a su abogado, señor Lacroix, nos vamos a la comisaria. Lo acusaremos del robo de la fórmula y de fraude a la aseguradora. Si confiesa, seremos discretos y el fiscal lo tendrá en cuenta —le aconsejó con voz amable uno de los policías.

Martin se dejó caer en la silla con gesto cansado. Rebuscó en su cartera, sacó el móvil, lo encendió y llamó a su abogado.

Capítulo 19

Sira estiró el cuello para que la maquilladora tuviera el mejor ángulo para pintarle los párpados. Momentos después se contempló en el espejo y le gustó la mujer que le devolvía la mirada. Su tez lucía nítida, sin imperfecciones y el color verde de sus ojos resaltaba con fuerza tras la gruesa capa de sombra malva satinada. El pelo lacio, perfectamente planchado, estaba recogido de forma natural en un moño francés dejando algunos mechones sueltos resbalar sobre sus hombros estrechos. Vestía de negro, su color favorito. El pantalón, largo y ancho, se sujetaba a su diminuta cintura con una correa anchurosa cerrada en la parte delantera con un lazo. La camisa de seda se ceñía sobre sus pechos y se perdía en la anchura del pantalón. Como único accesorio llevaba unos pendientes, del mismo color que la ropa, que imitaban el símbolo del infinito. Sira era considerada una mujer elegante, precisamente porque vestía con sencillez y sin muchos adornos. No le gustaba enseñar más de lo necesario y se regía por la sagrada regla: «A veces, menos es más».

Había sido elegida para participar como jurado en la versión infantil del concurso musical *La plus belle voix* y, esa tarde, ofrecía una entrevista para la productora del programa. Después de divorciarse de Red Records, firmó un nuevo contrato con la discográfica Sony Music, hecho que hizo que su caché aumentara de forma considerable. Luke seguía siendo su representante, aunque se había molestado por la ruptura con la anterior productora y entre ellos se había abierto una brecha que se agrandaba cada día.

Patrick, por su parte, salió de su vida sin hacer ruido. Mandó a un mensajero para recoger el molde de plástico y, ese mismo día, le envió un escueto mensaje: «Se acabó, somos libres». Sira no le contestó ni pensó más en ello; aun cuando no estaba segura de haberse librado por completo del

chantaje. Deseaba de todo corazón que esa etapa de su vida quedara en el pasado.

Con respeto a Martin, se enfrentaba a un torrente de sentimientos entremezclados. A veces, pensaba en él con deseo y ternura; otras, con arrepentimiento y culpa e, incluso, en ocasiones, con indiferencia, intentando convencerse de que no representaba nada especial para ella.

La presentadora le hizo una señal y comenzaron a rodar la entrevista:

—Has sido elegida *coach* para el exitoso programa *La plus belle voix*. ¿Cómo es trabajar con niños?

—Estoy encantada con el programa y trabajar con los pequeños es... imprevisible. —Las dos rieron con educación y Sira añadió—: Aprendo mucho de ellos y estoy muy contenta con mi equipo.

—Tengo entendido que no te gusta que te regalen flores. ¿Por qué?

—Considero que es un gesto inútil e innecesario. Prefiero una donación para alguna fundación infantil, en vez de un ramo de rosas hermosas que se marchitarán en pocos días. La mirada feliz de un niño es un bálsamo reparador, deberíamos probarlo todos más a menudo.

—Hace poco has cambiado de productora. Por tu trayectoria, sabemos que no eres una artista a la que le guste improvisar. ¿A qué se debe el cambio?

—Un leve rubor subió a las mejillas de Sira, puesto que aquella pregunta no constaba en el guion. La mirada astuta de la presentadora esperaba paciente su respuesta. Sira no podía eludirla, debido al hecho de que la entrevista se emitía en directo, en *prime time*.

—Sony Music me ha hecho una propuesta muy interesante y, aun cuando no acostumbro a hacer cambios, estoy, como la mayoría de las personas sensatas, receptiva a buenas ofertas. —Sonrió con frialdad y la periodista la imitó.

El clima hostil se instauró entre ellas y la tensión se podía palpar con la mano. Sira se sintió arrinconada, sabía por experiencia propia que, a partir de esa primera victoria, la presentadora dispararía sobre ella una lluvia de preguntas no pactadas. Montaría un escándalo después, pero, mientras tanto, estaba atrapada.

—Se rumorea que entre tu novio y tú hay un distanciamiento, ¿es cierto?

—Somos dos personas muy ocupadas, de hecho, él se encuentra ahora mismo en Londres por motivos de trabajo. Si eso cuenta como distanciamiento, sí, estamos distanciados. —Sira estiró los hombros y

ablandó el tensor de los brazos, recostándose sobre el respaldo aterciopelado del sillón. Quería ofrecer una imagen relajada y despreocupada. Su postura le sirvió, puesto que la presentadora anunció una breve pausa de publicidad.

Cinco minutos después, retomaron la entrevista. Sira escupió fuego durante la pausa y amenazó con marcharse. Se disculparon y le prometieron ceñirse a las cuestiones pactadas.

—¿Cuál es tu color favorito? —retomó la reportera el hilo de las preguntas.

—Me temo que no soy muy original, ni atrevida. —Sira esbozó una gran sonrisa y se dejó enfocar por la cámara. Sabía que daría un primer plano espectacular—. Me gusta el negro, es un color que ayuda siempre y combina bien en cualquier evento. También tengo debilidad por el blanco, o las combinaciones blanco-negro.

—Es más que evidente. —La reportera recorrió su vestimenta de arriba abajo y pasó a la siguiente pregunta—: Cuéntame ahora sobre tu debilidad por la ciencia. Tengo entendido que aceptaste ser la imagen de un producto innovador, llamado SSK.

—Cierto —asintió Sira, deseando que aquel tema quedase cuanto antes en el olvido. Le alteraba pensar en ello y sabía que, a la perspicaz reportera, no se le escaparía ningún detalle.

—Muy contenta e ilusionada. AM Cosmétiques me ha ofrecido la oportunidad de representar SSK, un producto innovador, bautizado con el sobrenombre de «segunda piel». Estoy segura de que será todo un éxito y que, pronto, nos rejuvenecerá a todas. —Ambas sonrieron con complicidad—. El lanzamiento oficial se hará dentro de poco, así que aprovecho la oportunidad para desearles mucho éxito.

—Qué raro... —se lamentó la reportera de forma retórica—. Los rumores dicen que, al final, SSK no verá la luz o, por lo menos, no en la fecha prevista.

Sira palideció, el hecho de estar totalmente desinformada la alteró. Salió del aprieto como pudo, enseñando su perfecta dentadura en medio de una sonrisa seductora.

—Se trata de un laboratorio, es normal que tenga contratiempos —apuntó con indiferencia.

—No es un contratiempo, Sira. La fórmula de SSK ha desaparecido y se sospecha que el autor del robo fue monsieur Lacroix, el dueño de AM Cosmétiques. Bueno, que se sepa hasta el momento, es el único imputado.

—La reportera se sorprendió al ver la cara desencajada de Sira y dejó de atosigarla. Le realizó algunas preguntas más relacionadas con su carrera musical y dio la entrevista por finalizada.

Sira cantó su último éxito, *No soy un ángel*, respiró de nuevo con normalidad y abandonó los estudios con paso apresurado.

De camino hacia su casa no pudo dejar de pensar en Martin y en la fórmula.

Capítulo 20

La habitación estaba fría y olía a humedad. Una bombilla que colgaba de un hilo suelto esparcía una luz ciega en toda la estancia. El mobiliario escaso compuesto por una mesa destartada, dos sillas de madera y un ordenador viejo daban la impresión de que aquello estaba abandonado. El suelo de gres estaba pegajoso y necesitaba con urgencia una buena limpieza. La puerta de la habitación se abrió con un desagradable chirrido y un hombre bajito, vestido con túnica larga y pantalones *babucha*, entró apresurado. Encendió el ordenador, que arrancó con un ruido estridente, después se sentó en la silla y se dispuso a esperar.

Media hora más tarde, la puerta chirrió de nuevo y unos zapatos caros y relucientes pisaron el suelo sucio con determinación.

—¡*Salam aleikum!* —saludó el hombre bajito, llamado Ahmed, quien se levantó de un salto y agachó la cabeza en actitud servil, para evitar mirar a los ojos al hombre que acababa de entrar.

—¡*Alekium Salam!* —respondió Rachid, con voz distante—. Trae al viejo, quiero hablar con él —ordenó, en tono autoritario.

—Se encuentra débil últimamente, duerme casi todo el día y apenas come —dijo Ahmed, con la vista clavada en el suelo—. El otro día intentamos ponerlo de pie y no lo conseguimos.

—Tráelo, aunque sea a rastras, ya me encargaré yo de animarlo.

Ahmed asintió y se puso en marcha al momento. Se adentró en el pasillo largo, sinuoso y oscuro. Un hilo de agua goteaba desde el techo y se escurría a través de las grietas de las paredes hasta el suelo. Pulsó el interruptor para encender la luz, pero esta parpadeó de un modo siniestro, sin llegar a encenderse del todo. La habitación donde se encontraba recluido el viejo se

hallaba justo al final del corredor y tenía la puerta custodiada por un candado oxidado. Ahmed rebuscó en el amplio bolsillo de su túnica y sacó una llave. Debido a la escasa luz, necesitó tres intentos para hacerla encajar en la cerradura. La giró hacia la izquierda y, finalmente, la puerta se abrió con estrépito.

El anciano estaba tumbado boca abajo sobre un colchón situado en el suelo. La habitación era más bien una celda pequeña y oscura. No tenía ventanas, solo cuatro paredes unidas entre ellas por tres metros de suelo sucio de barro. El olor a orina y a excrementos hizo que Ahmed golpeará con fuerza el costado del viejo con la punta de sus botas planas. El bulto de carne se encogió, hecho un ovillo y soltó un quejido débil.

—Vamos, viejo, despierta y deja de hacer el vago. El jefe acaba de llegar y desea hablar contigo.

El hombre se dio la vuelta y se levantó con dificultad. La túnica larga, que le llegaba hasta los tobillos, se enredó entre sus piernas flacas y huesudas. Ahmed se agachó y lo ayudó a levantarse.

—Quiero lavarme... un poco —pidió el anciano con voz apenas audible.

—¡Muévete, maldita sea! ¿Qué parte de «el jefe te está esperando» no escuchaste?

Ahmed le empujó el hombro con brusquedad y lo sacó a la fuerza. Comenzaron a andar a trompicones, recorriendo en silencio aquel tétrico pasillo. Cuando llegaron ante una puerta cerrada, Ahmed tocó tres veces seguidas y esperaron.

—Pasad. —La voz potente de Rachid sonó con eco, debido a la desnudez de las paredes y a la falta de mobiliario.

Ahmed empujó el cuerpo del viejo y este avanzó con paso titubeante y la cara escondida entre dos cortinas de pelo largo, grisáceo.

—¡*Professeur* Lacroix! —exclamó Rachid en tono alegre—. Se te ve muy descuidado, querido amigo.

Acto seguido, dejó sobre la mesa el *tasbih* que sostenía en la mano y le hizo una señal para que se aproximara.

—Acércate, amigo, siéntate aquí a mi lado, necesito enseñarte algo.

Francis obedeció y se dejó caer en una silla de madera que crujió bajo su peso. Se apartó el pelo de la cara y enfrentó con valentía la mirada altanera del que se hacía llamar su amigo. Se estudiaron unos segundos en silencio, después Rachid se agachó y depositó sobre la mesa una carpeta que empujó

hacia Francis.

—¡Ábrela! —le ordenó con voz glacial.

El profesor agarró la carpeta con dedos temblorosos. Nada más abrirla, le dio la bienvenida su propia letra en forma de polímeros y fórmulas químicas. Recordó los años que estuvo trabajando en aquel proyecto como los más felices de su vida. Por unos fugaces instantes, se sintió poseído por la energía de antaño. Se visualizó a sí mismo, sentado en su despacho y combinando fórmulas y algoritmos químicos. Notó sobre su piel la caricia suave del fino algodón inglés del que estaba confeccionada su camisa y el olor a limón, que desprendía su gel de cuerpo, se coló en sus fosas nasales. Después, arrugó el entrecejo y la imagen ensangrentada de Adela, tendida sobre la acera tras sufrir el accidente, llegó a su retina. Cayó en la cuenta de que todas las desgracias de su vida se habían originado en aquellos maléficos garrapatos. Si no hubiese puesto las bases de la «segunda piel», Adela estaría viva y su hijo tendría una familia. Y él... él no sería un mendigo prisionero, sucio y mal oliente. El olor a solomillo confitado en finas hierbas, cocinado por mademoiselle Biton, traspasó el fino velo de los recuerdos y llegó a sus sentidos. Sintió una neblina densa ceñirse sobre sus ojos y decidió encerrar aquellos recuerdos tan queridos, como llevaba años haciéndolo.

Cerró la carpeta con gesto brusco y la empujó hacia Rachid.

—Es un trabajo a medias. No sirve de nada.

—No tan rápido, *professeur*. —Rachid giró la pantalla del ordenador y le acercó el ratón—. Echa un vistazo a esto, a ver qué te parece.

Francis hizo varios intentos antes de dominar el ratón y, cuando consiguió controlar el temblor de sus dedos, analizó con gesto atento la pantalla. Ahogó una exclamación al toparse con los frutos de la semilla que él había sembrado años atrás. Encontró datos finales relacionados con la fórmula de «la segunda piel». Había sido bautizada con el sobrenombre de SSK y se encontraba lista para salir al mercado. El trabajo fue realizado por un estupendo profesional que supo interpretar los planos originales de Francis.

—Veo que lo conseguiste sin mi ayuda —inquirió el anciano con voz rota—. Si has venido a regocijarte, puedes marcharte satisfecho. No hay más que verme, soy un muerto en vida, sin vanidad ni orgullo. Esto ha dejado de interesarme.

—Francis, Francis... estás en esa situación precaria por tu culpa, y lo sabes. Al principio de nuestra amistad —Rachid subrayó la palabra amistad—, te

ofrecí las mejores condiciones de vida: un laboratorio moderno y bien equipado, personal instruido y obediente; todo a tu disposición. Hasta te ofrecí un sueldo en blanco. ¿Y qué es lo que hiciste? Despreciarlo y convertirte en un vago. Has creado alguna cremita de vez en cuando y algún polvo dañino, pero nada importante. Creí haber seleccionado a uno de los mejores químicos del mundo y me encontré con un viejo indolente y sin aspiraciones. Ahora tienes la oportunidad de mostrarme tu agradecimiento.

—¿Agradecimiento?! —Los ojos de Francis se humedecieron y los músculos de su cara apagada se crisparon, bajo la presión de su mandíbula.

—Francis, no seas un viejo sentimental y rencoroso. A estas alturas supongo que habrás comprendido que sacaré SSK al mercado bajo tus órdenes. Me tienes que dar números y decirme lo que necesitamos: ingredientes, personal, etc.

—Si necesitas mi colaboración, entonces este proyecto no te pertenece. Eres un maldito asesino y ladrón. No pienso ayudarte. —Francis se sentó en actitud obstinada en la silla al tiempo que fruncía los labios con severidad. Ante esa repentina muestra de rebeldía, Rachid prorrumpió una sonora carcajada.

—Solo soy un hombre de negocios, *professeur*. Y, no te equivoques, yo no pido ayuda a nadie, yo mando. Harás lo que te ordene porque, de lo contrario, tu hijo morirá. Así de simple y de eficaz.

—Mi hijo... —Las manos del profesor comenzaron a temblar—. ¿Cómo le va? Ni siquiera sé si aún sigue con vida.

—Claro que sigue con vida; venga, hombre, no seas pesimista. Pasa por algunos apuros ahora mismo, pero se repondrá. Si tú hubieras hecho el trabajo a tiempo, te aseguro que tu hijo estaría mucho mejor. Con tu actitud, le obligaste a cruzarse en mi camino.

—¿SSK es el proyecto de Martin? —La mirada de Francis se serenó por primera vez en todo el encuentro y en su rostro se apreció un atisbo de orgullo.

Capítulo 21

Sira contemplaba embelesada a las tres niñas que la miraban con ojos angustiados. De las tres, solo una conseguiría el pase a la siguiente fase. Mientras ordenaba en su mente el discurso que iba a decir, se sintió poseída por sendas oleadas de rabia en contra de las reglas del programa y se preguntó por qué los padres permitían que sus hijas pasaran por ese estrés, a una edad tan temprana. Estaba bien explotar sus cualidades, pero, con ocho y nueve años, era excesivo someterlas a tanta presión y al rechazo. Las tres niñas, que esperaban su veredicto con el corazón en un puño, tenían buenas voces, eran bonitas y se habían vestido con sus mejores galas. La ilusión, unida a la súplica que habitaba en sus miradas, hizo que a Sira le fuera imposible tomar una decisión. No le pareció justo puesto que cualquier decisión que tomase, contentaría a una de ellas y hundiría a las otras dos. El público percibió su sufrimiento interno y comenzó a gritar su nombre: « Sira, Sira, Sira». El presentador de la gala la apremió con la mirada para que nombrase a la elegida.

—Me quedo con... Ariete —declaró y se acercó al escenario para consolar a las dos niñas que se habían quedado fuera del concurso. Las abrazó con cariño, apretándolas contra su pecho. Les dijo que valían muchísimo y que algún día serían unas grandes artistas. No les contó los sacrificios que, posiblemente, tendrían que hacer para llegar a la cima, y tampoco les dijo que, para mantenerse en el mundo del espectáculo, se pedían más sacrificios todavía.

Nada más terminar el programa se despidió de los demás miembros del jurado, tomó un taxi y se dirigió exhausta hacia su casa. Experimentó una sensación de vértigo, como si en algún punto, su vida hubiese perdido el

norte. Necesitaba con desesperación recuperar el equilibrio y la armonía interior. Sabía que para lograrlo necesitaba hacer las paces con ella misma y perdonarse.

Martin fue el detonante de su caída y la cantante no tenía el coraje suficiente para enfrentarse a sus actos. Desde esa noche, los oscuros demonios de la culpa la atormentaron sin descanso. No se habían vuelto a ver y dudaba de tener algún día la valentía de mirarlo a los ojos.

No tendrían por qué volver a coincidir ni siquiera por motivos de trabajo, puesto que Roa le había informado que, por el momento, SSK no saldría al mercado.

«Te pido disculpas por las molestias causadas, pero hemos sufrido un robo en el laboratorio y la fórmula de SSK se ha visto afectada. La señorita Pelissier está trabajando a contrarreloj para solucionarlo, pero, quizás, pasen algunos meses hasta lograrlo. Te pagaremos tus honorarios, así como hemos acordado y, en cuanto tengamos novedades, nos pondremos en contacto contigo. Gracias por todo».

Sira se sintió una completa miserable al saber que todo ese tsunami se había provocado por su culpa. Cada vez que pensaba en Martin, no sabía contar y ordenar todo el daño que le había provocado. Primero, se había infiltrado en su empresa con motivos ocultos haciéndose pasar por la imagen de su marca; después, había fotografiado su laboratorio y el lugar exacto donde se encontraba la fórmula. Más tarde, había aumentado el daño, drogando a Martin y acostándose con él, sabiendo que no tenía voluntad propia. Le había robado la huella dactilar, para entregársela a un chantajista sin escrúpulos. Como consecuencia de todas esas acciones, Martin había sido despojado del proyecto de su vida y empujado a las garras de la policía. Si las investigaciones concluirían en esa misma línea, era más que probable que el juez lo encontrase culpable y Martin podría acabar en la cárcel. Y, mientras tanto, ¿qué hacía ella? Lo contemplaba todo desde la grada, sin levantar un dedo en su ayuda. Se vestía con ropa cara y elegante, acudía a sus compromisos profesionales donde ponía su mejor sonrisa y aparentaba ser un modelo al que se debía seguir. Regresaba por la noche a la tranquilidad de su hogar, donde encontraba su mundo en orden y nadie irrumpía en su vida para alterarla.

Sira intentó animarse, pensando que su vida también había sufrido algunos cambios, como abandonar Red Records y fichar por Sony Music; no obstante,

tuvo que reconocer que esos cambios le habían sido favorables, puesto que la nueva compañía le había ofrecido condiciones y contratos más ventajosos que los que había tenido hasta entonces. Despedir a Patrick había sido una muy deseada y bendita liberación. El último en quedar por el camino fue Luke, su representante. En las últimas semanas se habían distanciado más y él le atribuía toda la culpa a ella. Por el momento, seguía siendo su representante; sin embargo, la relación sentimental entre ambos se había extinguido; no se atrevieron a nombrarlo separación, sino una pausa para aclararse los sentimientos.

El taxi paró delante de su casa, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos. Nada más entrar, Sira sintió la necesidad de beber. Últimamente, el alcohol era su mejor aliado y era consciente de que, si no lo frenaba, la bebida la dominaría. Cuando se sirvió las últimas gotas de alcohol de la botella, sintió una necesidad imperiosa de vaciar su alma.

«Cuéntale la verdad y serás libre», le aconsejó su conciencia. Fácil de decir..., difícil de cumplir. Sabía que, en el caso de tener la valentía necesaria para hacerlo, tendría que contarle toda la verdad. Toda. ¿Cómo volvería a mirarlo a los ojos?

¿Y él? Con seguridad, sus principios bien arraigados la condenarían y la juzgarían. Era indudable que, si le confesara sus pecados, obtendría su desprecio, pero, a cambio, ganaría la muy ansiada paz. «Paz, qué palabra más simple y completa», pensó para sus adentros.

Comprobó el reloj que abrazaba su muñeca y se sintió decepcionada al ver que eran las dos de la madrugada. Se desinfló como un globo pinchado al comprender que se tenía que frenar por la hora tardía. Descorchó la otra botella de vino y mientras tomaba una segunda copa, o puede que fuera ya la tercera —había perdido la cuenta—, se quedó dormida en el sofá, enfundada en el vestido de terciopelo que había llevado en la gala de esa noche.

A la mañana siguiente, se despertó mareada y con un tremendo dolor de cabeza. Se quitó la ropa y se animó con una ducha templada. Se vistió con tejanos y un suéter de cachemira suave, se calzó unas cómodas zapatillas de casa y se dejó el pelo mojado suelto para que descansara libremente en su

espalda y se secara al aire. Luego, se tomó una aspirina con Coca-Cola y se tumbó en el sofá. Cerró los ojos buscando la paz, pero el gusanito interno de la culpa no dejó de atormentarla. Había llegado al límite y lo sabía. Prolongar el momento de la verdad sería como alargar una muerte anunciada. Por un tiempo había conseguido crear una brecha entre su mente y su alma; sin embargo, el doloroso sentimiento de culpa que la dominaba hizo que su voluntad se revelara. Su única opción era hablar con Martin.

Marcó su número y esperó cuatro tonos seguidos antes de escuchar su voz profunda y timbrada.

—Hola, Martin, soy Sira. ¿Cómo te va? —Se obligó a parecer alegre y despreocupada.

—Hola, bien... gracias. —Su tono sonó bajito y apagado, se notaba que no pasaba por su mejor momento.

—Me gustaría hablar contigo. —Sira tuvo que esforzarse para mantener el timbre alegre de su voz y aparentar normalidad.

—Lo siento... Eh..., no puedo.

Ella percibió su sufrimiento a través del auricular y murmuró de un modo apenas audible:

—Es importante, por favor. Te espero en mi casa.

Capítulo 22

Lo último que Martin hubiese deseado ese día era un encuentro con la cantante. Mientras se ponía el suéter en pico color granate sobre la camisa vaquera que llevaba por debajo se preguntaba por qué había aceptado ir. Sin encontrar ninguna razón aparente, se enfundó los tejanos y una gruesa cazadora para resguardarse del aire frío de noviembre. Se enrolló alrededor del cuello una bufanda azul marino y, tras un rápido vistazo al espejo, decidió que estaba presentable.

Debido a los problemas de las últimas semanas, había adelgazado un par de kilos, lo que provocaba que su mirada azul trasparente cobrara protagonismo absoluto en su rostro apagado. El pelo lo llevaba cortado al raso, hecho que entristeció a todas sus empleadas que suspiraron al ver que se había quedado sin sus rizos rebeldes.

Estaba imputado formalmente por el robo de la fórmula y, a cambio de una fianza de cincuenta y cinco mil euros, consiguió librarse de ir a la cárcel. La acusación particular, formada por los abogados del seguro, pedía para él tres años y medio de cárcel y el fiscal se contentaba con dos. La policía cerró la investigación en torno a él y, por el momento, no contemplaban a otro sospechoso.

Todas las chicas de su equipo lo apoyaron desde un principio, creyendo en su inocencia; sin embargo, nadie... ¡nadie!, ni siquiera el propio Martin, tenía una teoría respecto a lo que pudo haber pasado. Una huella digital era algo único e intransferible. Si él no había sido, ¿cómo logró el ladrón desbloquear el acceso empleando su huella?

Con esos pensamientos rodándole por la cabeza, Martin llegó a la casa de Sira. La imponente mansión de la cantante lo recibió silenciosa. Dejó el

coche aparcado en la entrada y, mientras se acercaba a la puerta, se vio traspasado por un aire gélido que le atravesó el alma. Se sobrecogió, invadido por un presentimiento extraño. Su respiración aumentó cuando escuchó los pasos de ella al otro lado de la puerta.

Sira apareció en el portal, pálida y apagada. Se dieron dos besos de cortesía en la mejilla, hecho que activó en el cerebro de Martin varios flashes. La mujer sin rostro de sus sueños volvió a aparecer y dos cuerpos desnudos se entrelazaron, poseídos por la pasión. Su paz interior se alteró al momento y tuvo que inspirar hondo para serenarse. Sira vestía una camisa granate y tejanos y ambos sonrieron cuando se dieron cuenta de que llevaban casi la misma vestimenta.

—Esta temporada, el granate se encuentra hasta en la sopa —rompió el hielo, al tiempo que se quitaba la cazadora y la dejaba colgada en un perchero.

—Perdona, pero mi camisa es burdeos —rio, en un intento de mostrarse simpática.

Lo invitó a pasar al salón y se sentaron en un sofá. La tensión era tan palpable y visible que se podía distinguir en el aire.

—Esta vez... no he traído vino —anunció Martin con sorna, mientras buscaba una posición relajada que le permitiese quitarse de encima los nervios que sentía.

Ella respondió con un amago de sonrisa que se quedó atrapado en sus labios. Se quitó las zapatillas y dobló las piernas debajo de ella.

—Casi que... mejor. ¿Quieres tomar algo? —preguntó con voz tensionada. Respiraba de forma entrecortada y se tocaba el pelo con nerviosismo.

—No, gracias. —Martin le sonrió con comprensión.

La Sira que él recordaba era una persona segura de sí misma, mandona y con aires de vedete. No obstante, la muchacha que tenía delante se veía nerviosa, insegura; hasta parecía asustada.

—Martin, he de hablar contigo sobre algo muy importante. No juzgues antes de tiempo, déjame explicártelo todo, ¿de acuerdo? —Sus ojos se empañaron contenidos por la emoción.

—De acuerdo, tú dirás.

Ella lanzó un largo suspiro, después, alargó la mano y le acarició el pelo, lo que provocó en Martin otra oleada de flashes de la mujer sin rostro. Frenó el instinto de apartarse y se sorprendió al comprender que, una parte oculta de

él, deseaba que Sira lo acariciase.

—Te has cortado los rizos. —Justificó su gesto y una cierta incomodidad se instauró entre ambos ante esa muestra de cariño, colmada de intimidad. Se recompuso y prosiguió—: Primero, te enseñaré un vídeo y, luego, te lo explicaré todo. ¿Vale? —Martin asintió, mientras ella agarraba el móvil de la mesa y, tras deslizar el dedo varias veces sobre la pantalla, se lo entregó.

Martin centró toda su atención en el vídeo que daba paso a una jovencita, enfundada en un vestido corto de lana. Al principio, el pelo castaño y los mofletes le impidieron reconocerla, pero, después de unos segundos, aquella mirada verde exótica le reveló, sin lugar a duda, que se trataba de Sira. La vio alargar los brazos y quitarse el vestido. La imagen de ella en sujetador y braguitas lo empujaron a devolverle el móvil. Se preguntó, pasmado, por qué le enseñaba un vídeo tan personal.

—Por favor, tienes que verlo entero —le pidió con voz rota. Le devolvió el móvil con dedos temblorosos y buscó su mirada.

Martin clavó sus penetrantes ojos azules en ella y retomó la grabación. En la siguiente escena, Sira se acercaba con pasos lentos e indecisos a un hombre gordo, quien la escrutaba con una mirada lasciva. Después, ella se quitaba el sujetador y el hombre alargaba la mano y rozaba su piel desnuda.

«¿Pero qué es esto?», se sorprendió Martin cuando vio que el hombre le manoseaba los pechos. Tardó en recomponerse y un sofocante calor lo invadió desde la planta de los pies hasta la nuca. Apretó la mandíbula con fuerza y prosiguió con el vídeo.

De pronto, la imagen se captó desde una cierta distancia, pero se apreciaba cómo el gordo meneaba su pene entre los senos de ella y, tras pocos segundos, la cámara enfocaba un primer plano de la eyaculación.

Martin se quedó lívido cuando divisó un lunar oscuro sobre uno de los senos de ella. El mismo lunar de la chica sin rostro. Mientras aquello se descodificaba en su cerebro, tragó saliva y se esforzó en seguir con el vídeo que finalizaba con la cara desencajada de Sira.

Cuando terminó de verlo, le devolvió el móvil, guardándose los miles de interrogantes que lo asaltaron. ¿Por qué le había enseñado una grabación tan íntima?

Sus miradas chocaron. Sira respiró hondo, preparándose para ofrecerle las explicaciones pertinentes. Se dijo a sí misma que una tenía que jugar con las cartas que le repartía la vida. Y, para bien o para mal, aquellas eran sus

cartas.

—La chica del vídeo se llamaba Silvina Ramírez y, en aquel entonces, solo tenía diecisiete años y se encontraba ante su primera oportunidad de ser cantante. El hombre que aparece junto a ella, Patrick Hoffman, es productor musical y ese día me cambió el nombre, convirtiéndome en Sira. Me ofreció un contrato en Red Records, sin embargo, aquella oportunidad tenía un precio, me pidió hacerle feliz —la voz de Sira se quebró. Tomó un sorbo de agua y cruzó los brazos alrededor de su pecho en un intento de protegerse—. Me despojó de la inocencia del que piensa que el cielo es suyo y, a cambio, me convirtió en una gran estrella.

»Durante muchos años me he culpado, sintiendo asco de mí misma, por acceder a desnudarme delante de él. No era propio de mí elegir el camino fácil. Tenía carácter y principios, aun cuando era una adolescente pobre y desarraigada. Hace poco me enteré de que no había tenido ni la más mínima oportunidad de actuar de forma diferente; Patrick me había drogado con una sustancia que anula la voluntad tornándome en una sumisa química.

—Sira, no sé... qué decir —articuló Martin, intentando retener dentro de él la rabia que sentía—. Eso es algo tuyo, muy personal, no sé por qué...

—No supe que ese asqueroso episodio había sido grabado hasta hace un mes, más o menos. Patrick me lo envió, pidiéndome un favor a cambio de no sacarlo a la luz. —Sira buscó su mirada y mantuvo el contacto visual sin pestañear—. Ese favor fue... ser la imagen de SSK.

La mirada atónita de Martin se clavó en ella como una flecha afilada. Se levantó del sofá como un resorte. Una cascada de emociones se desató en su interior y le provocó una importante alteración emocional. Exaltado, dio varias vueltas en círculo. Su rostro desconcertado reflejaba la infinidad de dudas y preguntas que le asaltaban.

—Lo que dices no tiene sentido. Yo soy el dueño de SSK y nunca he tenido intención de contar contigo para el proyecto. Quiero decir que nuestro presupuesto es modesto, no planeábamos elegir a alguien que tuviera semejante caché. No entiendo por qué, alguien ajeno a mí, pudiera estar tan interesado en que, precisamente, tú fueras la imagen de mi marca.

—Siéntate, Martin, la historia acaba de empezar. La siguiente parte será muy dolorosa para ti aunque, por lo menos, despejará algunas incógnitas. Cuando acabe, estarás enfadado conmigo, me odiarás, pero sabrás la verdad.

—¿Te odiaré? —preguntó, confundido—. Jamás he odiado a nadie, Sira.

—Siempre hay una primera vez para todo —apreció en voz baja—. Solo puedo alegar en mi defensa que no me dejaron demasiadas opciones y... estoy muy arrepentida, créeme. Mucho.

Martin se volvió a sentar en el sofá. Tomó un sorbo de agua que se le quedó atascado en la garganta.

—No fue difícil convertirme en vuestra imagen. —Sira bajó la mirada apesadumbrada—. Como cabía suponer, Roa estaba encantada y no hizo muchas preguntas. Tú, en un primer momento, te mostraste más reticente, pero tampoco pudiste negarte. Lo siguiente que me encargaron fue fotografiar tu laboratorio, la clave de acceso y el lugar donde se guardaba la fórmula.

—¿Por eso quisiste ir al laboratorio aquella noche? —Martin se quedó boquiabierto, mirándola con los ojos desorbitados, como si fuera la primera vez que la veía—. No cabe duda de que lo hiciste muy bien, nunca sospeché nada extraño.

—Acababa de conocerte, pero me caíste bien desde el principio. ¿Sabes? Hasta te bauticé en mi mente con el apodo «Blanconieves».

A Sira le entraron ganas de reír al ver la cara estupefacta de Martin. Hasta ese instante, la conversación había fluido bien y él había encajado cada agravio con valentía. No obstante, la cantante sabía que lo peor estaba por venir, por lo que decidió tomarse un respiro:

—El día que nos conocimos, te puse ese apodo. No sé si alguna vez te has fijado, pero tu equipo se compone de seis chicas, conté que conmigo éramos siete y me hizo gracia la semejanza... en fin, mírale la parte divertida, que la tiene. —Martin arrugó el entrecejo y Sira comenzó a reír de buena gana, al tiempo que juntaba las manos en señal de súplica—. No te enfades, tienes que reconocer que es un apodo simpático. Y original. Me sentí atraída por ti como un imán, por verme envuelta en una competencia tan feroz.

Ante la mirada intensa de Martin, la joven dejó de reír. Se contemplaron un largo segundo en silencio. La primera en apartar la vista fue ella. *Merde*, los ojos de ese hombre no parecían humanos. Para recuperar el control, acudió a la cocina y regresó con una bandeja de diferentes clases de hojaldres salados, dos vasos y una botella de vino blanco.

—Sira, yo no bebo tan temprano —se excusó, tras consultar el reloj—. Apenas son las doce.

—Bueno, es una hora ideal para tomarnos un aperitivo, prueba los pastelitos. Además, es preciso que te tomes una copa, la necesitarás, te lo

aseguro.

Martin asintió con la cabeza y probó un pastelito de queso, empolvorado con sésamo y albahaca.

—Es más que evidente que alguien tiene interés en la fórmula de SSK. Me imagino que estarás ansioso por saber de quién se trata. No te hagas grandes ilusiones, porque yo no lo sé tampoco, pero poseo información que podría ayudarte a dar con esa persona.

—Es de vital importancia, Sira. —Los ojos azules de Martin se posaron sobre ella, emanando intensidad—. La fórmula no me preocupa demasiado porque, más tarde o más temprano, René logrará descifrarla de nuevo. De hecho, la tiene grabada en su mente, solo quedan algunos pequeños detalles por colocar en su sitio. Lo que me inquieta es que, ahí fuera, existe alguien que ha maquinado en mi contra, que me ha robado y empiezo a sospechar que hasta puede tener relación con mi padre.

—Me siento fatal porque, muy a mi pesar, he ayudado a ese desgraciado a robarte. Me coaccionaron con el vídeo... y, en su momento, no vi otra salida; sin embargo, ahora sé que... eso no es excusa.

—Lo has hecho lo mejor que has podido, no te atormentes —la tranquilizó, al tiempo que le sirvió una copa de vino—. El hecho de contarme la verdad dice mucho de ti. En mi opinión, los humanos estamos hechos de pequeñas y grandes equivocaciones a las que rectificamos en la medida de lo posible o procuramos no volver a cometerlas. Y no debe de ser nada fácil admitirlas.

Sira le observó en silencio presa de una amalgama de sentimientos encontrados. Se sintió desarmada ante su carácter afable. Su corazón desprovisto de culpa y su generosidad le hizo mostrar hacia ella una actitud demasiado correcta; no la había prejuzgado, ni reclamado. La parte emocional de Sira hubiese deseado que se mostrase menos correcto. De esa manera, sus ataques de arrepentimiento se aplanarían y su voz interior quedaría acallada.

—¡Ay, Martin! —resopló angustiada—. No seas tan compasivo conmigo porque no me lo merezco. Lo siguiente que me pidieron... fue robarte la huella digital. —Tragó con dificultad, puesto que su comprimida garganta le impidió seguir.

La cara de Martin reflejaba perplejidad y la mandíbula se le desencajó, señal inequívoca de que sus últimas palabras le habían dejado con la boca abierta. Literalmente.

El denso silencio que se instauró entre ellos pesaba como el plomo. Los dos intentaron sobreponerse tomando un sorbo de vino. La mirada de Sira se clavó en su vaso y prosiguió en voz baja, cargada de arrepentimiento:

—El día que viniste aquí a comer, te puse en la bebida una droga que anula la voluntad, llamada burundanga. Se trata de una droga muy potente, con efecto instantáneo. Te la administré en el café y, nada más tomártelo, te convertiste en mi sumiso químico. El resto fue fácil... cogí tu mano y apreté tu dedo índice en un molde, después lo guardé en un sobre de plástico precintado. O dicho de un modo más simple, te drogué y te robé la huella digital. —Sira escondió la cara entre sus manos y suspiró alterada.

—Estoy flipando, jamás se me ocurrió pensar que... algo... tan personal se podría robar. Es tan simple y eficaz... me parece extraño que los policías no lo tuvieran en cuenta. —Cerró los puños con fuerza y los músculos de su rostro se tensaron—. ¿Cómo pudiste drogarme? —le recriminó dolido.

El momento más temido había llegado. Un Martin enrojecido y enfadado exigía respuestas con la mirada. Un golpe de calor encendió las mejillas de ella, por lo que agarró una servilleta de la mesa y comenzó a airearse la cara. Cuando calmó su acaloramiento, dijo:

—Drogarte... no fue lo peor que hice, Martin. El haberte robado la huella tiene una pizca de justificación, ya sé que intento tapar el sol con un dedo porque lo que hice es imperdonable. Lo siento... de verdad, aunque me temo que hay algo más que debes saber. Y ese algo más, que me mata por dentro, no tiene ni la menor excusa.

—¿Algo más?! —Martin se levantó del sofá. Dio varios pasos en círculo y terminó por sentarse en otro sofá, situado en frente de la ventana. Nada más sentir la suave tela que revestía su respaldo, tuvo el impulso de acariciar el acolchado. Rozó con los dedos las flores impresas en la tela y visualizó unas imágenes de él y de la mujer sin rostro, besándose ahí mismo. Cerró los ojos y se dejó llevar por los flashes que llegaban a su agitada mente como si de una película se tratase. En una imagen apresaba debajo de su cuerpo a una mujer desnuda, a la que besaba con pasión. Un lunar oscuro le hizo abrir los ojos de golpe. ¿Podría ser ella la mujer sin rostro? ¿Podría ser que ella y él...? No, imposible, ¡Sira no se atrevería a llegar tan lejos! ¿O sí? Cuando la vio desnuda en el vídeo, en uno de los pechos tenía un lunar...

La cantante se acercó a él interrumpiendo con su presencia el hilo de sus conjeturas. Le tomó las manos con delicadeza, al tiempo que clavaba su vista

en sus lagunas azules.

—Martin, yo... lo siento. De verdad. Nada de lo que haya pasado aquí fue premeditado. Lo siento mucho.

Él trató de hablar, pero notaba su cerebro paralizado por completo y toda la información recibida bailaba de forma desorganizada dentro de su cabeza. Recorrió con la mano el torso de ella y le desabrochó con gesto metódico los botones de su camisa, hasta llegar a la altura del sujetador. Sira no intentó apartarse, sino que permaneció inmóvil como una estatua. No protestó. Martin retiró la parte superior de la copa del sostén dorado y un grito ahogado escapó de sus labios al ver el lunar, tan perfecto como aparecía en sus visiones. Juntó la información almacenada en su cerebro y se quedó asombrado ante la evidencia. Volvió a abrocharle los botones con el mismo gesto metódico de antes, después la apartó y dijo:

—Tú y yo nos acostamos mientras estuve drogado, ¿verdad?

—Sí, así es —asintió con la mirada hundida en el suelo—. ¿Lo recuerdas?

—Algunos flashes, en mis visiones la cara de la mujer permanecía oculta, me imagino que se debe a algún mecanismo de autodefensa; no obstante, percibía con mucha claridad el lunar de su pecho. Ahora ya sé que todas esas visiones fueron reales y la mujer sin rostro... eres tú. —Sus miradas chocaron de golpe. La voz de Martin se volvió áspera y acusadora—. Sira, me das miedo, podría entender que estuvieras coaccionada para robarme la huella y demás, ¿pero esto? Dime, ¿hay algo que a mí se me escapa? ¿Te han obligado a que te acuestes conmigo? A estas alturas ya no me extraña nada.

—No, por supuesto que no. Surgió y yo...

—Surgió no, Sira, esto es muy grave; cuéntame la verdad, de lo contrario saldré enseguida de tu casa y haré lo que se debe hacer en un caso así. No confío para nada en ti. Dame una buena razón para no ir a la policía ahora mismo.

Ella se dejó caer sobre el sofá con gesto cansado. En su rostro se apreciaba una clara señal de arrepentimiento. Debería haber supuesto que Martin perdonaría un robo, pero no una intrusión en su vida íntima.

—Me dijeron que no recordaría nada. Como no conozco esta droga ni sus efectos, me tomé un tiempo para observarte y... —Se agachó delante de él y acogió sus manos entre las suyas. Le besó los nudillos en una sentida petición de perdón y dijo con voz rota—: Martin, quiero que entiendas que no fue fácil para mí hacerte esto. No soy una insensible abusadora... no quiero ni

imaginarme lo que piensas de mí en este instante.

»Me dio miedo sacar el molde, así sin más, por lo que decidí comprobar los efectos de la burundanga. Primero, te llamé para que vinieras a este sofá y, después, te pedí que me besaras. No sé por qué lo hice, aquel momento cargado de tensión y peligro me lo pidió así. Aunque no lo creas, la química flotaba en el aire y mi parte pasional, la que se había sentido atraída por ti desde el principio, no pudo resistirse. Me dije que solo sería un beso sin importancia. Un simple beso. Sabía, por lo poco que te conocía, que no eras el típico hombre al que pudiese tener cuando quisiera, así que sentí curiosidad. Te pedí que me besaras y tú lo hiciste. Nuestros labios permanecieron en contacto unos pocos segundos, ya sabes, el tanteo inicial; y enseguida comprendí que debía pararlo y me aparté de ti, te lo prometo. Traje el molde, te tomé la huella y, después de guardarla a buen recaudo..., me senté a tu lado para vigilarte, por si sufrías algún efecto adverso, aun cuando me aseguraron de que no los tendrías. El resto simplemente pasó... y no tuve voluntad para pararlo. Lo siento. —Sira alzó la vista buscando un destello de comprensión, una pequeña muestra de apoyo, pero se topó con una expresión fría y desconfiada.

Martin se levantó del sofá y se acercó a la ventana. Apartó la cortina plateada y la suave tela hizo varios ribetes alrededor de su mano. Contempló pensativo a través del cristal la alfombra de hojas, entre tonos rojos y amarillentos, que cubría el suelo.

—¿Qué significa «simplemente pasó y... no tuve voluntad para pararlo»? —En la mirada de Martin se reflejaba el signo de interrogación escrito en mayúscula y subrayado con fosforescente.

Ella dudó una milésima de segundo. Se mordió el labio inferior y apartó la vista.

—Te recostaste sobre el respaldo del sofá y cerraste los ojos. Me acurruqué junto a ti pensando que estarías bajo los primeros síntomas de la droga: la somnolencia. De repente, sin mediar palabra, abriste los ojos y me dijiste que era hermosa, después, comenzaste a... a besarme. Con pasión y yo...

Una oleada de calor le traspasó de arriba abajo al escuchar cómo fueron los preliminares de su encuentro sexual. Una necesidad repentina de respirar aire puro se le hizo imperiosa en ese instante. Necesitaba pensar... lejos de ella.

—Me tengo que ir. Ahora mismo no sé qué decir de todo esto. Las circunstancias me obligan a centrarme en el robo de la huella dactilar, tendré

que avisar a la policía. Espero que lo entiendas. Sobre lo que pasó entre nosotros... —Martin soltó un suspiro prolongado y dejó la frase colgada en el aire un par de segundos—. En todo este embrollo solo se entrevé una cosa con claridad: tú y yo tenemos un enemigo en común. Si te ha chantajeado dos veces, ten por seguro que lo hará una tercera también. En cuanto a mí, me vienen a la cabeza muchos motivos y sospechas. Puede que tenga que ver con mi padre, hasta con Adela...

—Sí, comprendo, haz lo que consideres necesario. —Sira se mordió el labio inferior para mantener las emociones a raya. Sabía que ese momento llegaría, que sentiría asco y se alejaría para siempre.

«¿Y qué esperabas? Lo has drogado, robado, engañado... Permitiste que se acostara contigo sabiendo que no razonaba».

—Intentaré que no te repercuta, ni que traspase a la prensa.

Martin inclinó el cuerpo hacia ella y le dio un beso en la frente. Aquel gesto tan simple y, a la vez, tan tierno desató las emociones retenidas dentro de ella y las lágrimas comenzaron a arder sobre su rostro.

—No te preocupes, no sé cómo lo haremos, pero estoy seguro de que, de alguna manera, dejaremos esto atrás. —Martin le acarició las mejillas con delicadeza, después giró sobre sus talones y se marchó.

Capítulo 23

Martín necesitaba con desesperación tomar una copa. No solía tener alcohol en casa, así que bajó al sótano y eligió una botella de vino de la colección de Francis. Acarició con las yemas de los dedos la etiqueta envejecida para quitarle el polvo y observó que se trataba de Muscat de Rivesaltes, cosecha de 1976. La descorchó con mimo, como hacía su padre cada vez que abría una de aquellas botellas. Vertió el líquido color dorado en una copa de cristal, y lo agitó antes de probarlo. Saboreó el aroma afrutado y se preguntó, colmado de curiosidad, qué sabor tendrían los besos de Sira.

Había poseído a la mujer más deseada del planeta y no se acordaba del momento. Patético. Imperdonable. Era como una parcela de su vida que había dejado de pertenecerle. Los flashes que le llegaban eran simples fotogramas, cuerpos desnudos entrelazados, un baile primitivo de embiste y retirada, pero, referente a los sentidos, no tenía ni un solo recuerdo. No sabía si habían hecho el amor con prisas, con pasión, con sentimiento o si se lo tomaron como un simple acto carnal. Tampoco si se habían besado con intensidad o compartieron besos fugaces. Aunque por la forma de reaccionar de su cuerpo al estar cerca de ella, Martín sospechaba que hacer el amor con Sira fue, como mínimo, apasionante.

¿Le había contado Sira la verdad con respecto al primer contacto? ¿Sería cierto que él había tomado la iniciativa y ella no pudo pararlo? ¿Sentía atracción por él, o se había dejado llevar por la pasión? Lo prohibido, unido al peligro de poder ser descubierta, debió de alentarla. Como fuese, el enfado de Martín sobre ese tema bajaba en intensidad por momentos y, en su lugar, aparecieron las preguntas y las incógnitas. Mientras todas aquellas interrogantes y dudas le asaltaban, buscó el número del inspector que había

investigado la desaparición de Francis y quedaron en verse el día siguiente. Martin no sabía muy bien por dónde comenzar, pero un sexto sentido lo guio hacia su padre. La «segunda piel» había sido su creación y no podría ser irrelevante el hecho de que, siete años más tarde, apareciera de la nada un desconocido que se tomase tantas molestias para robarle la fórmula.

Al día siguiente, Martin se presentó en la comisaría para hablar con el inspector Blanche. El policía lo recibió con cortesía y le invitó pasar a un despacho pequeño y desordenado que olía a humedad.

—Inspector, estoy en un aprieto y puede que el caso tenga relación con la desaparición de mi padre. No he hablado todavía con nadie, prefiero comentarlo contigo a ver qué te parece.

—Claro, has hecho bien. —Los ojos del inspector se movían con rapidez, impregnándole a su rostro una expresión de inteligencia—. Mientras te estaba esperando, he vuelto a hojear el caso de Francis y, la verdad, es raro que aparezca una pista después de tanto tiempo. Han pasado siete años.

—Lo sé, yo tampoco lo esperaba, la verdad. Hace una semana alguien se coló en mi laboratorio para robar la fórmula de un producto novedoso, que estábamos a punto de estrenar, llamado SSK. No habían forzado la entrada, sino que accedieron con mi huella digital. Este producto fue creado por mi padre, en concreto, estaba trabajando en su fórmula cuando desapareció, por eso no llegó a finalizarla. Mi intuición, y puede que mi lado sentimental también, me pidió continuar su labor. Para ello, me gasté todos los ahorros de mi familia, contraté un equipo competente y tardamos seis largos años en dar con la fórmula correcta. ¿No crees que los dos hechos puedan estar relacionados?

—Vamos por partes. —El inspector agarró un bolígrafo de un cajón y comenzó a tomar apuntes—. ¿Sabes quiénes son los ladrones? ¿Cómo lograron entrar utilizando tu huella?

—Es largo de explicar. No conozco la identidad del ladrón final, quiero decir el que se ha beneficiado de la fórmula, pero sé quién es el intermediario. Se trata de una chica a la que chantajearon para que me drogase y se apoderase de mi huella dactilar.

—Aquí hay un cúmulo de delitos graves, Martin. Si sabes quién es esa chica, me lo tienes que decir, es imprescindible que hable con ella. —El

policía garrapateó algo en la hoja que tenía delante y finalizó trazando la silueta de una gran señal de interrogación.

—Es una persona muy conocida y no me gustaría que se viera implicada.
—Martin bajó la vista, sorprendido por su necesidad de proteger a Sira.

—Por muy conocida que sea, si te drogó y robó, tendrá que responder ante la justicia. —La mirada inteligente de Blanche exigía respuestas.

—No presentaré cargos en su contra porque fue coaccionada para hacerlo. No obstante, te conseguiré una cita con ella, con la finalidad de proporcionar más información y pruebas, aunque no quiero que termine imputada. Esa chica está de nuestro lado, inspector.

Martin aportó todos los datos de los que disponía y, acto seguido, abandonaron la comisaría para dirigirse a la casa de Sira. Tras consultarla por teléfono, aceptó hablar con el policía, pero en su casa.

El inspector quedó sorprendido al ver la imponente mansión de Sira. Silbó con admiración, al tiempo que su mirada curiosa contemplaba embelesada los alrededores de la propiedad.

—¿Quién es la chica? Una mansión como esta no puede pertenecer a cualquiera. Si el hombre que, supuestamente, ha robado la fórmula de tu padre, tiene poder sobre una mujer así, debe de ser alguien muy poderoso.

—La chica es... Sira, la cantante. —Martin se asombró al darse cuenta que hablaba de ella con orgullo.

—¿Sira? ¿La cantante? —Los ojos de Blanche se entrecerraron en actitud circunspecta, después su cara adquirió un matiz complacido.

Martin reconoció un brillo de admiración en los astutos ojos del policía y, sin saber por qué, se sintió molesto. Se dijo que, si hasta aquel amable y simpático inspector reaccionaba de ese modo ante su nombre, ¿qué podría esperarse del resto de los hombres?

—Le pediré un autógrafo para mi hija, se pondrá muy contenta al saber que la he conocido.

Momentos después fueron recibidos por una Sira mortalmente pálida y demacrada. Vestida de negro, parecía una sombra. Martin le dio un beso de cortesía en la mejilla y se sorprendió invadido por un fuerte deseo de protegerla. Le sonrió con complicidad y un destello de comprensión afloró en sus penetrantes ojos azules. Ella evitó conectar con él, escondiendo su mirada detrás de una cortina densa de largas pestañas.

El inspector Blanche se paseaba con lentitud por su salón, prestando

atención a todos los detalles que encontraba en su camino. Se paró delante del *collage* de las fotos de la cantante y lo estudió con gesto atento:

—Mi hija es fan suya; tal vez, más tarde, me podría dar un autógrafo.

Las mandíbulas de Martin se crisparon. ¿El policía tenía intención de buscar al ladrón de SSK, o se quedaría embobado delante de ella, adulándola con la mirada?

—¿Cómo se llama su hija? —preguntó Sira con educación mientras rebuscaba algo en un cajón.

—Manuela —respondió el inspector complacido.

—¡Qué nombre más bonito! —Sira sonrió y escribió algo sobre una portada suya. Se la tendió al policía y dijo—: Tome, para Manuela.

Capítulo 24

El inspector Blanche colgó en la pared de su despacho una pizarra blanca. En la parte superior, escribió «Operación SSK» y comenzó a pegar sobre ella fotos, pegatinas y otros datos de interés. En la primera posición colocó a Martin, dueño de AM Cosmétiques y principal sospechoso del robo de la fórmula. Debajo de su foto, puso la de Francis, el creador de la fórmula, desaparecido siete años atrás. Al lado de Francis, situó a René Pelissier, socia de AM Cosmétiques. No parecía tener ninguna relación con el caso, pero el policía sabía por experiencia, que los menos señalados en un caso, acababan por tener la mayor relevancia. En una posición central colocó la foto de Sira, la autora material del robo de la información. Martin insistió en que su nombre permaneciera oculto y el inspector prometió implicarla lo mínimo posible. Debajo de la foto de la cantante, situó a Red Records, junto a Patrick Hoffman. Tras investigar la pista que Sira le había facilitado, descubrió que el propietario de la productora estaba oculto bajo un entramado de sociedades. Blanche no se desanimó y tiró del hilo hasta llegar a Casablanca. Rachid Tioua, un potente hombre de negocios marroquí, estaba detrás del entramado empresarial de Red Records. El inspector pegó la foto del empresario y la dirección de su casa en Casablanca.

Se alejó unos pasos y observó con atención la pizarra. Se estrujó los sesos y agudizó su mente para encontrar alguna relación entre aquellos personajes. Se dejó caer en su silla, la investigación se presentaba de lo más complicada y el inspector avecinaba pocas posibilidades de éxito.

¿Qué tenían en común una cantante de éxito, un empresario francés y un hombre de negocios marroquí? El inspector se acercó de nuevo a la pizarra y con un bolígrafo negro comenzó a trazar flechas en distintas direcciones.

Francis había sido el creador de SSK, la conexión debería de hallarse en ese personaje. Pero encontrar pistas en una persona desaparecida siete años atrás era como encontrar una aguja en un pajar. Y Blanche no tenía ni siquiera indicios.

Cansado, intentó borrar de su mente todas las conjeturas. Sabía que, a veces, la solución se encontraba más cerca de lo que uno creía. Apagó la luz de su despacho y abandonó la comisaría.

La noche había caído sobre la ciudad y un manto de frescura arropaba el ambiente, por lo que el inspector avivó sus pasos en dirección hacia su casa. Las siluetas de los investigados aparecieron de nuevo en su mente y, de repente, la luz comenzó a brillar con fuerza iluminando la espesa negrura.

¿Y si Rachid Tioua se hubiera enterado del proyecto de Francis y le hubiera querido contratar? ¿Y si el marroquí tenía relación con la desaparición del profesor? Si Blanche encontrara la clave a aquella encrucijada, resolvería dos casos importantes que lo ayudarían a escalar en su carrera. La desaparición de un científico, salpicada por la implicación de una famosa cantante. Los hechos tendrían tanta relevancia que hasta podría salir en la prensa y en televisión.

Animado por aquellas apetecibles visiones, regresó sobre sus pasos al despacho. Encendió el ordenador y solicitó al FMBL una lista con las personas que se habían entrevistado con Francis en los meses anteriores a su desaparición. Se armó de paciencia, ya que sabía que aquello tardaría. Todas las empresas, tanto públicas como privadas, eran recelosas de facilitar datos privados a la policía.

Mientras esperaba aquella valiosa información, comenzó a investigar a Tioua y sus empresas. A simple vista, ninguna estaba relacionada con el mundo de las investigaciones científicas, ni con algún laboratorio cosmético. El inspector se desanimó. Si Tioua no quería SSK para él mismo, ¿entonces por qué le interesaba? Un empresario de su nivel no podría ser un simple ladrón.

Comenzó a buscar en Google información sobre Tioua y sus esposas. Como era de esperar se había casado dos veces y, tras investigar a su primera mujer, el inspector saltó de alegría. Fátima Fahid era la flamante propietaria de un laboratorio cosmético. Escribió su nombre en la pizarra y lo relacionó con una flecha con el nombre de su exmarido y con Francis. Pero faltaba todavía un indicio fundamental. ¿En qué momento ella y su marido se habían cruzado

con Francis o con SSK?

El policía dio la labor de ese día por finalizada y abandonó su despacho. Veinte minutos más tarde, entró despacio en su apartamento, pues no quería despertar a su hija, Manuela. Encendió la televisión y se sentó en el sofá con una copa de burbon en la mano. Había avanzado mucho en el caso y tenía el presentimiento de que daría con las ansiadas respuestas.

—Papá, ¿qué hora es? —Manuela apareció en su campo visual con cara soñolienta—. Dijiste que tenías una sorpresa para mí y me quedé esperándote hasta muy tarde.

—Cariño, ¿te he despertado? —Su padre le hizo una señal con la mano y ella se acercó. Le dio un beso en la frente y le enseñó un sobre que había dejado sobre la mesa—. Aquí está mi sorpresa, pero te la daré mañana. Ahora es demasiado tarde.

—Papá, tengo dieciséis años, no pasa nada por perderme unas horas de sueño —le recriminó con un mohín.

Su padre le entregó el sobre y esperó paciente hasta que lo abriese. Sonrió satisfecho cuando escuchó sus gritos de felicidad. Manuela le premió con un beso efusivo en la mejilla.

Al día siguiente, el inspector llegó temprano a su despacho. Comprobó el fax y el corazón le pegó un brinco al encontrar en la bandeja uno procedente del FMBL. Era su día de suerte y lo sabía. Ansioso, comenzó a repasar todos los nombres de la lista y gritó satisfecho al encontrar el nombre de Rachid Tioua. El marroquí se había entrevistado con el profesor, tan solo unos días antes de desaparecer.

Blanche apuntó ese dato valioso en su pizarra y sonrió satisfecho al observar cómo todos los nombres conectaban entre ellos. Mareado de felicidad, llamó al inspector jefe.

Capítulo 25

Martín aparcó el coche delante de la comisaria y entró con paso ligero. Avisó al policía de guardia que tenía cita con el inspector Blanche y, minutos más tarde, este salió a recibirlo.

—Hola, Martin, gracias por venir. —Le tomó por el brazo en actitud amistosa y le hizo pasar a su despacho. Una vez dentro, le ofreció una silla y cerró la puerta con cuidado. El economista reconoció, en una pizarra grande situada sobre la pared, su foto, su nombre, el de Francis y el de Sira. Interrogó con la mirada al inspector, quien le dijo con gesto cansado:

—Tengo dos noticias, Martin. Voy a empezar por una que me tiene muy contento: he resuelto el caso. Sí, sí, tal como lo oyes. Tienes un olfato increíble, amigo, tu instinto nos dio la pista acertada: el robo de la fórmula tiene relación con Francis, vaya sí la tiene.

Al escuchar aquello, Lacroix notó cómo una corriente eléctrica comenzó a recorrerle la columna vertebral. Un fuerte temblor le paralizó las piernas, por lo que se sentó en la silla, con una expresión aturdida en el rostro. Se recostó sobre el respaldo y cruzó las piernas en actitud expectante. No sabía qué le había impactado más, si la resolución del caso, o el hecho de volver a saber de su padre.

—Sigue, por favor —balbuceó mientras abría una botella de agua que tenía delante. Desenroscó el tapón y se humedeció la boca con el líquido fresco.

—He tirado de todos los hilos y resulta que el dueño de Red Records es un importante hombre de negocios marroquí, llamado Rachid Tioua, quien se había entrevistado con tu padre en el FMBL tan solo unos días antes de su desaparición. Y, ¡lo mejor! —el inspector hizo una pausa cargada de significado—, su exmujer es... ¡propietaria de un laboratorio cosmético!

—Todo tiene sentido ahora. —La cara de Martin se iluminó. Esperanzado, se levantó de la silla y se plantó ante de la pizarra bautizada con el nombre «Operación SSK»—. ¿Qué hacemos aquí hablando? Puede que mi padre esté vivo todavía, por favor, arrestad a ese hombre e interrogadlo.

—¡Ya me gustaría! —La mirada de Blanche dejó de brillar y en su rostro se alojó una expresión compungida—. Me temo que no es tan fácil. He hablado con el inspector jefe, y todo lo que tenemos es coherente, sí, pero son pruebas circunstanciales. Marruecos no pertenece a la Comunidad Europea y no podemos intervenir en su jurisdicción sin evidencias sólidas. En pocas palabras, aunque lo tenemos, no podemos tocarlo.

—Pero fue él quien obligó a Sira a robarme. Si fuese necesario, ella testificará. —Martin agitaba los brazos alterado. Aunque ante la mirada impotente del policía, su entusiasmo se apagó. Con voz débil, añadió—: Debemos hacer algo, inspector.

—Martin, lo siento; por desgracia, no tenemos nada en contra de ese hombre. Ha actuado desde la sombra, no hay forma de acusarlo. A Sira la coaccionó Hoffman, ella ni siquiera sabe de la existencia de Tioua. ¿Cierto? Solo tenemos negro sobre blanco, el hecho de que Rachid Tioua se había entrevistado con tu padre en el FMBL. Pero, como él, también lo hicieron decenas de personas. No podemos acusarlo de nada con base en esto. Lo lamento.

—¡Malditas leyes y jurisdicciones! —explotó Martin colérico. Una ola de calor se apoderó de él, por lo que tomó otro sorbo de agua, en un intento de calmar su agitación interna.

—Tranquilo. —El inspector le tocó el hombro en actitud consoladora y le animó con la mirada—. Algo se nos ocurrirá, por el momento mira el lado bueno de las cosas. He hablado con mis compañeros que llevan el caso SSK y cerrarán la investigación en torno a ti, así que te has librado de las acusaciones de robo. Desde aquí, juntaremos las dos causas bajo mi mando. Puedes reclamar al seguro la cantidad que te corresponde por el robo de la fórmula, es tu derecho. No te devolverá a tu padre, pero, por lo menos, se ha limpiado tu nombre y podrás recuperarte. Te prometo que no descansaré hasta resolver el caso. Si tu padre sigue con vida, lo encontraremos.

Martin abandonó la comisaria desanimado. Sabía que debería sentirse contento, al menos, en parte. Los dos millones de euros que recibiría del seguro eran más que suficientes para recuperarse y avanzar con su proyecto.

Reanudaría su sueño y sacaría SSK al mercado. El nombre de Rachid Tioua bailaba delante de sus ojos y la impotencia crecía dentro de él. Era frustrante disponer de la primera pista sólida relacionada con la desaparición de su padre y no poder fructificarla. Si la teoría del inspector era cierta, ese hombre podría ser el autor de la desaparición de Francis y del robo de la fórmula, además de haber amenazado y coaccionado a Sira.

El resto del día, Martin lo pasó en el laboratorio, donde se reunió con los peritos del seguro, quienes tramitaron la resolución del caso. René había hecho importantes avances y, después de hablarlo toda la tarde, programaron la salida de SSK al mercado para el diecisiete de diciembre, justo una semana antes de Navidad. A Roa le pareció una fecha estupenda para hacer llegar el novedoso producto a los clientes por ser una época tan señalada.

Martin abandonó el laboratorio a las ocho de la noche. Había solucionado todos los contratiempos relacionados con el trabajo, solo le quedaba ver a Sira y ponerla al corriente de los últimos acontecimientos.

Con relación a ella, su corazón estaba dividido. Una parte de él pensaba que no le debía ninguna explicación, sin embargo, otra la consideraba una pieza activa de los sucesos recientes. Tras un debate interior importante, ganó la parte favorable a Sira, por lo que la llamó y la invitó a cenar a un pequeño restaurante llamado Flamant, donde solía ir con Adela. No se trataba de un lugar lujoso, pero era decente y limpio. Llegó antes de la hora prevista y eligió una mesa discreta al lado de la ventana. Una vela situada en centro de la mesa repartía una luz tenue y sutil y la cortina estampada con flores en tonos pastel imprimía un toque de alegría al local.

Media hora más tarde, ella hizo su aparición en el marco de la puerta. Se veía tensa e indecisa por lo que Martin se levantó para recibirla y la ayudó a sentarse en su silla.

—¡Qué local tan... cálido! —exclamó, mientras rozaba con las yemas de los dedos la superficie lisa del impoluto mantel blanco que cubría la mesa—. Hace años que no vengo a restaurantes de ese tipo.

—Sé que nuestros mundos están bastantes alejados, pero, como la iniciativa de esta cena fue mía, me pareció buena idea que el lugar fuese de mi mundo. Espero que no te importe.

—No era una queja, Martin —apreció con dulzura—, sino todo lo contrario. Los restaurantes a los que voy habitualmente son minimalistas, modernos, caros... pero muy fríos.

—Este local era el favorito de mi madre, solíamos comer aquí los sábados. Es... muy especial para mí. —Martin alzó la vista hacia ella y conectaron a través de la luz de la vela. Las lagunas azules brillaron con fuerza al chocar con las aguas verdes que habitaban en los ojos de ella. Sira alargó el brazo y le acogió la mano entre las suyas.

—Gracias por dejarme entrar en tu mundo —musitó, al tiempo que inclinaba el cuerpo hacia delante y acortaba el espacio entre ellos. Un velo de magia se ciñó sobre la pareja en una deliciosa sensación de intimidad. La luz de la vela se mezcló con la intensidad de sus miradas al tiempo que un atisbo de esperanza comenzó a tomar forma. Sira fue la primera en desconectarse y ambos apartaron incómodos las miradas. El manto del hechizo se esfumó mientras sus cuerpos se separaban de forma prudencial—. Aunque... no me le merezco. Necesito una copa para espabilarme. ¿Podemos pedir algo?

—Claro, disculpa. He pedido vino blanco, me he dado cuenta de que te gusta. Se está enfriando en la cubitera.

Martin tenía las palmas húmedas y frías y, al intentar sacar la botella de la cubitera, esta resbaló y se cayó salpicando a su alrededor una multitud de gotas de agua. Un atento camarero se acercó y les sirvió el vino con habilidad. Introdujo de nuevo la botella dentro de la cubitera, al tiempo que miraba embobado a Sira sin disimulo y ella le correspondió con una sonrisa cargada de agradecimiento.

—¿Estás bien? —La cantante alargó la mano y le rozó la suya en actitud íntima—. Pareces estresado.

Se tomó su tiempo en contestar, buscando las palabras adecuadas.

—Me encuentro como aturdido, puede que sea el cansancio. Llevo semanas sin dormir bien y hoy ha sido un día largo. —Se frotó la frente con la palma abierta y se encogió de hombros—. La policía ha localizado al dueño de Red Records, se llama Rachid Tioua y todo apunta a que es el autor de las desgracias de mi familia. Su exmujer es propietaria de un laboratorio cosmético y él se había entrevistado con mi padre unos días antes de su desaparición. El asunto está claro, SSK es la clave.

—¡Es una noticia fantástica! —exclamó, animada—. ¿Por qué no estás contento, entonces?

—Por el momento, la policía no piensa hacer nada, las pruebas son circunstanciales y Tioua vive en Marruecos. Dicen que, sin algo sólido, no pueden acusarlo.

Sira abrazó los bordes de su silla en actitud pensativa.

—Gracias por compartirlo conmigo, no debe resultarte fácil confiar en mí después de todo lo que hice. Si algunos humanos somos un cúmulo de equivocaciones, otros, como es tu caso, lo sois de generosidad. No te vengas abajo, confía en la policía, más tarde o más temprano, solucionarán el caso y, si no, algo se nos ocurrirá para desenmascarar a ese hombre. Te lo prometo.

Capítulo 26

Una vez superados los nervios iniciales, la cena transcurrió con normalidad. Compartieron un pastel de salmón y gambas confitadas en salsa de soja. Como consecuencia de la buena cena y el exquisito vino, consiguieron relajarse y desviar la atención de los problemas. Eligieron como postre la tarta Diplómate, una de las favoritas de Adela.

—Tu madre debió ser una mujer fantástica, me hubiese encantado conocerla. —En los labios llenos de Sira floreció una sonrisa sincera—. Todo lo que le gustaba a ella, me gusta a mí también. Incluido tú.

—Entre ella y yo había una conexión muy especial. No creo que pase ni un solo día sin que me acuerde de ella. Además, he conseguido dominar el dolor, y ahora su recuerdo me reconforta.

Los siguientes minutos transcurrieron a cámara lenta; una niña que cenaba con sus padres en el restaurante reconoció a Sira y se acercó a ella para pedirle una foto. Martin se encargó de inmortalizar el momento y se sorprendió al ver que varios clientes habían dejado de cenar y dirigían su atención hacia ellos. La mirada alterada de Sira le enviaba señales de advertencia y su expresión relajada se crispaba por momentos.

—Nos tenemos que ir, Martin, lo siento —inquirió, al tiempo que se levantaba con celeridad de la silla.

Martin la siguió sin entender todavía el cambio de su actitud. Rodeó con el brazo su cintura y se dirigieron a la salida. La atmósfera apacible del restaurante se vio interrumpida por los gritos de varias personas.

—¡Sira, Sira, por favor!, ¡una foto con nuestro grupo!

Los flashes de las cámaras comenzaron a parpadear y un chico joven se postró delante de ellos para interrumpirles el paso.

—No puedo dejar pasar esta oportunidad, por favor, Sira, sonríe. —Y, sin esperar su respuesta se arrimó a la cantante, empujando con descortesía a Martin, que se vio relegado a un segundo plano. Sira intentó poner buena cara, pero su cuerpo entero se crispó bajo la presión de la mano del chico que la sujetaba con demasiada fuerza.

Martin consiguió reponerse de la sorpresa al entender que la actitud del chaval se había pasado de lo políticamente correcto. Sin pensarlo dos veces, lo apartó con brusquedad de ella y reconquistó su sitio, rodeando los hombros femeninos en gesto protector. El chico se alejó enfurruñado y aquel instante quedó fotografiado por los comensales que presenciaron la escena desde sus mesas.

Sira avivó el paso y, sin recoger su abrigo, salió con celeridad del restaurante. Martin pagó la cuenta, recogió su chaqueta y siguió sus pasos. El cortante frío de invierno azotaba sin piedad el cuerpo de Sira, envuelto en un escotado vestido de triple seda, color menta. Su cara estaba contraída y los dientes le castañeaban.

Sin pensarlo dos veces, Martin se arrimó a su cuerpo y la rodeó con los brazos. Friccionó su espalda para infundirle calor y depositó el abrigo sobre sus hombros sin dejar de abrazarla. Ella permaneció callada y le agradeció el gesto con la mirada. Después dejó su rostro esconderse en el hueco de sus clavículas y dijo en voz baja:

—Lo siento, tenemos que irnos, ya. Cuanto más tardemos, más fotos saldrán mañana de los dos.

Él accedió sin comprender del todo lo que había pasado y mientras se dirigían hacia el garaje donde había aparcado el coche, le preguntó desconcertado:

—Y ¿por qué la gente hace esto? Quiero decir... fotografiarte sin tu permiso.

—Porque soy personaje público, Martin. La gente se cree con derecho, piensan que soy un bien común. —Sonrió con amargura—. Además del puro deseo de tener una foto involuntaria de una famosa, esas imágenes valen dinero.

En ese momento llegaron al coche. Martin abrió la puerta y la ayudó a instalarse, después se acomodó en su propio asiento. Comprobó los espejos, se abrochó el cinturón y, tras ver que Sira no se había abrochado el suyo, se arrimó a ella, agarró la correa y la cruzó en su pecho. Con la cercanía, su

perfume suave le llenó los sentidos y, cuando las manos de Sira rodearon sus hombros, atrayéndolo hacia ella, se dejó llevar y encastró su boca sobre la suya. El beso fue intenso y corto. Sus labios encajaron y comenzaron a moverse con cuidado, como si buscaran conocerse. El ritmo creció, pero no llegó a intensificarse. Ella se apartó y murmuró en voz baja:

—Gracias por cuidar de mí en el restaurante. Me ha gustado sentirme protegida.

Martin se quedó como fuera de juego. El tono dulce y sereno de su voz activó en su interior una bola de fuego y se notó arder por todas partes.

—De nada. —Quitó importancia al asunto, al tiempo que luchaba por esconder las señales de turbación que se instalaron en su rostro.

Sin añadir ni una palabra más, giró la llave y puso la primera marcha. El coche se incorporó con suavidad a la carretera y se adentró en la noche. Los treinta y cinco minutos de distancia hacia la casa de Sira trascurrieron en silencio. Una oleada de tensión sexual se instaló en el interior del coche, pero ni Sira ni Martin intentaron despejarla. Cuando llegaron delante de la mansión de ella, Martin paró el motor y dijo:

—Estoy muy confundido. Me ha afectado mucho... el beso. Para mí, es la primera vez. He experimentado una sensación rara, nueva y, al mismo tiempo, conocida. Creo que mis sentidos se acuerdan de ti, pero mi mente, no. Y esto me confunde sobremanera. Es como una parcela de mi memoria que sé que está ahí, aunque se me niega el derecho a explorarla.

Sira lo estudió unos segundos con gesto serio. Abrió la puerta con intención de bajarse, al tiempo que preguntó con voz tensionada:

—¿Quieres entrar?

—¿Por qué? —preguntó Martin con la respiración entrecortada.

—¿Por qué no? —Sira le apremió con una sonrisa enigmática.

Capítulo 27

Sira y Martin entraron en la casa cogidos de la mano. Sonrientes, bajaron una escalera en forma de caracol que los llevó a una planta subterránea. Llegaron a una puerta acristalada, empañada, sobre la que se divisaban las palabras SPA & RELAX. Tras abrirla, les envolvió un aire caldeado y húmedo. Dejaron los abrigos en un perchero situado justo a la entrada y accedieron al interior del *spa*. Martin se sorprendió al observar una piscina rectangular, iluminada por luces de diferentes tamaños y formas, ubicada en medio de una estancia diáfana. En la parte izquierda, se situaban cuatro cabinas que ofrecían distintos tratamientos termales; como agua de lluvia, baño turco, sauna seca y diluvio del mar. El economista quedó perplejo puesto que aquello parecía el *spa* de un hotel, no el de una propiedad privada. Sira le arrastró de la mano y lo llevó a un pequeño cuarto que tenía aspecto de guardarropa.

—Desnúdate —sonrió con intención— y elige un bañador; hay de todas las tallas, son nuevos y están guardados en el armario. Coge también una toalla. Nos encontraremos luego en la piscina. —Le sostuvo la cara entre sus manos y depositó un beso dulce en su boca. Después se alejó, y dejó a Martin fuera de juego.

Al quedarse solo intentó recomponerse. Se contempló en el espejo tras limpiarlo con el dorso de la mano. Acercó su rostro al cristal y observó que, a pesar del vapor que empañaba la superficie, su mirada celeste brillaba con fuerza. Sus sentidos le pedían a gritos dejarse llevar y pasó olímpicamente de las advertencias que le llegaban desde algún rincón de su cerebro. Siempre se había regido por las normas; si se las saltaba por una vez, no sería el fin del mundo.

Se quitó la ropa y la dobló con esmero. Después, eligió un bañador de su talla, en tono rojo fuego con rayas azules. Agarró una toalla al azar y accedió animado a la zona del *spa*. No vio a Sira, pero sobre la barra del bar, situado en frente de la piscina, descansaban dos copas. Los acordes de una canción relajante se escuchaban en sordina y el clic de las gotas de vapor al caerse sobre la superficie del agua potenciaba el efecto relajante y embriagador que desprendía la estancia.

Martin se acercó a la barra y eligió una copa. Probó el líquido azulado rodeado por rodajas de lima y hojas de menta. No era experto en bebidas, por lo que no pudo reconocer el coctel, pero el sabor era refrescante y le gustó. Se dejó caer sobre la tumbona, cruzó las piernas en actitud relajada y disfrutó de su copa. Cerró los ojos pensando complacido que la viva estampa de la felicidad se había grabado en su piel.

Su cuerpo se encontraba en perfecta armonía con su mente que, para variar, no aconsejaba ni exigía. La dulce sensación de tener la cabeza y el corazón alineados en la misma onda le atravesó la sangre. Sentía su cuerpo y su alma unidos por el mismo deseo. Las dudas quedaron difuminadas como unas partículas de arena que desaparecen bajo las potentes olas del mar.

Un crudo deseo le sacudió con fuerza cuando escuchó sus pasos acercarse. Permaneció con los ojos cerrados y esperó.

Sira se aproximó y le dio un beso húmedo en los labios. Él abrió los ojos despacio y sus miradas hablaron por sí solas, sin necesidad de mediar palabra. Martin tiró de su cintura, envuelta en un bañador de cuerpo entero, color violeta. La apoyó contra su pecho desnudo y le rodeó los hombros con sus brazos, aplastándole los senos. Ella emitió un jadeo y se acomodó en sus brazos. Sus frentes se tocaron a la misma altura y sus bocas quedaron separadas solo por algunos centímetros. Recortaron la distancia hasta que sus labios se encontraron de nuevo. El beso, en esta ocasión, fue largo, intenso y sensual. La boca de ella, húmeda y generosa, se dejó invadir por sus labios firmes, buscando absorber toda su esencia y su sabor. Se separaron encendidos y acalorados.

—¿Nos damos un baño? —propuso juguetona, mientras tomaba su copa y bebía un trago largo.

—Tengo la sensación de estar muerto y de haber aterrizado en el paraíso —exclamó, rodeándole la cintura y besándole el hombro derecho sobre el que se observaba tatuado el símbolo de infinito.

—Hmm, todavía no has probado lo mejor —murmulló Sira, mientras su boca refrescada por el líquido azulado se acercaba a sus labios y lo electrizaba como una corriente helada.

Él la giró y sin romper el abrazo, apoyó la barbilla en el hueco de su hombro y la besó de nuevo.

—¿Por qué tienes tatuado este símbolo? —preguntó en voz baja, excitándola con su aliento caliente en el cuello.

Ella se retorció y emitió un suspiro largo.

—Es mi amuleto, algún día te contaré su historia.

—Cuéntamela ahora —le pidió, rozando sus labios.

—Cuando era pequeña, no sé si tendría ocho o nueve años, encontré una cadena con un medallón en forma de infinito. Me lo puse al cuello y, debido a su tacto sobre mi piel, me sentía acompañada. Por las noches, me agarraba a él y le hablaba de los problemas que había tenido durante el día. Su simple presencia en mi cuello me tranquilizaba y me hacía sentir feliz.

»Un par de jornadas más tarde, la monitora que nos cuidaba lo vio y me acusó de haberlo robado. Lloré y supliqué para que no me lo quitara, pero no sirvió de nada. La monitora se enfadó y me lo arrancó del cuello con un gesto tosco. La cadena se rompió, el colgante terminó en la basura y a mí me castigaron. Años después, cuando cobré mi primer sueldo, quise asegurarme de tener mi propio infinito y que nadie me lo pudiera arrancar.

—Lo siento, has tenido una infancia muy dura. —Martin acercó sus labios y depositó un beso suave sobre el dibujo grabado en su piel.

Cerró los ojos, emocionada, después se encogió de hombros en un intento de serenarse.

—No es nada, ya pasó. Además, ya sabes lo que se dice: «Lo que no te mata, te hace más fuerte». Las caídas que he sufrido me han convertido en la persona fuerte y autosuficiente que soy hoy en día.

Sira se levantó y se aproximó al borde la piscina, estiró los brazos e inclinó su cuerpo hacia adelante. Después se dejó caer con elegancia en el agua y desapareció bajo la superficie, salpicando a su alrededor.

Martin imitó su gesto e, instantes después, se adentró en el agua y nadó hacia ella. Se abrazaron y formaron una espiral de manos y piernas enrolladas. Con la ayuda de los brazos salieron juntos a la superficie y, entre risas y gestos de cariño, se llenaron los pulmones de oxígeno. La joven se desprendió de él y le salpicó con agua la cara para, luego, zambullirse de

nuevo bajo la superficie.

Martin la siguió y, en esa ocasión, tuvo que esforzarse para alcanzarla. Sira era rápida, pero la estatura de Martin le ayudó a bracear deprisa y la alcanzó antes de llegar al otro extremo. Entonces volvieron a hacer la misma espiral, pero no subieron al exterior. Juntaron los labios y comenzaron a besarse, avivando las llamas de la pasión bajo la inmensidad del agua. Cuando sus pulmones pidieron a gritos una bocanada de oxígeno, subieron a la superficie riendo contentos.

—*Dieu*, ¡¿tú quién eres?! —exclamó entre jadeos, mientras se sentaba sobre el borde la piscina—. ¿Qué has hecho con mi Martin sosegado, educado y demasiado correcto para el siglo en el que vivimos?

—No seas prejuiciosa —se defendió él mientras se alejaba nadando—. Solo soy un poco reservado y, hasta que yo no quiera, nadie me conoce de verdad. Puedo ser un tipo genial cuando confío en la persona adecuada.

—No lo dudo, mi querido Blanconieves —rio y se tumbó relajada en el borde la piscina. Su pelo mojado se balanceaba sobre el filo de mármol y acabó cayendo en el agua.

Martin braceó unas cuantas veces hacia el otro extremo, después regresó y se sentó a su lado. Dibujó el símbolo del infinito sobre su cuerpo mojado, comenzando a perfilar la fina línea del cuello y bajando hacia sus pechos. Soltó los tirantes del bañador y, con gesto pausado, liberó sus senos del cautiverio. Ella permaneció con los ojos cerrados y exhaló un suspiro de gozo. Martin depositó un beso sobre la comisura de sus labios, después, recorrió con su boca su piel resbaladiza hasta llegar a sus pechos. El contraste entre su boca caliente y su piel mojada los hizo jadear. Sira le rodeó el cuello con los brazos y él la aplastó debajo de su cuerpo desnudo y mojado. Los acordes suaves de la música se vieron interrumpidos por las gotas de agua que salpicaban el suelo y por los jadeos de la pareja que hacía el amor irradiada por las luces que bordeaban la piscina.

Capítulo 28

Francis dejó las gafas sobre la mesa al tiempo que se friccionaba los ojos con las yemas de los dedos. Llevaba días repasando la fórmula del producto, puesto que Rachid estaba impaciente por comenzar la fabricación. Un atisbo de regocijo le traspasó el corazón al contemplar su obra terminada. A pesar de todos los pesares, él había ideado aquella fórmula. Suspiró resignado al tiempo que se retiraba las dos cortinas de pelo grisáceo de la cara. Deseaba retroceder en el tiempo para borrar la fórmula de su cerebro. Todo hubiese sido diferente si la «segunda piel» no hubiese existido. Adela viviría y él podría ver su dulce sonrisa todos los días. Sería un respetado profesor que trabajaría para el FMBL y no un pobre mendigo que vivía apartado del mundo. Su triste existencia no se reduciría a una supervivencia en una sucia y maloliente habitación.

Su vida actual no se podía llamar vida. Cada vez que Rachid lo necesitaba para un proyecto químico, mandaba a que lo sacaran de su agujero. Le permitían ducharse, cambiarse de ropa y le daban acceso al laboratorio. Cuando el proyecto finalizaba, lo devolvían a su hoyo situado en el sótano de una casa húmeda. Durante el camino de ida y vuelta, le vendaban los ojos, pero Francis contaba en silencio los minutos de trayecto que hacían desde Casablanca hasta su escondite. De esa manera, supo que desde la ciudad hasta su agujero había que recorrer una distancia de diecisiete minutos en coche a una velocidad moderada. En más de una ocasión, había pensado rendirse. Dejó de comer, sucumbiendo en los cómodos brazos de la indiferencia y la apatía. Sabía con certeza que jamás le permitirían abandonar ese lugar y, después de siete largos años, la investigación en torno a su desaparición estaría cerrada. Con seguridad, nadie lo seguiría buscando.

«Ríndete, ríndete, no hay otra opción», se decía.

Cada vez que sucumbía ante aquello, los hombres de Tioua le propinaban golpes y lo llevaban delante del jefe.

—¡No quiero vivir más! —explotaba el científico convertido en mendigo—. No hay nada que puedas hacer para obligarme. ¡Se acabó! ¡Me rindo!

—No, querido profesor —ironizaba Rachid, hablándole en un tono tan agradable que parecía rozar la amistad—. No puedes rendirte.

—¡Sí que puedo y lo haré! —Las lágrimas surcaban el rostro castigado y huesudo del profesor.

—Adelante, ¡quítate la vida! —le instigaba Rachid con la mano, como si aquello fuese una invitación amistosa a una charla de amigos—. Martin te seguirá muy de cerca. Tal vez sea lo mejor, así os reunís de nuevo —se burló antes de prorrumpir una sonora carcajada.

—¡Cállate! —le ordenó Francis, con la poca voz que aún conservaba—. No digas su nombre.

El marroquí se acercó a él y le rodeó los hombros con los brazos.

—De ti depende, querido amigo. Y lo sabes. ¿Qué decisión has tomado?

—Viviré, pero a él no lo toques. —Francis bajó la cabeza en señal de rendición y visualizaba cómo su pequeña crisis de valentía se desvanecía antes de cuajar.

—Querido profesor, ya sabía yo que no me defraudarías. Para mí, tú eres muy preciado, tienes todo lo que busco en un profesional; discreción, entrega, potencial. Lo único que te falta es pasión, pero yo soy comprensivo, nadie es perfecto.

Después de aquellas rendiciones temporales, lo sacaban de su oscuro agujero y lo llevaban de vuelta al laboratorio para ocuparse de los encargos de Rachid. Algunos de los trabajos que le pedían tenían relación con la cosmética y el profesor disfrutaba al verse rodeado de los polímeros que tan bien conocía. Sin embargo, la felicidad le duraba poco, puesto que casi siempre debía de ocuparse de encargos ilegales como, por ejemplo, fabricar filtros de bombas, líquidos invisibles que explotaban en contacto con el caucho de los neumáticos de los coches, polvos tóxicos que pasaban inadvertidos y provocaban somnolencia, y otras sustancias parecidas.

Francis sabía que esos productos iban destinados a las guerras y para fines ilegítimos, pero no podía negarse. Cada vez que se rendía, Tioua lo volvía a

poner en marcha con la amenaza de matar a Martin.

El profesor Lacroix regresó a la realidad cuando tocaron a la puerta y en su campo visual apareció un hombre de Rachid. Le entregó la lista que contenía los ingredientes necesarios para poner en marcha la producción de «segunda piel» a la que bautizó con el nombre de FAM (clave encubierta que contenía la inicial de su nombre, la de Martin y la de Adela). Pensó, con un pequeño hilo de esperanza que, en el caso de que alguien lo estuviera buscando todavía, podría descifrar la clave para llegar hasta él.

Un par de horas más tarde, Rachid acudió al laboratorio más contento que de costumbre y le saludó con varias palmadas en la espalda, como si fuesen dos camaradas que hubiesen logrado un ansiado proyecto común.

—Francis, ¡por fin, me has dado algo que quiero! Mientras has vivido como «invitado» en mi casa has hecho algunos trabajillos; sin embargo, la guinda del pastel es FAM. Gracias, amigo; me gusta el nombre, es fácil de memorar y difícil de olvidar. —Se sentó en la silla con la mirada expectante—. Pídeme algo, lo que tú quieras, estoy contento y te complaceré.

La tensión se adueñó del frágil cuerpo del profesor. Por primera vez, en siete años de cautiverio, vio la palabra «esperanza» flotar a su alrededor. Esperanza, escrita en mayúscula y subrayada en color rojo. Los fríos ojos de Rachid lo escrutaron sorprendidos, como si pudiesen leer los pensamientos de Francis. Curvó los labios hacia arriba en un intento de sonrisa, que más bien parecía una mueca espantosa, y dijo:

—Espero que estés a gusto como «invitado», Francis. Sería muy feo por tu parte desear marcharte. ¿No crees?

La palabra «esperanza», subrayada y escrita en mayúsculas, se cayó al suelo con brusquedad y se rompió en añicos. La cordura se adueñó del cerebro del profesor, pidiéndole a gritos: «Ríndete. Ríndete». La imagen de Martin le llegó a la retina, una imagen borrosa y casi ilegible. Con voz temblorosa, consiguió articular:

—Me gustaría ver algún vídeo o reportaje sobre mi hijo. He olvidado su rostro y es lo único que me mantiene con vida. Por favor —suplicó entre susurros y unas lágrimas ardientes quemaron su huesudo rostro.

Tioua lo miró de reojo y no respondió. Se alejó unos pasos y trasteó con su teléfono. Después regresó y le tendió el móvil.

—Por supuesto, querido amigo. Toma, aquí puedes ver un reportaje sobre tu hijo. Solo tenías que pedírmelo.

Francis agarró el móvil con dedos temblorosos y sonrió orgulloso al ver que su hijo se había convertido en un hombre. Había crecido algunos centímetros más y lucía un porte distinguido y pulcro. Sus facciones tímidas y juveniles se habían curtido impregnándole un aspecto decidido y fuerte. Su padre pensó emocionado que Martin Lacroix se había convertido en un hombre presentable. Pertenecía a esa categoría de personas que te convence y te inspira confianza, solo con su simple presencia. El reportaje estaba centrado en jóvenes emprendedores de Niza y Martin ocupaba la posición decimonovena en el *ranking*. Era el dueño de un laboratorio cosmético —en este punto, el corazón del profesor se infló de orgullo— y, en breve, lanzaría al mercado un producto novedoso, llamado SSK.

Capítulo 29

Martín fue el primero en despertarse. Observó que Sira dormía boca abajo con la cabeza hundida en su pecho. Con delicadeza le acarició su abundante melena, que descansaba sobre su espalda desnuda, después agarró la sábana y la arropó.

Necesitaba aclarar sus ideas, puesto que la noche que habían pasado juntos había sido apasionante. Se levantó y acudió al cuarto de baño. Abrió el grifo de la enorme ducha acristalada y, mientras el chorro de agua caía sobre sus músculos, rememoró la ardiente pasión con la que habían hecho el amor unas horas atrás, en el borde de la piscina. Sus cuerpos tibios, resbaladizos se encendieron con el íntimo contacto rozando la perfección cuando se amoldaron el uno bajo la forma del otro. El de ella era menudo, pero bien proporcionado. Sus pechos redondos eran soberbios y sus caderas, completamente deliciosas. Se poseyeron el uno al otro dentro del agua templada de la piscina y recibieron el primer orgasmo con una dolorosa necesidad.

Para apaciguarse se tumbaron desnudos en la piedra caliente de la sauna turca, donde relajaron sus cuerpos y disfrutaron del vapor húmedo. Se dieron otro baño en la piscina y acabaron la noche tendidos en las tumbonas con una copa en la mano. Después, volvieron hacer el amor en la inmensa y blanca cama de Sira. Su dormitorio parecía una estancia sagrada, donde reinaba en solitario el color blanco. Todo —inclusive las paredes, el mobiliario, la moqueta y el suelo— estaba pintado en ese color.

—Para que pueda descansar bien, necesito que todo sea blanco, impoluto —le explicó al ver su mirada sorprendida—. Y, si consigo atraer a mi cama al mismísimo Blanconieves, mi felicidad será absoluta.

Martin regresó a la realidad y enjabonó su cuerpo con energía. Después se aclaró con agua tibia y se envolvió en una gruesa toalla, cómo no, de color blanco. Cuando regresó al dormitorio, Sira estaba despierta. Había abierto la persiana metálica y, a través del gran cristal horizontal que ocupaba casi toda la pared exterior, se divisaban los primeros rayos del día que se filtraban con timidez.

—¡Buenos días..., Sira! —pronunció él su nombre, puesto que no le vino a la cabeza ningún apodo ni palabra de cariño apropiada para decirle. Se habían acostado y, esta vez, había sido consciente y deseado por los dos. ¿Significaba aquello el principio de algo?

—¡Buenos días, don Serio! —rió y le hizo una señal con la mano para que se acercase—. Solo tú puedes llamarme por mi nombre después de una noche tórrida de amor. No sé si lo sabes, pero se han inventado apelativos y palabras cariñosas. —Él se acercó y le dio un beso apasionado en los labios.

—Lo siento, no soy muy buen comunicador y, para ser sincero, las expresiones de cariño y amor me aburren.

—Está bien, Blanconieves —aceptó divertida—. «Sira» me basta por ahora, pero en el futuro, tienes que pensar en alguna palabra especial para mí.

—De acuerdo, lo pensaré —prometió con solemnidad al tiempo que se secaba el pelo con la toalla—. Me tengo que ir, estamos a una semana de sacar SSK y el laboratorio es una locura colectiva.

—Las seis enanitas te volverán loco, ¿eh? —rió de buena gana—. Y, la séptima, acaba de entrar en tu vida.

—A propósito, señorita séptima, en breve Roa te contactará para comenzar con las grabaciones de la campaña publicitaria.

—Hmm, me has llamado «señorita séptima». No sé si es un cumplido o un insulto. —Fingió estar pensativa y, cuando Martin se abalanzó sobre ella y le hizo cosquillas, se carcajeó.

—No es ni un cumplido ni es un insulto, sino el orden cronológico del cuento que tú misma has adaptado. Si yo soy Blanconieves, es justo que tú seas la séptima enana.

—Oh, jamás había sido la séptima de nada —dijo con sorna, mientras se incorporaba y se apoyaba sobre el codo—. Sabes, acabo de tener una idea de cómo desenmascarar a Tioua.

—¿Rachid Tioua? —Martin dejó de abrocharse los botones de su camisa y frunció el ceño—. Prefiero que permanezcas alejada de él.

Ella se levantó de la cama y enrolló la sábana a su alrededor. Se acercó a Martin y lo ayudó a abotonarse la camisa, permaneciendo con las yemas de los dedos pegados a su piel más de lo necesario.

—Estás muy guapo, sin duda, el azul marino se ha inventado para ti. Te echaré de menos. ¿Te veo a la hora de comer?

—No sé, depende de las demás enanitas; mi intuición me dice que me tendrán entretenido durante todo el día. —Martin sonrió y se vistió la americana. Su metro ochenta de estatura envuelto en el traje gris petróleo, combinado con la camisa azul marino, le ofrecía un porte sobrio y seductor—. Pero, por ti, intentaré escaparme.

—No sé dónde estaré a la hora de comer, te mandaré la ubicación por wasap. —Sira se alzó de puntillas y selló su boca.

Martin le tomó la cara entre sus manos y profundizó el beso con ímpetu. La pasión comenzó a arder bajo su ropa, por lo que se separaron medio aturcidos y sonrientes.

—Sira, no sé si es el momento adecuado, además tengo prisa, pero me gustaría saber qué significo yo para ti. ¿Qué nombre tiene lo nuestro? —Nada más decir aquello, Martin se arrepintió. Deseó poder tragarse todas y cada una de esas palabras, sin embargo, la mirada ligeramente contrariada de la joven, le indicó que era demasiado tarde. Lo había soltado y ella lo había escuchado.

—No lo sé —contestó, encogiéndose los hombros en actitud desconcertada y un poco... ¿indiferente?—. La verdad es que, lo que sea que ocurre entre nosotros, ha llegado de improvisto. Nos sentimos atraídos el uno por el otro, de eso no hay duda. Lo de anoche ha sido increíble y me gustaría volver a verte. Por ahora, eso es todo.

—De acuerdo —asintió, levemente indispuerto—. No me esperaba flores y corazones, pero quiero que sepas que no acostumbro a acostarme a la ligera con nadie. Para mí, a partir de esta noche, tú eres importante. Solo tengo una pregunta más y necesito que me contestes con sinceridad.

—Claro, ¿dime qué es lo que te preocupa?

—Duval, tu novio. —Martin posó sobre ella una intensa mirada—. No quiero ser «el otro». Jamás lo aceptaría.

—Estamos distanciados... desde hace un par de semanas. —Sira bajó la vista, escondiéndola bajo una espesa cortina de pestañas.

—Pero no habéis puesto nombre a vuestra separación, ¿verdad? —Martin le

tomó con delicadeza la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos.

—No —reconoció ella.

—Es... es lo que necesitaba saber. —Una ola de pesar se cernió sobre él al entender que estaba pasando justo lo que más había temido. Para ella, la noche que habían compartido no había significado nada, solo una simple distracción. El sabor amargo de la derrota se coló en su pecho—. Adiós, Sira; nos vemos un día de estos, hoy no creo que pueda quedar contigo. Lo siento.

—¿Martin? —La joven le tiró del codo con timidez y lo giró hacia ella. Las aguas verdes atraparon las lagunas azules en un intento de llamar su atención—. Buscaré un nombre para mi separación de Luke y otro para nosotros dos. Solo dame un poco de tiempo para aclarar mis ideas.

Asintió con la cabeza y se marchó de su casa, abatido. De repente, se asentó sobre sus hombros el peso del mundo entero.

Capítulo 30

Martín salió precipitado de la casa de Sira y se tomó su momento antes de arrancar el coche. Una repentina subida de tensión, sumada a un encorsetamiento en el pecho le obligó a quedarse sentado y a reflexionar. Se sintió invadido por el amargo sabor de la derrota y decenas de señales de interrogación se adentraron en su cabeza. Pasaba por la primera fase de la desilusión, y los efectos del primer desencuentro con Sira lo tomaron por sorpresa. Se sentía dolido, aun cuando había sabido siempre que la joven no era para él. ¿Entonces por qué su cuerpo ardía por todas partes? Sira tenía novio. Y no podía culparla, era un hecho que nunca le había ocultado. Con toda seguridad, la noche anterior había sido para ella una mera aventura. Punto. Final.

Martin rodeó el volante con las manos y lo apretó con fuerza hasta que vio marcarse los nudillos de su puño. Comprendió que no le quedaba otra que ser lo bastante adulto para aceptar que Sira era especial para él, aunque él no lo fuera para ella. Giró la llave, apretó el acelerador y abandonó la propiedad de la cantante dejando detrás una nube blanca.

Los laboratorios AM Cosmétiques lo recibieron infestados de reporteros y paparazis. Martin bajó del coche y, en poco segundos, se encontró rodeado de periodistas que le impidieron el paso. Observó cómo las cámaras le enfocaban al tiempo que le dispararon varias preguntas:

- ¿Es verdad que, anoche, agrediste a un fan de Sira en un restaurante?
- ¿Mantienes una relación sentimental con ella?
- ¿Sabes que está comprometida con su representante, el señor Duval?

Martin apretó las mandíbulas. Sentía rabia e impotencia y, por las preguntas

que le hacían, comprendió que el incidente del restaurante se había vuelto viral. No tardó en comprender que no tenía ni la más mínima oportunidad de defenderse, puesto que ya le habían colgado la etiqueta de «hombre violento y posesivo». Además de esos adjetivos, lo culpaban de ser el detonante de la ruptura de Sira con Luke.

Con alguna que otra dificultad, el economista consiguió esquivarlos sin contestar a ninguna pregunta. Era la primera vez que se enfrentaba a la presa, pero sospechaba que, cualquier cosa que dijese, se volvería en su contra. En la recepción, se topó con Vanessa, que lo observaba asombrada. Por lo visto, todo el laboratorio se había enterado y sus compañeras esperaban escuchar su versión. No obstante, un afligido Martin se dio cuenta de que no tenía ninguna que ofrecer. Ni él mismo sabía qué tipo de relación existía entre ambos.

—Vanessa, ¡ahora no! —dijo a modo de explicación y avanzó malhumorado hacia su despacho.

—¡Si no te he preguntado nada! —se defendió, sorprendida.

Lo primero que hizo nada más entrar en su despacho fue encender el ordenador y buscar novedades sobre Sira. Como era de esperar, salían multitud de fotos de ellos dos en el restaurante. De pronto, se topó con una instantánea en la que se apreciaba su mano levantada en gesto amenazante hacia aquel chico. Al pie de la foto, salía un texto que decía:

«Martin Lacroix, dueño del laboratorio AM Cosméticos, en actitud agresiva con un fan que deseaba un autógrafo de la cantante. No es la primera vez que el empresario se ve involucrado en hechos delictivos ya que, hace algunas semanas, fue acusado del robo de su propio producto, SSK».

Martin cerró la tapa del ordenador y respiró hondo. Agarró el móvil con intención de llamar a Sira, pero se contuvo. Con seguridad, ella se habría enterado ya de todo el escándalo y, si deseaba hablar sobre ello, solo tenía que llamarlo.

Lejos de mejorar, el día fue a peor. René le contó apenas que surgieron unos contratiempos de último minuto y no tendría la fórmula lista para la próxima semana.

—Lo siento, Martin, sabes que deseo acabar esto tanto como tú. Es mi trabajo de años y me muero por ver SSK en el mercado. Sin embargo, no

puedo precipitarme. Dame unas semanas más, por favor.

—¿Unas semanas? —gritó, exaltado—. No tengo esas malditas semanas. Por si no lo sabes, las ventas han caído en picado este trimestre. Hemos centrado todas nuestras energías en SSK y dejado de lado los otros productos. Si no obtenemos ingresos en breve, el laboratorio se irá al garete.

—Lo sé. —René se acercó a él y, con delicadeza, tomó su mano entre las suyas—. No pagues conmigo tus deslices amorosos. Esa chica no te conviene y lo sabes. Maldigo el día que Roa la metió en nuestras vidas.

—¿Qué tiene que ver Sira con el hecho de que tú, una científica de renombre, no consigas reponer la fórmula de un producto en la que has trabajado seis años? —preguntó, colérico.

Debajo de sus gafas de pasta, la mirada empañada de René se tornó dolida.

—Definitivamente, ya no eres el mismo de antes. Nunca hubiese pensado que llegaría el día en el que me llamasen incompetente. Hago un esfuerzo sobrehumano para arreglar la situación y, puesto que hablamos de culpas y competencias, tú eres el encargado de las finanzas. Y qué has hecho para mejorar la situación, ¿eh? Aparte de convertirte en un superhéroe para proteger a Sira y traer mala publicidad a este laboratorio, claro.

—Lo siento, tienes razón. Estoy hecho un manojo de nervios y, últimamente, todo me va mal. No te estoy recriminando, solo que no esperaba tener que retrasar de nuevo el lanzamiento. Tenía la expectativa de que SSK saliera en la fecha prevista. Parece que este producto es nuestra cruz, no logramos finalizar lo que hemos empezado.

René se quitó las gafas, se enjugó las lágrimas y se dejó caer en la silla con gesto cansado. Martín rodeó el escritorio y se situó en cuclillas delante de ella para sostenerle una mano e infundirle ánimos. René se sonó la nariz y esbozó una débil sonrisa.

—Perdóname, por favor —le pidió, de nuevo, al tiempo que le acariciaba la cara en gesto conciliador—. Estoy tan tenso que explotaré en cualquier momento.

Ella le abrazó y asintió con la cabeza, que dejó descansar en su hombro.

—Lo vamos a lograr —apreció con optimismo—. Necesito que vuelvas conmigo y que seas el mismo de antes. Si no me apoyas, no lo conseguiré. Sin ti, no puedo hacerlo.

—De acuerdo —accedió, comprensivo—. Dime qué es lo que necesitas. Estoy aquí, contigo. SSK es nuestro hijo y lo vamos a sacar adelante. ¿Me

oyes?

El resto del día, Martin lo pasó en el laboratorio y repasó junto a René los detalles pendientes. Vanessa pidió comida china y comieron todos juntos, mientras ataban los cabos sueltos y solucionaban los contratiempos que se presentaban. A las ocho de la noche, dieron la jornada por terminada. Martin encendió el móvil y se decepcionó al ver que Sira no le había llamado. Se intentó autoconvencer de que no le importaba y ahuyentó los pensamientos que regresaban a ella una y otra vez.

Capítulo 31

Sira aparcó el coche y salió de manera precipitada. El viento soplaba con mucha fuerza y el cielo gris amenazaba una lluvia inminente. El pelo se le alborotó alrededor de la cara y tuvo que esforzarse para encontrar las llaves de la casa. Empujó la puerta con la punta del pie y se adentró en su caldeado salón. Mireille le había dejado la cena preparada y, desde la cocina, le llegaron los aromas de su delicioso menú, pavo asado y un bizcocho recién hecho que le hicieron crujir las tripas.

Se adentró en la cocina, agarró una loncha de queso fundido y la devoró en pocos segundos. Estaba agotada. Respiró hondo pensando que era Nochebuena. La noche del reencuentro, de la familia y de los buenos pensamientos. Y ella estaba sola.

«¿Y qué si estás sola?», se regañó enfurruñada. «Nunca te han gustado las Navidades, son fechas tontas, que en realidad nadie quiere».

Descorchó una botella de vino blanco que se estaba enfriando en la nevera. Agradeció en su mente a Mireille y se llenó una copa. El líquido, verde pajizo, burbujeaba dentro del vaso y lo vació de un solo trago. Se quitó los zapatos con gesto cansado y los dejó tirados en el medio de la cocina. Se llenó otra copa y consiguió engullir un trozo de carne de pavo. No tenía demasiado apetito, por lo que abandonó la cocina con la botella en la mano. Se sentó en el sofá y encendió la televisión. Chocó la botella con el vaso y se deseó con amargura: «¡Feliz Navidad!».

Comprobó el móvil y observó que tenía cientos de felicitaciones llenas de color y buenos deseos de fans y de gente con la que trabajaba. Se sintió vacía y triste. Martin no le había envidado nada, ni siquiera una sencilla postal navideña. Su indiferencia podía deberse a su orgullo herido o, simplemente, a

que había decidido pasar página. Sira no había encontrado todavía un nombre para su relación, si es que alguna vez la habían tenido. Lo deseaba y pensaba en él cada día, pero su orgullo de mujer le pedía esperar un movimiento de su parte. Ella era anhelada por miles de hombres, una estrella a la que cualquier miembro del sexo masculino desearía tener. ¿Por qué no supo ser paciente y dejarle el espacio que necesitaba?

Martin le había pedido todo o nada, el blanco o el negro, pero en la vida no era tan fácil tener las ideas claras. Se había inventado el gris con algún propósito, ¿verdad?

Después de la cuarta copa de vino, Sira comenzó a sentirse culpable. Le había robado la fórmula y sabía que todavía no la había recuperado. El laboratorio pasaba por momentos complicados y ella era la principal culpable. Martin no se lo había reprochado ni una sola vez y había protegido su nombre en la investigación policial. Era un hombre bueno en el que se podía confiar. Recordó la escena del restaurante donde no había dudado en protegerla y ponerla a salvo. Y, de repente, una idea comenzó a tomar forma en su cerebro. Había provocado un huracán en su vida y le correspondía a ella arreglar la situación.

Pero antes, necesitaba poner nombre a su separación con Luke. Con manos temblorosas, pilló el móvil y llamó a su representante. Una hora más tarde, este se presentó solícito en su casa. Sira se tambaleaba mientras le abría la puerta y cuando él la tomó por la cintura, y la ayudó a sentarse, no protestó.

—Cariño, ¿qué te pasa? —Luke le habló con afecto, pero su mirada era fría y distante.

La joven se apartó y le dijo con voz pastosa:

—Estoy celebrando una magnífica Nochebuena. ¿Es qué no lo ves?

—Tu voz suena acusadora y no sé por qué. El distanciamiento que hay entre nosotros lo provocaste tú. Si estás sola, es porque quieres. Desde que conociste a ese pijo, has cambiado.

—No lo llames así. Tú no sabes nada —le espetó dolida.

—No sé nada porque has dejado de hablar conmigo. —Luke tiró de ella y la acercó hacia su cuerpo. Le rodeó los hombros con sus brazos y pegó su respiración caliente en su sien—. Vuelve conmigo, cariño. Me necesitas. Estoy dispuesto a perdonarte ese desliz, pero prométeme que no volverás a verlo.

Sus labios aprisionaron la boca de ella con una violenta necesidad de

poseerla y sus manos tomaron el control de su cuerpo. Sira se apartó aturdida y posó sobre él una mirada confusa, mientras Luke la escrutaba con atención, intentando comprender su rechazo. Un silencio molesto se instauró entre ambos, como una pared de hielo que acababa de formarse entre ellos. De repente, Luke pareció entenderlo. Su mirada se agrandó y su cara se contrajo en una mueca desagradable.

—No estarás pensando tirar lo nuestro por la borda. —Le sujetó los hombros con brusquedad y clavó sus dedos largos en su carne—. Te he dado lo mejor de mí. Si yo no hubiese estado contigo, serías una maldita zorra a la que manosearían los camioneros en sus días de descanso. Te he conseguido los mejores contratos y tus cuentas no han dejado de crecer. Te he ofrecido cariño y protección, he tapado siempre tus deslices, y los dos sabemos que han sido unos cuantos.

Ella se zafó de su encorsetamiento y retrocedió dos pasos. Levantó el mentón y con voz apagada, le dijo:

—No vuelvas a poner tus manos sobre mí de esta manera.

La expresión de Luke sufrió una metamorfosis y se volvió tranquila y sonriente.

—Sira, cariño, ¡vamos! No puedes hablar en serio. No me dejes, por favor. Perdona mis palabras de antes, pero me hierva la sangre cuando pienso en ese maldito pijo. Te ha llenado la cabeza de puras tonterías; desde que le conoces no eres la misma. ¡Cariño! —le zarandeó de nuevo los hombros—. Regresa a mí. Puedo ver en tu mirada que no eres feliz. Solo yo puedo darte lo que necesitas porque te conozco y sé cuáles son tus miedos y tus debilidades. Él no puede.

—He dicho que no vuelvas a poner tus manos sobre mí, Luke —espetó, al tiempo que recobraba la seguridad en sí misma—. No soy feliz, es cierto y ¿sabes por qué? Porque he tenido a mi lado hienas que no han dejado de comer de mí y de tratarme con superficialidad. No te abandono por él, es más, Martin es demasiado bueno para mí. Quiero poner nombre a nuestra separación porque no te amo ni tú me amas a mí.

—¿Que quieres poner nombre a nuestra separación? —La cara de Luke se volvió a contraer en una mueca espantosa—. ¡¿Que no me amas ni yo te amo a ti?! —Tomó la botella vacía de vino y la tiró al suelo con brusquedad. Los añicos se esparcieron y brillaban sobre el suelo recién pulido. Sira se sobresaltó a causa del ruido de cristales rotos y sus pies descalzos rodearon

los fragmentos extendidos por el suelo—. Maldita zorra.

—Sal de mi casa ahora mismo, de lo contrario llamaré a la policía. Pensaba tener una separación civilizada contigo, por todos los años que hemos compartido. Quería ofrecerte mi amistad y seguir mi relación laboral contigo. Creí que éramos amigos.

La expresión de él se suavizó e hizo ademán de acercarse a ella, sin embargo, Sira le lanzó una mirada de advertencia justo antes de dirigirse hacia la puerta y abrirla.

—Luke, desde hoy, veinticuatro de diciembre, dejas de ser mi representante. En breve se te dará la liquidación. Desde hoy, veinticuatro de diciembre, dejas de tener una relación sentimental y laboral conmigo. Fuera de mi casa, ¡ahora! —alzó la voz para poder controlar su temblor.

Él la miró con sorpresa y asombro, como si no hubiese comprendido del todo su mensaje.

—¿Crees que vas a encajar en la vida de ese pijo? —Soltó una carcajada sonora cargada de veneno—. Das pena de lo ingenua que eres. Tu vida es el espectáculo y la diversión; no intentes subir escalones en la sociedad porque te estallarán en la cara. No eres más que una zorra con un buen culo. Ni siquiera tienes una voz especial, has vendido millones de discos gracias a mis buenas gestiones. Sin mí, caerás, y caerás tan hondo que nunca conseguirás reponerte. ¿Me has oído? Nunca.

Ella se crispó y rodeó el pomo de la puerta con fuerza hasta que sus nudillos se marcaron.

—¡Fuera de mi casa! —Su voz se agarrotó por el llanto y no pudo evitar llorar delante de él.

Luke posó sobre ella una mirada furiosa, golpeó la puerta con brusquedad y salió a grandes zancadas. Momentos después abandonó su propiedad y dejó tras de sí las marcas de los neumáticos en el asfalto.

Sira cerró la puerta y se agachó junto a la mesa para recoger los añicos de la botella rota. Un trozo de cristal se le clavó en la piel y un hilo de sangre se dibujó sobre ella. Contempló hipnotizada la sangre al tiempo que sus dedos agarraban un fragmento afilado de cristal. Lo miró hechizada y lo acercó a su muñeca. Apretó el trozo cortante y frío hasta que le traspasó la piel del pulso. La sangre roja y caliente comenzó a borbotar, y Sira se tumbó con gesto cansado. Estiró la mano y observó cómo una mancha roja se expandía sobre el afelpado sofá color mantequilla. La sensación de rabia la abandonó y en su

lugar apareció el sosiego, la tranquilidad y el calor. Mucho calor. Su corazón comenzó a latir despacio y un sentimiento de paz y placidez la envolvió. Cerró los ojos y se dejó invadir por la oscuridad.

Capítulo 32

Las Navidades de Martin pasaron sin pena ni gloria. Centró todas sus energías en el trabajo retomando su rutina diaria en el laboratorio. Pelissier solventó los contratiempos relacionados con la fórmula y fijaron la salida del producto al mercado para el catorce de enero. Un par de días atrás, el seguro le ingresó en su cuenta algo menos de un millón de euros por el robo de la fórmula y, aun cuando no era lo pactado, Martin aceptó el dinero porque las necesidades por las que estaban pasando eran apremiantes. De esa manera, consiguieron mantenerse a flote y el laboratorio pudo pasar sano y salvo al siguiente año.

A una semana de la presentación del SSK, René estaba fuera de sí, encontrando problemas donde no los había. Vanessa cuadraba los números y pedía a gritos que se gastara con moderación. Sin embargo, Roa opinaba que la campaña de marketing era el alma de SSK y que precisaban la máxima inversión posible para dar a conocer el producto al consumidor. Semanas atrás un laboratorio de Marruecos había sacado un producto parecido, llamado FAM, que había ensombrecido bastante su lanzamiento, pero, por suerte, los laboratorios de Europa se mantenían expectantes, puesto que deseaban comercializar la versión francesa de la «segunda piel». Opinaban que un producto creado en un laboratorio de Niza, con el marcaje CE, sería de mejor calidad. En medio de una discusión acalorada, a Martin le sonó el teléfono y se sorprendió al ver el nombre del inspector. Se apresuró en coger la llamada.

—Soy yo, Blanche. ¡Feliz año! —Escuchó nada más descolgar el auricular.

—¡Feliz año, inspector! —Le felicitó Martin esperanzado—. ¿Alguna novedad?

—De hecho, sí, tengo novedades —admitió el policía—. Pásate en cuanto puedas por la comisaría.

—¿Es urgente? —la voz de Martin sonó ansiosa.

—Sí, lo es. Te espero dentro de una hora. —Y el inspector colgó.

Los veinte minutos que tardó en llegar a la comisaría se le hicieron eternos. Martin aparcó el coche de cualquier manera y entró con rapidez. Para su sorpresa, se encontró con que Blanche lo estaba esperando impaciente. Le hizo pasar a su despacho y, una vez que se hallaron solos, le dijo en tono bajo, casi conspirador:

—Tenemos un plan en marcha. No debería de informarte sobre los detalles porque no procede, pero ¡joder! No puedo dejarte al margen.

—¿Tiene que ver con Rachid Tioua?

—Sí, así es. Hoy mismo salimos para Marruecos.

—¿El inspector jefe ha dado el visto bueno para detenerlo? —exclamó Martin, ya que tiempo atrás esa posibilidad había quedado descartada.

—No... del todo. —La duda apareció en el rostro del policía—. Es una misión muy arriesgada y la impulsora es Sira.

—¿Sira?! —Unas burbujas de fuego comenzaron a moverse en la boca de su estómago, como le ocurría cada vez que pensaba en ella. Hacía semanas que no se hablaban y lo último que hubiera esperado era saber de la cantante en esas circunstancias—. ¿Qué pinta ella en todo eso?

—No te enciendas enseguida. Ven, siéntate. —Le invitó Blanche con amabilidad señalándole una silla—. Ayer vino a verme, se siente culpable y en deuda contigo. Pues bien, tengo que decir que esta chica es muy lista y ha encontrado un modo brillante para atrapar a Tioua. La idea es arriesgada, no te voy a mentir y tuvimos dudas antes de decirle que sí; pero, si funciona, cerraremos el caso. —A continuación, el policía le contó los detalles de la operación.

—Pero ¿esa mujer se ha vuelto loca? —gritó Martin, acalorado tras escuchar el plan de la «agente» Sira—. No puede poner su vida en peligro. No voy a permitir que lo haga.

—Lo siento mucho, Martin, pero la operación ya está en marcha. —Blanche consultó su reloj con gesto serio—. En un par de horas, despegaremos hacia Casablanca.

—Entonces, yo también voy con vosotros —declaró el joven efusivo al tiempo que se ponía de pie y volvía a sentarse preso de una importante

alteración—. Haz lo que tengas que hacer y encuéntrame un sitio en ese maldito vuelo.

—No puedo, Martin. Ya tenemos a una civil implicada en la operación. Aunque no hay nada que temer porque los que viajaremos con ella somos policías entrenados para participar en misiones peligrosas. Lo tenemos todo controlado; en cuanto tengamos noticias, te avisaremos. Lo siento, pero lo que me pides no puede ser. No hagas que me arrepienta de habértelo contado.

Un silencio incomodo se instaló entre ellos y Blanche comentó:

—No sabía que... ella significara tanto para ti.

Martin se levantó sobresaltado de la silla y posó sobre el inspector una mirada decidida.

—Si ella va, yo también.

Blanche inspiró hondo y accedió con un gesto.

—En una hora nos reuniremos en el aeropuerto. Llévate el pasaporte y sé puntual. Vístete informal, con vaqueros rotos y alguna camiseta *vintage*, porque, de cara a la galería, nos haremos pasar por artistas y técnicos del sonido que viajan con una estrella pop.

—De acuerdo.

Martin salió de la comisaría absteniéndose de hacer otras preguntas, aun cuando estas retumbaban dentro de su cabeza a pares. De camino hacia su casa llamó varias veces a Sira, pero su móvil estaba desconectado. Avisó al laboratorio de que faltaría unos días y tuvo que apartar el teléfono de su oído para que los gritos de René y de Roa no le perforaran el tímpano.

Una hora más tarde, se encontraba con el inspector en el lugar acordado: la cafetería de la planta baja del aeropuerto. Le entraron ganas de reír al ver que el recatado policía había cambiado su habitual traje por una camiseta con el logo de los Rolling Stones y unos vaqueros tipo pitillo con flecos en los bolsillos traseros. El pelo canoso engominado hacia atrás le hacía parecer más joven.

—Tienes buen aspecto, inspector —le cumplimentó Martin, al tiempo que le daba una palmadita en la espalda en gesto amistoso.

—Lo mismo digo. —Blanche sonrió con picardía y Martin se miró las zapatillas Converse que, junto a los tejanos rotos y a la camiseta descolorida, le daban un aire moderno y juvenil—. Vámonos, la tropa nos está esperando. Me ha caído una buena por llevarte, así que más vale que te portes bien.

Momentos después se juntaron con tres agentes más que, al igual que ellos,

vestían ropa casual, zapatillas deportivas y chupas de cuero. A Sira tardó un rato en reconocerla. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y unos grandes pendientes circulares colgaban de manera despreocupada de sus orejas. Su ropa, informal y sofisticada, consistía en un pantalón vaquero corto y en una camiseta sin mangas cruzada por algunos collares de colores. Unas botas altas doradas completaban su atrevido estilismo y, sobre toda aquella combinación imposible de llevar, se había puesto un abrigo vaquero impreso con diferentes ribetes brillantes. A Martin le llamó la atención su palidez y vio que llevaba la muñeca izquierda vendada. Se acercó a ella con el corazón en llamas. Sentía bullir dentro de sí mismo una mezcla de enfado, cariño, tristeza y afecto.

—Tienes el móvil desconectado —dijo a modo de saludo, mientras aguardaban uno al lado del otro la cola para realizar el control aduanero.

—¡Feliz año, a ti también! —sonrió, intentando aparentar una tranquilidad que, en realidad, no sentía—. Me alegro de verte.

—Yo no tanto, y menos en estas circunstancias. —Sus ojos azules se vieron poseídos por sombras oscuras, claro indicio del enfado que tenía—. No hace falta que demuestres nada, y lo que piensas hacer es peligroso.

—No es la primera vez que lo hago. —Sus cuerpos se rozaron y un campo magnético se detonó en la zona de contacto.

Martin le tomó el brazo recortando la distancia que había entre ellos. Le acarició la mejilla con suavidad y le dijo en voz baja:

—Sira, yo no soy Rachid Tioua. Aun cuando me hubiese dado cuenta, no te habría pasado nada.

—Ya sé que no lo eres. —Sira se apartó de él y comenzó las formalidades de embarque presentando su pasaporte.

Martin la siguió de cerca y cuando terminaron se dirigieron hacia la puerta de acceso. Subieron al avión y el empresario se sentó a su lado, a pesar de que su billete tenía asignado otro lugar.

Capítulo 33

Volaron con la compañía Air Arabia Maroc y el trayecto duró dos horas y quince minutos. Al principio, Sira permaneció callada e indiferente a los continuos reproches de Martin, pero después comprendió su nerviosismo y su corazón se derritió al entender que actuaba de esa manera porque ella le importaba. Se giró hacia él y le sostuvo la mirada con valentía.

—Deja de atosigarme; de verdad, no hay por qué preocuparse. Llevaré un micrófono y dos policías estarán en las inmediaciones listos para intervenir. No me pasará nada; es más, incluso pienso que será divertido.

—¿Divertido?! Sira, por favor, no lo hagas. Tú sabes mejor que nadie cómo deseo que la policía atrape a ese hombre. Quizá mi padre aún esté vivo y... —Su voz se quebró. Le acarició la mejilla con la yema de los dedos y le dijo en tono apagado—: Si todo lo que sospechamos de él es cierto, ese hombre me ha arrebatado a mi madre, a mi padre y no soportaría perderte a ti también.

Ante esa repentina muestra de cariño, Sira quedó desarmada.

—Actuaré con cautela, te lo prometo. —Dejó caer su mejilla en la palma de él cerrando los párpados—. Necesito hacerlo porque me siento culpable. —Se incorporó mirándolo a los ojos—. Hice las cosas muy mal y necesito acallar los reproches de mi conciencia. Le pagaremos con la misma medicina en su propio terreno. No sospechará. Después, me liberaré de esta culpa.

Martin suspiró y se giró hacia la ventana. Nubes oscuras amenazan con dar paso a una tormenta. El peligro se podía respirar en el aire. Ella se arrimó a su hombro y entrelazó su mano izquierda con la de él. Al sentir el vendaje, Martin preguntó:

—¿Que te ha pasado en la muñeca?

—Un accidente doméstico. —Quitó importancia al asunto e hizo ademán de retirar la mano.

Martin le atrapó la muñeca y la observó con suma atención.

—Esto parece... no habrás intentado hacer ninguna tontería, ¿verdad? —El miedo se alojó en su mirada y nubló por completo sus ojos azules. Sira no respondió; sin embargo, el dolor que reflejaba su rostro habló por ella—. ¡No vuelvas a hacer jamás una estupidez semejante! —murmulló con voz rota. Le zarandó el brazo y añadió—: Prométemelo.

Sira se enjugó las lágrimas de sus mejillas y dijo tensionada:

—Te lo prometo. No volveré a hacerlo. Si mi asistenta, Mireille, no hubiese olvidado el móvil en mi casa en Nochebuena y no hubiese regresado a por él, es más que probable que me hubiera desangrado.

Martin la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho. Le besó la frente y le señaló con ternura:

—Me alegro de que Mireille sea tu asistenta y que regresara por el móvil en Nochebuena. No soportaría perder a otro ser querido. A ti, no.

Sira hundió la cabeza en su torso donde los latidos de su corazón interpretaban una bonita canción, solo para ella.

—Hay una cosa que necesito contarte —dijo, en un susurro apenas audible—. He puesto nombre a mi separación con Luke. Ya no es mi novio, ni mi agente. Si esto sale bien, te diré qué nombre he encontrado para lo nuestro. Si es que todavía quieres saberlo.

Su corazón pegó un brinco y dio unas alegres volteretas. Preso de un tumulto de emociones encontradas la estrechó de nuevo en sus brazos. La dulce sonrisa de la reconciliación los acompañó durante la media hora restante de vuelo.

La temperatura en Casablanca era agradable. La tarde había caído sobre la ciudad y los últimos rayos del sol resplandecían sobre el cielo cubierto a medias por intensas nubes grises. Cogieron un taxi y se dirigieron hacia el lujoso hotel Palace d'Anfa, situado a una distancia de veinte minutos de los laboratorios de Rachid Tioua. Nada más acceder al hotel, fueron recibidos por varios empleados que rodearon a Sira, colmándola de atenciones. Martin y los cuatro policías cumplieron el rol de colaboradores y se mantuvieron en un discreto segundo plano. Una vez instalados, se volvieron a encontrar en la impresionante *suite* de ella, donde habían situado el centro de la operación.

Sira cambió su *look* informal por un sugerente vestido de fina muselina en

tono rojo que le envolvía los hombros y los brazos hasta la altura de los codos y se acoplaba a sus caderas llegando hasta las rodillas. Estaban en Casablanca y había reglas que acatar. Además, por el éxito de la misión, necesitaban el cuerpo de Sira lo más cubierto posible, pero sin llamar la atención. Para disimular el vendaje de la muñeca, la joven se colocó varias pulseras coloridas y, en su hombro derecho, se colgó un bolso Chanel con correa de cadena. Completó su atuendo con medias de seda y zapatos de tacón tipo estilete. Se recogió el pelo en un lateral, dejando las ondas doradas descansar sobre su pecho izquierdo. En el puente del sujetador llevaba puesto un micrófono minúsculo.

Cuando se sintió preparada, se presentó delante de los policías y habló con naturalidad para comprobar su funcionalidad. El inspector Blanche levantó el pulgar en alto, asintiendo complacido. Repasaron dos veces todos los detalles y, por último, le entregaron un tubo de color marrón oscuro, que ella guardó con sumo cuidado en su bolso. Martin sintió una presión muy fuerte en el pecho cuando la escuchó decir que estaba lista. Los policías se retiraron con discreción a la otra habitación y los dejaron despedirse.

—Eres muy hermosa —Martin le prendió la mano vendada con delicadeza, la acercó a sus labios y besó el vendaje—. Aborta la operación. No quiero que lo hagas. Ni la fórmula, ni nada es más importante que tú. No sé qué nombre le podemos poner a lo nuestro, pero no tiene importancia ya. Solo quiero estar contigo. —Se acercó a su boca y depositó sobre ella un beso intenso. Necesitaba llevarse una parte de su alma para atraer hacia ellos serenidad y templanza. Atraer esperanza.

—Martin, sé cuidar de mí misma —afirmó con suavidad en sus labios—. No te preocupes por mí, me las arreglaré. Si todo sale bien, pondremos nombre a lo nuestro. La primera vez que me lo pediste, no lo entendí, pero después de un tiempo, sí. Tienes razón, las cosas que merece la pena vivir en la vida tienen que llamarse de alguna manera; de lo contrario, no tienen ni la más mínima oportunidad.

—Me inquieta tu actitud despreocupada, parece que no le tienes suficiente miedo a la muerte.

Una cálida sonrisa iluminó los ojos de ella, conmovida por su desasosiego. Se acercó a sus labios para insuflarle una pizca de paz aunque, de pronto, escucharon unos golpes suaves en la puerta y vieron al inspector Blanche asomarse. Martin se crispó al entender que la operación comenzaba.

—Sira, es la hora. El chofer de Tioua acaba de llegar para recogerte. El subinspector Lefevre y yo seguiremos el coche a una distancia razonable. Intenta no girarte para asegurarte que estamos detrás porque eso puede levantar sospechas. No te preocupes de nada, no te dejaremos sola.

Sira asintió con la cabeza, señal que estaba lista para salir.

—¿No hay ninguna posibilidad de ir con vosotros? —preguntó Martin desesperado.

—No, ninguna —le espetó Blanche, más enfadado de lo que pretendía—. Esto no es un juego, Martin. Estamos en una jurisdicción que no es la nuestra y lo que pretendemos hacer es completamente ilegal. Tengo bastantes cosas de que preocuparme, así que deja de dar el coñazo y acompaña a mis compañeros que se quedan al cargo de la operación. Estaremos, en todo momento, comunicados —y mirando a Sira, le dijo en tono serio—: Si notas que algo va mal, aborta la operación. ¿Recuerdas las palabras clave?

—Sí, diré: «Casablanca es muy bonita».

—Perfecto. Entonces, en marcha —sentenció Blanche.

Y Martin observaba impotente cómo la mujer que había revolucionado todo su mundo interior se marchaba a las garras del lobo.

Capítulo 34

Sira comprobó su aspecto en el espejo que cubría la pared central de la planta baja del hotel. Su pelo rubio, aclarado dos tonos para la ocasión, ondeaba alrededor de su cara con gracia y el sugerente vestido rojo que llevaba puesto le confería un aspecto deslumbrante. Un empleado del hotel salió a su encuentro, avisándole de que el chofer del señor Tioua la estaba esperando. La joven hizo una última respiración para serenarse y se preparó para entrar en escena; sin embargo, la sonrisa se esfumó de su rostro cuando observó que los cristales de la *limousine* negra que aguardaba estaban tintados. Un extraño presentimiento la recorrió de arriba abajo y las piernas se le quedaron ancladas en el suelo. No obstante, mantuvo el tipo, a punto de abortar la operación, cuando un chofer uniformado se acercó a ella y la invitó a pasar con educación.

Sira obligó a sus extremidades a moverse y se sentó en la parte trasera del coche. Intentó divisar la carretera a través del espejo lateral pero, para su sorpresa, la parte trasera del vehículo estaba aislado por completo y no pudo ver nada. Giró la cabeza para asegurarse de que el inspector Blanche la seguía, aunque, aparte de un camino solitario y una nube polvorienta, no se veía nada más.

Pensó en entretenerse con algo para dejar de tener miedo. Una música elegante sonaba en sordina y observó una bandeja con dos tipos de refrescos. Eligió una lata de Fanta y el líquido burbujeante consiguió animarla.

Quince minutos después, notó que el coche aminoraba la marcha y se desviaba hacia un desierto sendero. Cuando Rachid Tioua le había confirmado la cita, impuso como única condición que el lugar fuera de su elección. Sira no había dado importancia a ese detalle, pensando que la

reunión se celebraría en algún despacho o, tal vez, en un hotel. Sin embargo, el coche se paró delante de una casa particular y la cantante comprendió asustada que el encuentro tendría lugar en un sitio muy íntimo y, previsiblemente, muy bien protegido. El chofer le abrió la puerta instándola a salir, por lo que no tuvo más remedio que seguirlo. Giró la cabeza para encontrar alguna pista de que el inspector la estaba vigilando desde la sombra, pero, salvo una propiedad vallada, no había nada más. El chillido de un pájaro que cruzaba el horizonte en ese momento hizo que a Sira se le helara la sangre en las venas, aunque, como era tarde para acobardarse, cuadró los hombros, respiró hondo y entró en la casa.

El aspecto exterior no sugería que se tratase de una vivienda espectacular; sin embargo, tras acceder al interior, Sira comprendió que había entrado en un espacio exclusivo que respiraba lujo por los cuatro costados. Columnas soberbias sostenían los techos altos y candelabros enormes colgaban de las marquesinas pintadas en oro. Los tacones de ella se hundían dentro de la gruesa alfombra persa, hecha a mano con motivos orientales. Un silencio absoluto imponía respeto y Sira avanzaba cada vez más insegura, escuchando los latidos de su propio corazón.

Observó cómo una puerta maciza de madera se deslizaba hacia un lado y, en su campo visual, aparecía un hombre corpulento y muy fornido. Vestía ropa occidental, corbata de seda y camisa almidonada. Su lustroso pelo negro estaba cortado a la perfección y su barba tenía una medida impecable, ni corta ni larga. Los ojos de aquel individuo la miraban con curiosidad y Sira supo reconocer el efecto de admiración que producía casi siempre en los hombres. —Bienvenida a mi casa, señorita Sira. Es un honor recibirla.

—El honor es mío, señor Tioua. —Las manos comenzaron a sudarle y se esforzó en esconder el temblor. Agarró con fuerza su bolso dorado y esperó paciente una señal de parte de su anfitrión.

—Pasa, siéntate. —Un salón enorme, decorado al estilo oriental, se extendió delante de ella en todo su esplendor. Varios sofás bajos, cubiertos por decenas de almohadas forradas en terciopelo, se hallaban alrededor de una mesa ovalada, que brillaba como un espejo—. Y, llámame Rachid. Por favor, vamos a tutearnos.

Sira se mostró complacida por ese avance de confianza y buscó con la mirada un indicio de dónde había que sentarse. No se imaginaba dejarse caer en ese sofá tan bajo con su vestido ajustado. Rachid le hizo una señal con la

mano y la invitó a tomar asiento, al tiempo que le acomodaba un par de almohadas sobre las que sentarse. Sira obedeció y se sintió extraña al notar, debajo de su trasero, la suave tela de la almohada cosida a mano con pequeños dibujos dorados.

El marroquí tomó asiento frente a ella y, tras unos segundos de escaneo recíproco, agarró una campana metálica y la movió un par de veces. Segundos después, apareció una mujer vestida con chilaba de color gris oscuro que le cubría todo el cuerpo, desde el cuello hasta los tobillos. La parte baja de la prenda estaba bordada con hilo brillante, y de sus manos solo se entreveía el extremo de las uñas. La mirada de la mujer era oscura y avispada y se dirigió a Rachid en árabe, aun cuando Sira intuía que debería de hablar francés perfectamente.

—¿Qué deseas tomar? —le preguntó con cortesía, tras intercambiar varias palabras con su empleada—. ¿Café, té?

Sira dudó un instante.

—Creo que tu país es famoso por el té moruno. Me gustaría probarlo. —La cara de Rachid se iluminó, señal de que su respuesta fue de su completo agrado. Le indicó en árabe a la mujer lo que debía traer, y esta inclinó la cabeza, en señal de aceptación. Luego, desapareció como una sombra, con la misma expresión seria dibujada en el rostro.

—Ahora dime, ¿por qué has pedido una reunión conmigo? —La voz de Rachid sonó amigable, pero al mismo tiempo sagaz.

Sira mostró una arrebatadora sonrisa y respondió con un tono tan suave que podía competir con la delicada tela de terciopelo que le acariciaba el trasero:

—Red Records ha sido mi casa durante los últimos siete años. No obstante, hace poco, discutí con Patrick Hoffman, el productor que ha llevado mi carrera desde mis inicios como cantante. Tuve un calentón repentino y me precipité al renunciar a la discográfica. —Su vehemente discurso fue interrumpido por la *khadima* que entró con paso sigiloso y depositó sobre la superficie lustrosa de la mesa una bandeja dorada, sobre cual se apreciaban una tetera humeante y dos vasos calientes de té. Tioua la expidió con un rápido movimiento de cabeza y, al no animarla a probar el té, la rubia retomó su discurso—: Sony Music es mi actual discográfica, pero no estoy contenta con su política y deseo llegar a un nuevo acuerdo con Red Records. Soy una estrella internacional y quiero tratar con el directivo principal. Mis contactos me han dirigido a ti. Si eres el máximo dirigente de Red Records, estoy en el

lugar y con la persona adecuada.

Rachid la estudió con el entrecejo fruncido meditando en silencio una respuesta. Sira aguantó la espera con la respiración entrecortada. Si aquella estrategia daba resultado, podía continuar con el plan, de lo contrario todo se vendría abajo.

—Ven, Sira. Acércate y prueba nuestro té —la animó con una sonrisa relajada—. Estás en el lugar adecuado porque yo soy la persona que buscas.

La joven ahogó el grito de victoria que se asomó a su garganta. Se levantó y agarró el pequeño vaso de cristal, decorado con motivos florales, que él le ofreció con mucha pompa. Probó un sorbo y el aroma de hierbabuena le dejó un agradable sabor en el paladar.

—Te voy a enseñar cómo debes de tomar el té —le dijo, mientras removía con la cuchara el líquido cobrizo—. Nuestros sabios nos han enseñado que el té debe servirse tres veces; siendo el primer vaso «amargo, como la vida», el segundo «fuerte, como el amor» y el tercero «dulce, como la muerte».

Sira le miró sorprendida y una corriente helada le recorrió de arriba abajo.

—Es este caso, no sé si es conveniente tomar el tercer vaso. Creo que es la primera vez que escucho a alguien referirse a la muerte con el adjetivo «dulce».

Tioua degustó su propio té y la fijó con su mirada oscura por encima del borde del vaso.

—Vosotros, los occidentales, teméis tanto a la muerte... Es lo que os hace débiles. En fin, cosas mías, no me hagas caso. Dime, ¿por qué no negocia el contrato tu representante? —El hombre cambió el rumbo de la conversación con mucha habilidad—. Me pareció llamativo el hecho de que una estrella de tu nivel quisiera viajar y cerrar acuerdos en su propio nombre.

La sangre de Sira se heló en las venas bajo aquel escrutinio oscuro y penetrante. Sin embargo, aunque mostró una actitud despreocupada, no consiguió alejar el temblor de sus dedos, fuertemente anclados al borde del vaso.

—Porque no tengo representante. Lo despedí hace quince días y, a partir de ahora, quiero que Red Records lleve mi carrera en solitario. Ofrezco el veinte por ciento de las ganancias totales, pero exijo lo mejor. Gira europea y americana, buenos contratos publicitarios y nuevo disco.

Rachid volvió a meditar, pero la reflexión complacida de su rostro fue suficiente respuesta.

—De acuerdo, Sira, yo llevaré tu carrera —accedió, tras tomar un sorbo de té—. Aunque tengo una condición, quiero el veinticinco por ciento de tus ganancias totales.

Capítulo 35

«¡Victoria, victoria, victoria!», se felicitó ella para sus adentros.

—En este caso, quiero probar el segundo vaso de té, «fuerte, como el amor». Sabía que un hombre poderoso como tú me daría lo que necesito.

La cara de Rachid sufrió una metamorfosis integral y la joven comprendió que, a partir de ese momento, el marroquí dejaría la guardia baja. Tioua agitó nuevamente la campana y se levantó del sofá para acudir al encuentro de la *kadana*.

Sira aprovechó su ausencia y sacó un frasco pequeño de su bolso Chanel. Se acercó al vaso, medio lleno, de Rachid y vertió la burundanga dentro de él. Volvió a meter el frasco en el bolso y regresó a su sitio. El corazón le martillaba dentro del pecho con mucha fuerza y la adrenalina hizo que su respiración se volviera afanada. Notó una oleada de calor subirse a sus mejillas. Tioua regresó sonriente con una tetera en la mano. Llenó los dos vasos y dijo con voz pastosa:

—El segundo vaso, querida Sira, te lo voy a servir yo mismo.

Se mostró agradecida, y en este punto no hubo necesidad de fingir, porque agradecía de verdad el hecho de no tener que levantarse, puesto que dudaba de que sus piernas le fueran a obedecer. Aceptó el vaso de buen grado y, a través de su borde dorado, observó cómo su anfitrión se tragaba el contenido del suyo. Entero. Instantes después, presenció cómo las pupilas de los ojos oscuros de Tioua se agrandaban y su mirada lucía desorientada. Decidió comprobar si su contrincante se había convertido en un sumiso químico.

—Querido Rachid, si no es mucha molestia, me gustaría ver tu despacho —pidió con voz suave y aterciopelada.

Él pestañeó sorprendido, y lo que debieron de ser un par de segundos, a Sira

se le antojaron una eternidad. Casi perdió el poco autocontrol que le quedaba, cuando lo escuchó decir:

—Por supuesto, sígueme. —La cantante tuvo que esforzarse por dominar un pequeño grito de triunfo.

Abandonaron la sala de estar y, desde un rellano, descendieron a una planta subterránea. Rachid sacó del bolsillo interior de su camisa una llave, con la que abrió la puerta de madera maciza y se adentraron en una estancia oscura, impregnada con un fuerte olor a incienso. Activó un comunicador y una luz brillante, que provenía de un majestuoso candelabro de ocho brazos, los cegó. Un escritorio enorme, de color negro lustroso, estaba situado al lado de una ventana protegida por dos cortinas pesadas de terciopelo granate. Varios ordenadores, junto a cinco teléfonos móviles, descansaban en fila sobre la superficie de la mesa.

—Ahora siéntate y enciende tu ordenador principal —le ordenó ella. Rachid obedeció sin rechistar y, tras pulsar un botón, la pantalla de uno de los ordenadores se iluminó—. Muy bien, quiero que borres de forma definitiva un vídeo mío y de Patrick Hoffman. Para que no haya dudas: el mismo que utilizaste para chantajearme.

Él la miró unos segundos desconcertado, como si aquella petición no fuese del todo clara, pero enseguida enderezó su comportamiento sumiso. Se afanó en buscarlo entre sus documentos y, cuando lo encontró, pulsó la tecla «borrar».

—¿Lo has borrado de forma definitiva? —insistió.

—Sí, el vídeo con el que te estaba controlando, ha sido eliminado.

—¡Muy bien! —le felicitó—. Ahora, quiero que hablemos del profesor Francis Lacroix. ¿Lo conoces?

—Sí, lo conozco —admitió con franqueza.

—¿Lo tienes secuestrado? —preguntó, ansiosa.

—No —respondió el anfitrión de inmediato—. El profesor es mi invitado, desde hace siete años.

—Es tu invitado en contra de su voluntad, ¿verdad? —La tensión aumentó y Sira deseó que los latidos de su corazón no fuesen tan fuertes.

—El profesor y yo somos buenos amigos —balbuceó.

—Coge el teléfono y ordena que lleven al profesor al hotel Palace d`Anfa. A partir de hoy, deja de ser tu invitado. Di a tus hombres que lo trasladen a la recepción del hotel, sin hacer preguntas, y que luego se marchen.

Rachid encendió uno de los teléfonos y, tras unos momentos de silencio, gritó algo en árabe y colgó. Sira no entendió su mensaje, aquello podría significar cualquier cosa. Deseó de todo corazón que la burundanga hubiera hecho justicia. Sabía que los policías que se quedaron en el hotel escuchaban la conversación a través del micrófono, y uno de ellos hablaba árabe. Era posible que la liberación del profesor estuviera en marcha. ¿Y Martin? ¿Qué sentiría, al saber que su padre estaba a punto de volver? Dejó de pensar en él y se centró en el siguiente paso. Si la operación salía bien y regresaban sanos y salvos a Niza, tendría todo el tiempo del mundo para saberlo.

—De acuerdo, háblame de Adela —le ordenó, con voz apagada. Las fuerzas comenzaron a flaquearle y debía avanzar. Sabía que, en cualquier momento, Tioua se quedaría dormido y ella terminaría atrapada en aquella casa desde la que dudaba que lograra salir ilesa si la descubrían.

—Adela... —Rachid acarició pensativo las teclas de su portátil, rebuscando en su memoria un indicio de quién era esa mujer. Sira sabía que no podía estar fingiendo, por lo que decidió presionarlo un poco más, para hacerlo recordar.

—Adela Lacroix era la esposa del profesor, falleció hace siete años en un accidente de tráfico. —La mirada atenta de Rachid le confirmó que la había recordado y la joven rogó en silencio al universo que no estuviera implicado en su fallecimiento.

—Gracias, acabo de acordarme de ella. Adela fue una víctima necesaria. No tuve el honor de conocerla en persona, pero me han dicho que se trataba de una auténtica dama. ¡Qué pena! —Su lamento parecía verdadero—. Francis me obligó a hacerlo. Sabes, yo quería la amistad del profesor y él no me entendió. No me dio ni la más mínima posibilidad, así que tuve que demostrarle que mi interés por su trabajo era serio.

—Entonces, ¿el accidente... no fue un accidente? —preguntó Sira, con tono apenas audible.

Rachid comenzó a reír y en su cara se alojó una expresión espeluznante.

—Claro que no fue un accidente, yo dispuse que la mataran. Después, el profesor hizo lo correcto; me ofreció su amistad y aceptó ser mi invitado.

Sira pensó en Martin y ansió taponarle la boca a aquel miserable. Decidió acabar la reunión, así que preparó con voz decidida el acto final de su

actuación:

—Ahora, quiero que le digas al jefe de seguridad que deseas pasar la tarde entera conmigo. Pídele que no te moleste, bajo ningún concepto. Dile que él y su equipo tienen el día libre. Exígeles que se marchen de la propiedad.

Tioua sonrió y la mirada vidriosa le indicó a Sira que se encontraba a su completa merced. Agarró el móvil número tres y ladró algunas palabras en árabe. Al parecer, desde el otro lado de la línea, contestaron sus órdenes; sin embargo, la total sumisión de Rachid le hizo levantar la voz y gritar con más afán todavía. Colgó el teléfono con gesto brusco.

Sira se acercó a la ventana y corrió la cortina a un lado formando alrededor de ella unos cuantos ribetes. Observó tres coches negros parados en medio del camino principal. Varios hombres se agitaban alrededor de los vehículos y se gritaban entre ellos. Después de unos momentos cargados de tensión, se apilaron en los coches y abandonaron la propiedad, dejando tras de sí una gran polvareda. Sira se alejó de la ventana. Consultó su reloj, llevaba más de una hora en la casa, debía de acelerar su partida.

—Háblame de la fórmula de la «segunda piel».

—Segunda piel —repitió Rachid, pensativo de verdad. Mi exmujer, Fátima, se encaprichó con la idea y quise complacerla. Por eso, deseé la amistad del profesor y lo traje a mi casa, como invitado. Pero, el muy imbécil es un vago y no consiguió darme lo que yo quería. Fátima, que es una persona muy autoritaria y exigente, se cansó de esperar y se separó de mí. —Un lamento cargado de amargura salió de sus labios—. Me he vuelto a casar, pero ¿sabes?, mi corazón le sigue perteneciendo. Su fuerza me enloquece. Cuando me enteré de que el hijo del profesor iba a seguir los pasos de su padre y sacaría SSK al mercado, no pude resistirme. Mandé a robar la fórmula y se la regalé a Fátima. Hace unas semanas, sacamos nuestra propia SSK, llamada FAM. Ahora, Fátima está feliz. Y, si Fátima está feliz, Rachid está feliz.

Sira inspiró hondo y añadió:

—Llama al laboratorio y diles que te acabas de enterar de que la fórmula lleva un ingrediente que haría quemar la piel de los clientes. Diles que la destruyan de inmediato y que dejen de fabricarla.

Rachid dudó unos segundos y dijo con voz estremecida:

—Fátima se va a enfadar.

—¡Hazlo!—gritó Sira exaltada. La cantante no pudo evitar preguntarse qué aspecto tendría Fátima si hasta un poderoso hombre como Tioua le temía,

incluso, bajo los efectos de la burundanga.

Acto seguido, el marroquí escogió el móvil número cuatro y cumplió la última orden de Sira. Luego, dejó la cabeza caerse hacia atrás y cerró los ojos. Sira se acercó a él y le zarandeó los hombros con brusquedad. Él despegó los párpados con lentitud y la miró desconcertado.

—Llama al chofer que me ha traído y dile que me lleve de vuelta al hotel. Nuestra reunión ha terminado.

Rachid asintió y, con las últimas fuerzas que le quedaban, llamó al chofer y le dio varias instrucciones en árabe. Después colgó, dejó la cabeza reposar sobre el respaldo de su sillón y volvió a cerrar los ojos. Sira apagó todos los móviles que estaban sobre la mesa y desconectó también el teléfono fijo.

Sobre un folio que encontró, garrapateó el siguiente mensaje:

«Abre tu correo electrónico. Ahí encontrarás respuestas».

Antes de marcharse, decidió dejar a Rachid aislado, por lo que se acercó y metió la mano debajo de su americana. Con el corazón desbocado, la joven hurgó bajo la ropa de su anfitrión. Un pequeño bulto le hizo acariciar con los dedos la suave tela interior y encontró el bolsillo desde donde extrajo con sumo cuidado la llave. Tioua se inclinó sobre su cuerpo y, por un momento, Sira se vio atrapada entre el vigoroso torso del empresario y la madera lustrosa de su mesa. Se escurrió como pudo, empujando con suavidad el escritorio, que hizo un ruido espeluznante. Posó una última mirada en él, y sus ojos parcialmente cerrados le hicieron estremecerse.

Salió con sigilo, procurando que la puerta no chirriara al cerrarse. Introdujo la llave en la cerradura y giró dos veces, y dejó al anfitrión drogado y recostado en su majestuoso sillón forrado en terciopelo color sangre. Escondió la llave debajo de un florero de cerámica y subió los escalones que comunicaban el sótano con la planta principal a toda prisa. Asomó la cabeza cautelosa y agudizó el oído. Silencio. Atravesó el salón caminando de forma cautelosa y, desde ahí, con alguna que otra complicación, consiguió salir al patio.

Observó la misma limusina que la había traído, estaba esperándola, por lo que hizo de tripas corazón y se acercó. El chofer salió a su encuentro y le sujetó la puerta con cortesía para que ella pudiese entrar en el coche. Cuando el vehículo comenzó a deslizarse por el camino principal y abandonó la propiedad, Sira se desplomó literalmente en el comfortable asiento de cuero. Con el corazón desbocado y la adrenalina por las nubes, hizo varias

respiraciones seguidas para serenarse. Sabía que los próximos quince minutos serían cruciales para llegar sana y salva al hotel. En el caso de que algo fuese mal, Sira habría dedicado los últimos minutos de su vida a llevar a cabo un acto valiente de justicia. Sonaba bien para infundirse ánimos, pero no estaba tan segura de querer pasar lo que le restaba de existencia de esa forma; se le ocurrían mil maneras mucho más divertidas y placenteras de aprovecharla. Recordó entonces las palabras de Martin, de que no le tenía suficiente miedo a la muerte, y cayó en la cuenta de que era verdad.

Capítulo 36

Martín se cubrió la cara con las manos en un ligero intento de dominar sus emociones. El policía le animó con la mirada para que bajase cuanto antes a la recepción para esperar a Francis.

—Vamos, Martin; Sira lo está consiguiendo. No temas por ella, esta mujer tiene los cojones bien puestos. Acompaña a mi compañero, necesitamos estar seguros de que se trata del profesor.

—De acuerdo, bajaré, pero tenedme informado de cualquier novedad —pidió, al tiempo que abandonaba la sala.

La recepción del hotel estaba desierta, por lo visto, esa tarde no tenían muchos huéspedes. Martin se sentó en un sillón y fingió hojear un periódico, del que no llegó a leer ninguna palabra. Pensó en la última vez que había visto a Francis. Una mañana cualquiera se marchó al laboratorio, vestido con su eterno traje gris oscuro. Martin apenas había reparado en él y se habían despedido con frialdad. No recordó haberle deseado que tuviera un buen día, ni siquiera si le había dicho adiós. Desde aquel entonces, pasaron poco más de siete años.

El ruido de un coche que acababa de llegar interrumpió el hilo de sus pensamientos y despegó ansioso la vista del periódico. El otro policía se asomó a la puerta y le hizo una señal con la mano. Martin se levantó, al tiempo que observaba cómo la hoja de cristal se abría y, a través de ella, se asomaba un hombre delgado, vestido con una túnica larga y sucia. Andaba con dificultad y tenía la vista anclada en el suelo. Se acercó y le miró con atención. El hombre levantó la cabeza y posó sobre él una mirada vidriosa, empañada. Se apartó el pelo largo y canoso de la cara, y Martin se sobresaltó, al reconocer lo evidente. Aquella mirada era la de Francis. El mendigo que

acababa de entrar era su padre.

—¡Es él! —le gritó al policía y se apresuró a tomarle de la mano. Cuando prendió la muñeca de Francis se le encogió el corazón, al ver que solo era un trozo de hueso, sin apenas nada más. La piel de su brazo colgaba de manera evidente y, al rozarla con los dedos, la sintió seca y descuidada.

El policía cubrió a Francis con su cuerpo, empujándolo hacia el ascensor.

—Vamos, tenemos que ponerlo a salvo. ¿Estás seguro de que se trata de tu padre?

Martin asintió enérgico con la cabeza. Una vez en el ascensor, estrechó a su padre en sus brazos y le dijo en voz baja:

—Papá, soy yo, Martin, hemos venido para llevarte a casa.

El profesor alargó sus brazos huesudos y apenas consiguió rozar el cuerpo vigoroso de su hijo. Articuló con voz débil:

—Te has convertido en un hombre fuerte y valiente. Tu madre estaría orgullosa de ti.

Martin se aguantó las lágrimas que le empañaron la vista. Le rodeó los hombros con su brazo y lo ayudó a entrar en la *suite* de Sira. Allí la operación seguía en marcha; se escuchaba a través de los micrófonos cómo Sira le ordenaba a Tioua destruir la fórmula de la «segunda piel».

—Tenemos que sacar al profesor del hotel, lo antes posible —dictaminó el policía que monitorizaba la conversación—. Son órdenes de Blanche.

—Pero, antes, es necesario arreglar su aspecto, no podemos ir con él así por la ciudad, levantaremos sospechas —observó el segundo policía.

—Martin, en mi equipaje hay una muda de recambio. Soy el más delgado de los cuatro, espero que podamos apañar el aspecto de tu padre. Ocúpate tú, mientras nosotros recogemos los aparatos y eliminamos cualquier rastro de la operación.

—Vale —accedió deseoso de ayudar—. ¿Sira ha salido ya de la casa de Rachid?

—Todavía no —le indicó el policía—, pero el marroquí ha ordenado a los de seguridad marcharse, por lo que me imagino que saldrá de un momento a otro. Tranquilo, está todo controlado. Esta chica es más fuerte que el acero. Joder, me quito el sombrero, ¡qué valor!

Martin no quería pensar en el valor de Sira ni en el peligro que la rodeaba; confiaba o, mejor dicho, deseaba confiar en el equipo de Blanche. Con la angustia clavada en la médula de su columna vertebral, se llevó a Francis al

cuarto de baño y lo despojó de la túnica que llevaba puesta. Le quitó la ropa interior y lo metió debajo de la ducha. Enjabonó el cuerpo de su padre con esmero, friccionándole la piel con sumo cuidado y terminó por limpiarlo con un chorro abundante de agua caliente. Francis parecía trastornado, no hablaba, no hacía preguntas, ni se mostraba preocupado. El único indicio de que comprendía lo que le estaba pasando eran sus ojos que brillaban contentos. Cuando acabó de bañarlo, Martin lo secó con una toalla y se estremeció al ver el aspecto lamentable en el cual se encontraba. Parecía tan frágil que hasta un abrazo podría quebrantar sus huesos. Las costillas se podían ver sin ningún esfuerzo bajo la piel seca y apagada, y la clavícula y las articulaciones sobresalían de un modo doloroso.

—No te preocupes por mí —exclamó su padre, esbozando una media sonrisa, en un intento de ahuyentar la preocupación que vio reflejada en el rostro de su hijo—. No me mires de este modo apenado, estoy bien. Estoy feliz. He conseguido mantenerte a salvo.

Martin sonrió procurando mostrarse sereno, pero no pudo evitar que algunas lágrimas hicieran su aparición en su rostro. Francis le rozó con su mano áspera y los dos se contemplaron en silencio.

—¿Martin, estáis listos? —preguntó uno de los dos policías, al tiempo que le ofrecía una muda de ropa para Francis—. Tenemos que marcharnos, ya. La operación está finalizando y Sira ha abandonado la casa de Rachid, Blanche la sigue y dice que, de momento, el león sigue dormido.

Martin respiró aliviado. Aceptó la ropa y comenzó a vestir a su padre con la moderna camisa de algodón que le dio el policía. Al observar que las mangas eran demasiado largas para los delgados brazos de su padre y colgaban en los laterales tapándole los dedos, decidió ser práctico y le remangó los puños hasta que consiguió hacérsela encajar. En la parte de atrás, llevaba grabado un logo que le hizo sonreír: «Hoy mi vida va a cambiar».

Después, se ocupó de ponerle los pantalones, que al ser unos vaqueros pitillos, se adaptaron mejor al huesudo cuerpo del profesor. Le recogió el pelo canoso en una coleta baja y le colocó, sobre el puente de la nariz, unas gafas de sol oscuras. El hombre que salió del cuarto de baño tenía un aspecto occidental y no guardaba ni el más remoto parecido con el mendigo de antes.

—Papá, ¡vamos a regresar a casa! —le animó Martin—. Esta pesadilla ha terminado.

Sonrió al ver unas lágrimas brillantes caer sobre la cara de su padre, porque

sabía con certeza que eran de alegría.

Momentos después se montaron en un coche y se dirigieron hacia el aeropuerto.

Capítulo 37

El inspector Blanche aminoró la marcha y dejó que se interpusiera otro coche entre el suyo y la limusina donde viajaba la cantante. La operación estaba a punto de finalizar y el éxito asomaba sus patillas, pidiendo a gritos ser acariciado; Sira había abandonado sana y salva la propiedad de Tioua, y el profesor Francis se encontraba en el hotel, custodiado por sus compañeros. Sin embargo, Blanche sabía por experiencia que no podía cantar victoria todavía; se encontraban en territorio de su oponente y hasta que no abandonaran Marruecos, no estarían a salvo. Quedó impresionado por la valentía de Sira, puesto que había sido una misión sumamente complicada la de engañar al enemigo en su propia casa.

De repente, el inspector se crispó al ver que, en la parte trasera de la limusina, se encendían las luces de emergencia y el vehículo aminoraba la marcha para detenerse al lado de la carretera. Sin saber cómo reaccionar, Blanche siguió conduciendo y adelantó, muy a su pesar, el coche donde se encontraba Sira. Al pasar por su lado, se esforzó en dar con ella, pero los cristales tintados le impidieron ver nada. Le hizo una señal de apoyo con la mano, deseando que ella lo hubiera visto. Se paró unos cincuenta metros más adelante y consultó con su compañero:

—No podemos intervenir, no estamos en misión oficial —espetó el inspector Lefèvre.

—Tampoco podemos dejarla desamparada a merced de esos asesinos —Blanche resopló angustiada—. Sabes tan bien como yo que Tioua no tendrá ningún reparo en cortarle el cuello. Le ha dejado en ridículo.

—¿Entonces qué propones?

—Mándale ahora el correo a Rachid. Adjúntale la conversación donde

reconoce todo lo que Sira le pregunta. Es la prueba más sólida que tenemos en su contra. En el audio, admite la comisión de un sinfín de delitos: el ordenar el asesinato de Adela, el haber secuestrado a Francis, el chantajear a Sira, el robo de la fórmula...

—Pero la grabación se ha hecho bajo los efectos de la burundanga —dio voz a sus pensamientos Lefèvre.

—Es verdad, pero no podrá demostrarlo. La escopolamina no deja rastro en el cuerpo humano, no se puede detectar. Dile a Rachid que no lo acusaremos de nada, entre tú y yo, no podemos —afirmó Blanche—, pero con la condición de que se olvide de Sira y de la familia Lacroix. Dile que si a alguno de ellos le pasara algo, la grabación será utilizada en su contra y lo acusaremos de todos y cada uno de los delitos que él mismo ha reconocido.

El policía escribió el mensaje y adjuntó la grabación. Pulsó *enter* y lo envió. Se quedaron un tiempo en silencio, sin saber qué hacer a continuación. La limusina de Sira seguía parada en la carretera y los dos policías no disponían de un plan B para rescatar a la cantante.

—¿Y ahora qué? —rompió Blanche el silencio deseando no sentirse tan impotente—. No podemos estar aquí parados sin hacer nada. Sira estará esperando nuestra ayuda. ¿Qué te parece si damos marcha atrás y tomamos al chofer desprevenido? Al fin y al cabo, seremos dos contra uno. A la mierda las operaciones oficiales y los trámites burocráticos. Aplicaremos la ley de la calle.

Su repentino entusiasmo le inyectó la adrenalina que necesitaba para ponerse en marcha. Su compañero se contagió de su renovada energía y comenzaron a retroceder en el medio de la carretera. Casi chocaron con la limusina de Sira, que había reanudado la marcha y avanzaba a gran velocidad hacia ellos. Se apartaron en el arcén al tiempo que sacaban las armas de las fundas camufladas debajo de su ropa. El coche en el que viajaba Sira pasó de largo a una velocidad moderada. Ambos policías se miraron desconcertados y comenzaron a seguirlo.

Diez minutos más tarde, el coche paró delante del hotel. El chofer se apresuró en abrirle la puerta a la cantante, quien bajó con tranquilidad y se adentró en el *hall* principal como si hubiera regresado de un apacible paseo por el parque. En cuanto el vehículo se puso en marcha, Blanche y su compañero la siguieron precipitados.

—Sira, ¿estás bien? Nos hemos preocupado al ver que la limusina se había

detenido en el arcén. Estuvimos a punto de intervenir cuando habéis reanudado la marcha, vamos lo teníamos todo bajo control. ¿Qué ha ocurrido?

Ella se tapó la cara con las manos con un gesto extenuado y se dejó caer en un cómodo sillón, situado en la zona de descanso de la recepción.

—Dejad de alardear, que no soy tonta. Estabais más perdidos que yo, allí parados en el camino polvoriento y sin saber si retroceder o huir a toda velocidad. ¡Necesito una copa! —pidió con voz imperativa—. He mantenido el tipo, pero me tiemblan las rodillas y siento que el corazón me va a estallar en cualquier instante. ¿Dónde están los demás?

—En el aeropuerto. No tenemos tiempo para copas, Sira, lo siento, debemos apresurarnos a salir de Casablanca. Te has convertido en toda una agente, lo has hecho fenomenal, has conseguido liberar al profesor, engañar a Rachid y a su equipo de seguridad, pero tenemos que ser rápidos si queremos escapar. No te vamos a engañar, la misión es muy peligrosa y ahora viene lo peor. Si algo, por muy pequeño que sea, sale mal, estamos jodidos.

—La más jodida seré yo, sin duda, pero tranquilos, Rachid estará fuera de combate unas cuatro horas, tiempo suficiente para dar hasta un paseo por Casablanca. Necesito unos minutos para serenarme y cambiarme. Si no podéis esperar, iros sin mí, ya cogeré un taxi y os alcanzaré en el aeropuerto —dijo, levantándose para caminar hacia la *suite*.

—Mi hija Manuela me matará si regreso sin ti, así que me quedaré para esperarte —respondió Blanche, con la mirada ensombrecida—. Te ruego que seas rápida.

Sira regresó un cuarto de hora más tarde, irreconocible. Vestía informal, enfundada en unos vaqueros ajustados y un suéter suave de algodón color avellana. El pelo lo llevaba escondido detrás de una gorra oscura y unas zapatillas deportivas, unidas a una chaqueta vaquera, la convirtieron en una joven cualquiera. El personal de la recepción no reparó en ella y abandonaron sin más preámbulos el hotel.

—Si queremos pasar desapercibidos, mi anterior vestimenta no hubiese ayudado mucho, ¿no crees, inspector?

—¡Demonios! —soltó Blanche maravillado—. Esta mujer lleva un detective en la sangre. Tienes toda la razón. Ahora vamos, es hora de volar a casa.

Capítulo 38

Rachid sintió unos pinchazos intensos taladrándole la nuca. Despegó los párpados, que le pesaban como el plomo, y se topó con una oscuridad espesa. No consiguió orientarse ni reconocer el lugar en el que se encontraba, por lo que volvió a cerrar los ojos. Se concentró en lo último que estuvo haciendo y recordó, entre una nube espesa, que estaba tomando té con Sira, la cantante. Ella le había servido en bandeja una oportunidad realmente buena y él le estaba ofreciendo el segundo vaso de té, «fuerte como el amor». Frunció el ceño desconcertado y una mueca de dolor le taladró la sien. Abrió los ojos de golpe: no recordaba haber tomado el segundo vaso de té ni haber firmado ningún contrato con aquella fulana francesa.

Se levantó, apoyándose en la superficie lisa de una mesa. Avanzó a trompicones y rozó con los dedos unos objetos cuadrados, que reconoció como sus móviles. Cayó en la cuenta de que se hallaba en su despacho; sin embargo, no recordaba por qué se encontraba allí. Encendió la luz y el contraste se hizo demasiado evidente para su mirada adormilada. Se tambaleó y unos fuertes espasmos lo hicieron doblarse sobre sí mismo. Las ganas de vomitar lo obligaron a ir en dirección hacia la puerta. Apretó el pomo con brusquedad y, para su sorpresa, la puerta no se abrió; hizo otros intentos, moviendo la manilla en distintas direcciones, pero esta se quedó estancada, como si hubiese sido cerrada con llave.

Tioua entrecerró los ojos; nunca se encerraba dentro de su despacho. Las arcadas le obligaron devolver junto al marco de la puerta. Sucio y maloliente, el hombre se sentó en el suelo hasta que los espasmos se calmaron y pudo levantarse. Volvió a girar el pomo de la puerta y, en esta ocasión, quedó plenamente convencido de que estaba cerrada con llave. Buscó en el bolsillo

interno de su ropa, pero no la encontró.

Furioso regresó a la silla y cogió el móvil que utilizaba para comunicarse con sus agentes de seguridad. Se extrañó sobremanera al ver que estaba apagado. Rachid jamás apagaba los móviles, y menos uno del que dependía su vida.

Desconcertado, miró el reloj de oro que estaba situado encima de su escritorio. Eran las doce y cuarto de la noche. Encendió el móvil, llamó a su jefe de seguridad y se quedó boquiabierto cuando este le comunicó que se hallaba disfrutando de un día libre, por órdenes del propio Rachid. ¿Que él quería quedarse a solas con la cantante? ¿Y, dónde estaba ella? No recordaba haberse despedido, ni haberse tomado el tercer vaso de té, «dulce como la muerte».

En ese instante, Rachid comprendió que había sido víctima de un ataque. Ordenó a sus agentes regresar para rescatarlo de su despacho. «Humillación» era la única palabra que le venía a la cabeza, seguida muy de cerca de «venganza». Mientras imaginaba qué tipo de muerte daría a sus enemigos, gritó y golpeó la puerta hasta que consiguió que la única mujer del servicio que permanecía en la casa acudiera a su llamada.

—¡Zoraida, abre la puerta! —le ordenó.

Vio el pomo girarse, pero la puerta no cedió ni un milímetro.

—No puedo, señor Tioua, está cerrada con llave —respondió la mujer.

—Busca la llave, entonces —ladró malhumorado—. En algún sitio debe de estar. La mujer francesa ¿sigue en la casa? Una banda de feroces enemigos nos han atacado. ¿Tú estás bien?

De la otra parte de la puerta se escucharon ruidos y movimientos; no obstante, la puerta permaneció cerrada.

—Sobre la banda de enemigos... yo no sé nada, señor. Aparentemente, la casa está en orden. Su invitada se ha marchado a las siete de la tarde. Usted le ha pedido a Kamar que la llevase de vuelta al hotel.

Rachid se esforzó por acordarse de esa decisión, pero su mente no respondía como de costumbre, parecía entumecida. De las últimas horas, no recordaba otra cosa que no fuese el hecho de que se estaba tomando el segundo vaso de té, en compañía de aquella fulana francesa.

Media hora más tarde, el reloj de oro marcaba la una de la madrugada y Tioua seguía encerrado en su despacho. La llave pareció haberse esfumado y los chicos de seguridad necesitaron tres cuartos de hora para abrir la puerta

con un gancho de hierro.

Antes de salir de su despacho, a Rachid le llamó la atención una nota que vio sobre su mesa. Intrigado, encendió su ordenador y verificó su correo electrónico. Desde una cuenta extraña le llegó una grabación que arrojó sombras y luz sobre la situación en la que se encontraba.

—¡Maldita zorra! —gritó alterado—. Se ha reído de mí en mi propia casa, en mi propia ciudad, ¡en mi propio país! Ha burlado a mis agentes de seguridad y me ha dejado en ridículo. ¡*Algaraf!* Se preguntó atónito cómo era posible que una mujer hiciera todo aquello. Solo era una simple cantante.

Agarró el teléfono y llamó al laboratorio. No consiguió hablar con ningún empleado; a aquella hora tardía no quedaba nadie trabajando. Se armó de valor y llamó a Fátima, su exmujer. Ella contestó a su segundo tono con una tranquilidad inquietante, hecho que hizo que se le rizara el vello en el brazo. Se dejó caer sobre su sillón con gesto cansado. Fátima estaba disgustada y le comunicó, entre sollozos, que el responsable del laboratorio había obedecido sus órdenes y, por lo tanto, la fórmula de FAM quedó destruida.

Rachid apretó la mandíbula con fuerza y se mordió la parte inferior de la mejilla hasta que sintió el sabor de la sangre en su boca.

—Maldita zorra, pagarás caro lo que has hecho —maldijo en voz alta—. Nadie se ríe de mí ni hace a Fátima llorar. ¡Nadie!

Ordenó a los empleados comprobar los vuelos de ese día hacia Francia. El último debía de haber salido dos horas atrás, pero, por culpa de un motor averiado, seguía en la pista. *Allah*, en su misericordia, había mantenido al enemigo en suelo marroquí. Debía darse prisa y cogerlos a todos. Pero ¿qué podría hacer en su contra? La grabación lo tenía con las manos atadas. Lo habían cogido por los huevos, sin embargo, la sed de venganza hizo que la sangre se incendiase en sus venas.

—Algún día pagarán caro lo que me han hecho —vociferó desconsolado. De repente, se acordó de su «invitado». Para él, el profesor no era un simple rehén, era una persona a la que estimaba. Con mano temblorosa, llamó al depósito abandonado, donde este se alojaba.

—La jaula está vacía —le respondió una voz adormilada—. Hemos dejado al pájaro en el lugar que nos ha indicado, señor.

Rachid maldijo por lo bajo y una sensación de pérdida se apoderó de él. No, no podía perder la amistad del profesor y dejarse humillar por una fulana.

Ordenó a sus mejores hombres acompañarlo al aeropuerto. Llegaron veinte

minutos más tarde y acudió directamente a la oficina del director, quien le comunicó que los pasajeros estaban embarcados en el avión, a punto de despegar.

—¡Para el avión! —gritó Rachid, exaltado—. Haz bajar a la cantante con el pretexto de unas irregularidades de tipo burocrático.

—No podemos retenerla y hacerla desaparecer, es una mujer demasiado conocida —protestó el director—. Si doy esa orden, me costará el puesto.

Rachid le agarró el cuello con ambas manos y levantó el cuerpo del hombre paralizado por el miedo. Posó sobre él una mirada oscura, peligrosa y amenazante.

—¡Hazlo! De lo contrario, te costará la vida. ¡A ver qué estimas más! Tu puesto o seguir respirando.

El director asintió y se alimentó con una generosa porción de aire cuando las manos de Tioua abandonaron su cuello. Tomó un aparato y pulsó una tecla pidiendo permiso para hablar con el capitán. Al no recibir respuesta, Rachid y sus hombres se dirigieron a la pista. Corrieron apartando a golpes a las personas que se interponían en su camino. Bajaron los últimos escalones y corrieron detrás del avión que se elevaba con suavidad de la pista, dejando tras él una fuerte corriente de aire acompañada por una nube polvorienta.

Capítulo 39

Sira estudió con ojo crítico su aspecto. El vestido blanco de raso se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. Su borde chocaba con el suelo y le dificultaba el paso, pero el esfuerzo merecía la pena: el efecto sirena sinuosa era espectacular. Se toqueteó nerviosa el collar plateado, que llevaba las letras SSK impresas, y se ajustó el generoso escote en forma de *v*. Un mechón sedoso de cabello se escapó del recogido estricto de su nuca, que su peluquera le había confeccionado, y ella lo alojó detrás de la oreja, dejando todo el protagonismo a su cuello esbelto. Su mirada de gata lo inspeccionó todo, una vez más y, tras limpiarse un poco los bordes de sus labios pintados en rojo intenso, abandonó su camerino.

Roa la esperaba paciente delante de la sala de grabaciones y, nada más verla, exclamó:

—Estás... ¡perfecta! El *siloxane* ha cobrado vida y se ha colado dentro de tu cuerpo. —La mirada un poco contrariada de Sira le hizo sonreír—. La campaña va a ser un éxito. Ven, no hagas caso a mis tonterías, te ayudaré a subir los escalones.

Sira le devolvió la sonrisa comprensiva, pues entendía el estado de ánimo de todo el equipo. Cuando llegó al plató, se situó en el marco que le indicaron y, cuando los focos se dejaron caer sobre su rostro, comenzaron a grabar los primeros planos.

La cantante miró en dirección a la cámara y explicó que su piel no estaba tan tersa y fresca como antes. Un chico joven, vestido de blanco, se acercó a ella y le entregó un folio transparente, diciendo:

—Prueba el último invento en cosmética, es algo parecido a una segunda piel. Se aplica con facilidad y, una vez que lo llevas puesto, te olvidas por

completo de él. Casi al instante, tu piel luce como nueva. Toma, es para ti, considéralo un regalo.

Sira lo aceptó complacida y contempló el delgado folio con curiosidad; era transparente y suave al tacto. Estiró los laterales y el folio se tensó y se alargó, pero su textura elástica le hizo retomar su aspecto inicial cuando dejó de estirarlo. Por último, lo acercó a su cara, inspiró su olor y lo pegó sobre su rostro. La fina membrana se fundió con su propia piel en cuestión de segundos y, tras dos o tres toquecitos con las yemas de los dedos, quedó adherido totalmente a su dermis. Un técnico enfocó hacia ella un reflector, que iluminó su cara y ofreció un primer plano de su piel resplandeciente. El vídeo finalizaba con un eslogan, de lo más convincente:

—¡Esto funciona, yo me animé a probarlo! ¿Y tú?

El productor gritó:

—¡Corten! —Una avalancha de aplausos interrumpieron el silencio del plató—. Ya lo tenemos. Salió a la primera. Solo vamos a necesitar dos o tres tomas más, por seguridad; pero, en principio, utilizaremos esta; ha quedado natural, simplemente perfecta. Gracias, querida, has estado genial. Qué gusto trabajar contigo.

Sira repartía sonrisas y palabras de agradecimiento entre los técnicos y la gente que participaron en la grabación cuando su mirada chocó con las lagunas azules de Martín. Sendas oleadas de calor se filtraron por la abertura de su generoso escote y se alojaron en su vientre, como le sucedía cada vez que la miraba de aquella manera, penetrante, intensa. Admiró el aspecto impecable que ofrecía su chico vestido con un moderno traje azul antracita, de tres piezas, y observó cómo el pantalón se emulaba a la perfección sobre sus caderas para después bajar con elegancia hacia los zapatos de piel suave, del mismo color. La camisa blanca almidonada dejaba todo el protagonismo a la corbata estrecha, impresa en distintos tonos de plata. El pelo rubio oscuro estaba disciplinado y cortado a la última moda. Le lanzó una mirada orgullosa que le hizo sentirse la mujer más afortunada del planeta y, cuando le ofreció la mano para bajar los escalones, aceptó encantada.

—Sira, tu actuación ha sido espectacular. Verte así de perfecta me hace sentir inseguro, y me pregunto si todo lo que haces en la vida te sale igual de perfecto.

—Depende —rió y, tras una breve pausa, añadió en tono travieso— de las ganas que le ponga, claro. Y un chico tan apuesto como tú, ¿inseguro? Difícil

creerlo.

—Ven, te invito a un refresco —sonrió, al tiempo que le besaba la comisura de los labios y tiraba de su cintura con delicadeza.

Sira fingió un suspiro.

—Apenas me besas como Dios manda, porque estamos en público. Y, en vez de una buena copa de champán, me invitas a un... ¡refresco! No es justo —se quejó con un mohín—. Acabas de decir que has quedado impresionado por mi trabajo. No sé yo si creérmelo.

—Créetelo y acepta mi humilde ofrecimiento. Después, te compensaré en privado; habrá champán, te lo prometo. —Sus ojos azules brillaron con intensidad—. Solo puedes tomar alcohol en ocasiones especiales. Es por tu bien, ya lo sabes.

Puso los ojos en blanco, pero asintió resignada. Sabía que necesitaba estar alejada del alcohol, su intento de suicidio le había hecho comprender lo peligroso que podría llegar a ser si superaba los límites. El que Martin se preocupara tanto de este aspecto y la tuviera saciada de refrescos hasta la saturación le hizo comprender cuál honda era su protección. Aceptó el vaso de su nueva aliada, Fanta de limón, y tomó un sorbo largo.

Volvieron a grabar la toma necesaria y, luego, acudieron al lanzamiento de SSK.

La sala de reuniones del prestigioso hotel Ritz estaba repleta de gente. Se habían presentado setenta y nueve periodistas de doce países diferentes y veintidós empresarios de la industria cosmética. La flor y nata de Europa quería conocer el novedoso producto y, como Sira era la madrina, la expectación no había hecho más que aumentar. SSK había despertado mucha curiosidad y nadie quería perderse su lanzamiento. Blanconieves revoloteaba inquieto por la sala, con las seis enanitas pegadas a sus talones.

El profesor Lacroix permaneció en el hospital desde su regreso de Casablanca. Sufría hepatitis crónica, artrosis y miedo a los espacios abiertos. Ese día, no obstante, dejó de lado su recuperación para presenciar el lanzamiento de la «segunda piel», y allí estaba, sentado en una silla, mirándolo todo con expresión ausente. Debería de sentir alegría, júbilo; sin embargo, unas potentes ganas de llorar se apoderaron de todo su ser. Sira se aproximó a él, tocándole los hombros con afecto.

—Hola, Francis, tienes buen aspecto. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy emocionado —reconoció afectado—. Martin quiere que diga algunas palabras, pero no sé si voy a poder.

—Si no puedes, tranquilo; Martin lo entenderá —lo calmó, al tiempo que le infundía ánimos con la mirada. Las luces comenzaron a apagarse, señal que la ceremonia estaba a punto de comenzar—. El que estés aquí es importante para él.

—Sira, gracias por lo que hiciste por mí en Casablanca —exclamó el profesor, mientras su mano huesuda y temblorosa la tocaba con suavidad—. Y, gracias por lo que haces por él. Nunca lo había visto tan feliz, aunque mi opinión no cuenta demasiado, llevo muchos años sin verlo y, antes de marcharme, no le prestaba demasiada atención, pero mi instinto de padre me dice que tú lo eres todo para él.

Ella sintió la emoción recorrerle las entrañas. Le apretó la mano en actitud comprensiva y le dijo con voz entrecortada por la emoción:

—Él también me hace feliz a mí. Durante la presentación, estaré a tu lado y, cuando te nombren, acudiré al escenario contigo, si quieres. Dirás unas pocas palabras, las que tú puedas, y después yo te cubriré. Martin nos necesita a los dos y no podemos fallarle. ¿De acuerdo?

El profesor sonrió y aplaudieron los dos con entusiasmo cuando observaron que, en el escenario, el presentador daba paso a los creadores del SSK: Martin Lacroix y René Plessier.

René fue la primera en hablar. Comenzó a presentar el producto, detallando todas las características técnicas de este. Respondió entusiasmada a las preguntas de los periodistas y de los empresarios interesados. Martin informó sobre las condiciones de comercialización y sobre el precio fijado para la venta al público. Finalizó su discurso con un emotivo reconocimiento hacia el trabajo de Francis:

—SSK fue ideado por mi padre, el reconocido profesor Francis Lacroix, que, como bien saben, fue secuestrado y permaneció privado de libertad durante siete años. No está en su mejor momento de salud, pero, si se encuentra con ánimos, lo invito a subir al escenario para que podáis conocer al impulsor de la «segunda piel».

La sala rompió en aplausos y el reflector se dirigió hacia su padre. Sira le tomó por el brazo para ayudarlo a caminar. Francis se acercó a su hijo y se fundieron en un sentido abrazo. La cantante se refugió en un segundo plano y

dejó el protagonismo a padre e hijo. Francis se alisó la solapa de su traje, que aun cuando era la medida XS, colgaba de su cuerpo, por lo que se evidenciaba su extrema delgadez. Agarró el micrófono con manos temblorosas y dijo con voz débil:

—SSK es un buen producto, espero que lo disfruten. Estoy muy orgulloso de presenciar este día. Le dedico el éxito a mi mujer, Adela.

Dejó el micrófono de lado y se retiró abatido. Martin le ayudó a bajar, mientras el presentador le daba una calurosa bienvenida a Sira, para que contara su experiencia como imagen de SSK. Contestó a todas las preguntas de los periodistas con agrado y la sala entera se quedó en silencio cuando un reportero le preguntó:

—¿Es cierto que mantienes una relación sentimental con Martin Lacroix?

—En el laboratorio AM Cosmétiques he encontrado dos cosas muy valiosas —respondió, emocionada—. La primera es SSK, que os puedo asegurar es un buen producto, testado y finalizado bajo las más estrictas normas de calidad. Lo segundo —sonrió y tomó una pausa—, es Martin Lacroix de quien estoy profundamente enamorada y con quien deseo compartir mi vida.

Los aplausos cayeron sobre la sala como una lluvia de estrellas y el foco luminoso se paseó, de forma alternativa, sobre la cara de Sira y de Martin.

Capítulo 40

Martín abrazó y felicitó a todo su equipo. El lanzamiento de SSK resultó ser un éxito redondo y, antes de comenzar la producción, ya tenían firmadas las ventas de dos millones de unidades de «segunda piel».

—Nos espera un duro trabajo por delante. Habrá que duplicar la producción que planificamos inicialmente —anunció Martin animado—. Estoy muy orgulloso de vosotras y os agradezco vuestro esfuerzo, paciencia y trabajo. Mañana, habrá recompensa económica para todo el equipo.

Se despidió de ellas y se aseguró de enviar a Francis a Mont Blanc en un taxi. Al día siguiente, regresaría de vuelta al hospital, pero esa noche su padre cenaría y dormiría en su casa.

La jornada había sido intensa y Martin no supo qué fue lo que le había alterado más: si el hecho de asistir, por fin, al lanzamiento de SSK; el ver a su padre dedicárselo a Adela, o el escuchar, de la boca de Sira, una declaración pública de amor.

Giró sobre sus talones y la buscó con la mirada. Entre flashes y cámaras, ella interactuaba con los periodistas con seguridad. Se sintió muy orgulloso al contemplar que se desenvolvía a la perfección en cualquier situación. Esperó paciente hasta que la prensa se alejara de ella, ya que sabía que a él no lo adoraban tanto, y fue a su encuentro. Le besó la mano con galantería y la estrechó contra su pecho. Sira suspiró, dejó la cabeza descansar en el hueco de su torso e inspiró con gusto su perfume intenso y masculino.

—Estoy cansada —musitó—. Llévame a casa.

—Me temo que, antes, tienes que acompañarme —se disculpó, al tiempo que la abrazaba con más fuerza. La joven levantó la cabeza y le interrogó con la mirada.

—Ha llegado la hora de que conozcas a mademoiselle Biton. Ha insistido en ello y nos espera en casa con una cena especial. Lo siento, sé que estás cansada, pero no pude rechazarla, es como mi segunda madre. Estuvo en la presentación, aunque ha insistido en conocerte de una forma más íntima. Espero que no te importe el que le haya dicho que sí, ella es muy especial para estas cosas... y, resumiendo, le prometí que iríamos a cenar a casa. Para ella es importante... y para mí también.

—Me hace ilusión conocer, al fin, a la temida mademoiselle Biton, aun cuando no me da buena sensación su nombre. ¿Por qué a su edad la sigues llamando mademoiselle?

Martin rio despreocupado y las señales de tensión desaparecieron de su rostro.

—Por costumbre, creo. Y porque no me imagino llamarla de otra manera.

Sira meneó la cabeza y se dirigieron hacia la salida del hotel para buscar un taxi. Media hora después, las puertas de la casa Lacroix se abrieron de par en par para recibir a una emocionada Sira.

Desde una pequeña entrada accedieron a un majestuoso salón, iluminado por dos candelabros que aguantaban, sobre los brazos abiertos, decenas de velas eléctricas encendidas. La mesa estaba repleta de platos de porcelana de distintos tamaños que iban sobrepuestos unos sobre otros, y tenían en la base el más ancho. Los vasos, posicionados de manera perfecta y una multitud de tenedores y cuchillos se encontraban organizados por medidas. En el centro de la mesa destacaba un ramo de rosas rojas, que imprimía el único toque de color y alegría a la conservadora mesa. Una gran alfombra egipcia descansaba sobre una tarima de madera pulida y los cuadros clásicos que colgaban de las paredes gritaban, desde sus rincones, que ese hogar era un lugar clásico y tradicional, como pocos quedaban ya.

En cuanto se enteró de su presencia, mademoiselle Biton salió a recibirlos. Vestía un traje *deux pies*, color crema, medias de nylon y zapatos bajos, sin tacón. El pelo canoso lo llevaba recogido en un moño trenzado. Su clásico aspecto estaba alterado por los pendientes largos, tipo hippie, que colgaban de manera despreocupada de sus orejas. Sus ojos se posaron sobre la invitada, a la que estudió con gesto crítico. Sira se sintió intimidada por su mirada seria, y el color extraño de sus ojos, parecido al de las castañas desteñidas por el fuego, le recordaron a la institutriz cruel que la despojó de su colgante con el símbolo de infinito. Sin poder evitarlo, la cantante clavó con fuerza los

dedos en el brazo de Martin, quien se apresuró a presentarlas:

—Mademoiselle Biton, es un honor para mí presentarte a Sira, mi prometida.

«Mi prometida».

Presentación simple, elegante, sublime. A Sira se le encogió el corazón. Nunca nadie, hasta entonces, la había llamado «prometida».

—¡Bienvenida, Sira! —En la cara de mademoiselle Biton floreció una débil sonrisa, al tiempo que alargaba su mano para saludarla. Su voz humilde y dulce, junto al suave apretón de su mano, le indicó a Sira que esa mujer no era la bruja que pensaba y ahuyentó los malos recuerdos. Acomodó su perfil bueno, sonrió y se preparó para deslumbrar a la vieja señorita.

Momentos después, apareció Francis y, entre todos, disfrutaron del exquisito solomillo Wellington con foie y gnocchi relleno de setas silvestres. El humor de Sira mejoró bastante cuando el profesor aportó su granito de arena y depositó sobre la mesa una botella de vino, Château Haut-Brion, edición especial.

Los cuatro comensales llenaron de risas y alegrías el salón. Francis contó algunas vivencias de su cautiverio, pero lo adornó todo con pinceladas de humor, para no estropear la buena disposición que reinaba en la mesa.

Pasada la medianoche, se retiró para descansar y mademoiselle Biton le siguió minutos más tarde. Tras quedarse solos, Martin invitó a Sira a su habitación. Ella aceptó encantada de conocer su espacio íntimo, deseosa de estar cerca de sus cosas personales. Contempló con curiosidad su cama clásica, rodeada por un baldaquín de madera, y sus ventanales amplios que daban paso a unas vistas espectaculares. Se dejó caer con pesadez sobre la cama de él y se sintió como una niña que deseaba dar pequeños saltos en el colchón de sus padres en la ausencia de estos. Exclamó riendo:

—Me siento como una colegiala que ha conseguido colarse en la habitación de su novio. No, perdona, *prometido*. La presencia de mademoiselle Biton, junto al hecho de que me hayas llamado delante de ella tu «prometida», hizo que me sintiera muy feliz. ¿Y, sabes por qué?

—¿Por qué? —preguntó, al tiempo que se tumbaba junto a ella y la miraba expectante.

—¡Porque yo nunca he tenido esto! —exclamó con la mirada encendida. Se giró hacia él y se abandonó en sus brazos—. Gracias por llamarme hoy tu «prometida», me ha gustado mucho. ¡No sabes cuánto!

—Gracias por confirmar lo nuestro delante de todo el mundo. —Martin tiró de su cintura y la besó con dulzura en los labios. Con voz ronca añadió—: Me ha gustado mucho. ¡No sabes cuánto!

Se miraron en silencio, las aguas verdes se entremezclaron con las lagunas azules formando un torbellino de emociones perfecto, único y especial.

Capítulo 41

Seis meses más tarde

Las luces se apagaron y sobre el gran teatro L'Olympia de París cayó el silencio. Tras unos segundos, comenzaron a sonar con fuerza los acordes de una guitarra eléctrica y una lluvia de estrellas se dejó caer desde el techo. Un foco brillante se posó sobre una silueta que apareció en el medio del escenario y avanzaba segura de sí misma entre aplausos.

—¡Buenas noches, París! —gritó Sira y el público le contestó con una enloquecida avalancha de gritos y silbidos—. ¿Listos?

Cinco bailarines salieron a escena y comenzaron a moverse junto a ella. La lluvia de estrellas desapareció y el escenario fue tomado por una fusión de colores intensos que se movían de forma intermitente, pasando del brillante verde, al suave amarillo, después un potente rojo volvía a iluminar el escenario y finalizaba alumbrado por el seductor violeta. Los focos hicieron que el minúsculo vestido plateado de Sira brillara con luz propia y, debido a sus movimientos sensuales, su pelo alborotado se ondeaba con gracia sobre su espalda parcialmente desnuda. Sus botas altas, que le cubrían las rodillas y le llegaban a la altura de muslo, pisaban con fuerza el escenario y se movían así como el ritmo de la canción lo pedía.

Tras una hora y media de buena música y espectáculo, llegó el turno de la despedida del público parisino:

—*Mersi beuacoup*, París. ¡Volveré pronto! ¡Os quiero!

El público enloqueció y gritó su nombre hasta que la cantante volvió a aparecer en escena.

—De acuerdo, vosotros ganáis —accedió sonriente—. Cantaré mi último éxito, *No soy un ángel*, pero necesitaré ayuda, así que invito al escenario a

Martin, mi novio, y a las chicas SSK, que esta noche están aquí con nosotros.

Los focos se dirigieron hacia la primera fila, desde donde las aludidas saludaban encantadas con las manos levantadas, deseosas de salir a bailar y a cantar.

Martin, al ver su cara iluminada, se levantó pensando que a Sira le saldría muy cara esa chiquillada. Ella sabía mejor que nadie lo tímido que era y que plantarse delante de miles de personas no era, precisamente, su sueño. Miró a René y se sorprendió al verla cantar y sonreír. Las otras cinco chicas ya se encaminaban bailando hacia el escenario.

—Vamos a mover el esqueleto —le gritó René, repleta de entusiasmo—. Lo vamos a pasar pipa.

Agarró el brazo de Martin, obligándole a seguirla.

—¿Sabes? —le gritó, de nuevo, al oído mientras subían los escalones de acceso— hace algún tiempo, odié a Sira con bastante intensidad porque pensé que no era buena para ti... De hecho, para serte sincera, nadie me parecía lo suficientemente buena para estar contigo. Creo que, en el fondo, me enamoré de ti, sin darme cuenta.

Martin se paró en seco y la miró con incredulidad.

—¿Tú... has estado enamorada de mí?

Ella rio despreocupada y le tomó del brazo en actitud amistosa.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo. Tranquilo. No quedan brasas. Sira me cae genial, es una tía estupenda. Y tú pareces muy feliz desde que estás con ella. Y, desde luego, más alegre.

Martin le dio un beso en la mejilla.

—Ya que es momento de confidencias, hay una cosa que también me he guardado con respecto a lo que me acabas de confesar. Yo también estuve enamorado de ti, hace algún tiempo.

Ahora, fue el turno de René de quedarse parada.

—Tranquila, eso ocurrió hace mucho tiempo. No quedan brasas.

René sonrió y le besó en la mejilla. Martin la tomó por la cintura y avanzaron hacia Sira.

Cuando se reunieron con ella en el escenario, los acordes de *No soy un ángel* comenzaron a sonar con fuerza. Sira colocó a las chicas junto a los cinco bailarines y se quedó al lado de Martin. Él le envió una mirada de «mañana te mataré» y ella le abrazó el cuello y le dio un beso intenso en los labios.

Comenzó a cantar y a bailar y, al llegar el estribillo, le enseñó a Martin a mover la cadera al ritmo de la música. Le abrazó por la espalda y realizó los movimientos junto a él, hecho que hizo al público gritar y ovacionar. Después, se colocó entre las chicas y bailó con ellas la parte final de la canción.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —le recriminó Martin, una hora más tarde mientras cenaban—. No sé cómo no me he desmayado de vergüenza. Yo, Martin Lacroix, bailando delante de miles de personas.

Sira simuló una mueca arrepentida y se aguantó las ganas de reír. Las seis enanitas levantaron las copas de champán y brindaron contentas.

—¡Por Sira y por nosotras! —exclamó Roa con entusiasmo—. Fue genial verlo todo desde arriba y bailar contigo y los chicos, inolvidable. Pero, jefe, deja de quejarte ya. Es la quinta vez que preguntas lo mismo, hombre —le recriminó cariñosa.

Sira lanzó una sonrisa sentida y levantó su propia copa y la chocó con las demás. Martin se dejó atrapar por su entusiasmo y alzó también su vaso.

—¡Por nosotros! —brindaron todos a la vez—. Y por el éxito de SSK. Y por las siete enanitas y nuestro particular Blanconieves.

«Segunda piel» llevaba seis meses en el mercado y su lanzamiento fue muy bueno. Martin se entretuvo tomando pequeños sorbos de champán. Pensó para sus adentros que, de existir la felicidad, debía de ser el estado de euforia que sentía en ese instante. Esos pequeños grandes momentos que hacían a uno levitar. Se concentró en atrapar aquellas sensaciones en su interior para tenerlas consigo y soltarlas en horas bajas, en épocas de nubes. Estaba seguro que la esencia de la vida debía de ser esa: trabajo, esfuerzo, superación, éxitos. Pequeños y grandes momentos. Amor y dicha. A través del borde de su copa contemplaba a Sira y, cuando sus miradas se encontraron, sonrió satisfecho.

Dos horas más tarde se marcharon al hotel para descansar.

—Esto de ser cantante y entretener a miles de personas no es del todo fácil —dijo, al tiempo que abrazaba a Sira y le daba un beso en la sien. Creo que me olvidé de respirar cuando me vi, ahí arriba, delante de tantos pares de ojos. Me temblaban las piernas y dudo mucho que, llegado el caso, hubiese conseguido decir alguna palabra. Es impresionante lo que eres capaz de

hacer: cantas y bailas a la vez y estás pendiente de los bailarines y del público.

—No es fácil, pero es muy gratificante. Reconócelo, te lo has pasado bomba. Sé que te mueres por volver a repetirlo. —Sira se alzó de puntillas y le dio un beso húmedo en los labios—. Al próximo concierto...

—Ni se te ocurra —saltó contrariado—. Si lo vuelvas hacer...

Sira rio de buen humor y le selló la boca de nuevo, mientras abrazaba su cuello atrayéndole hacia ella.

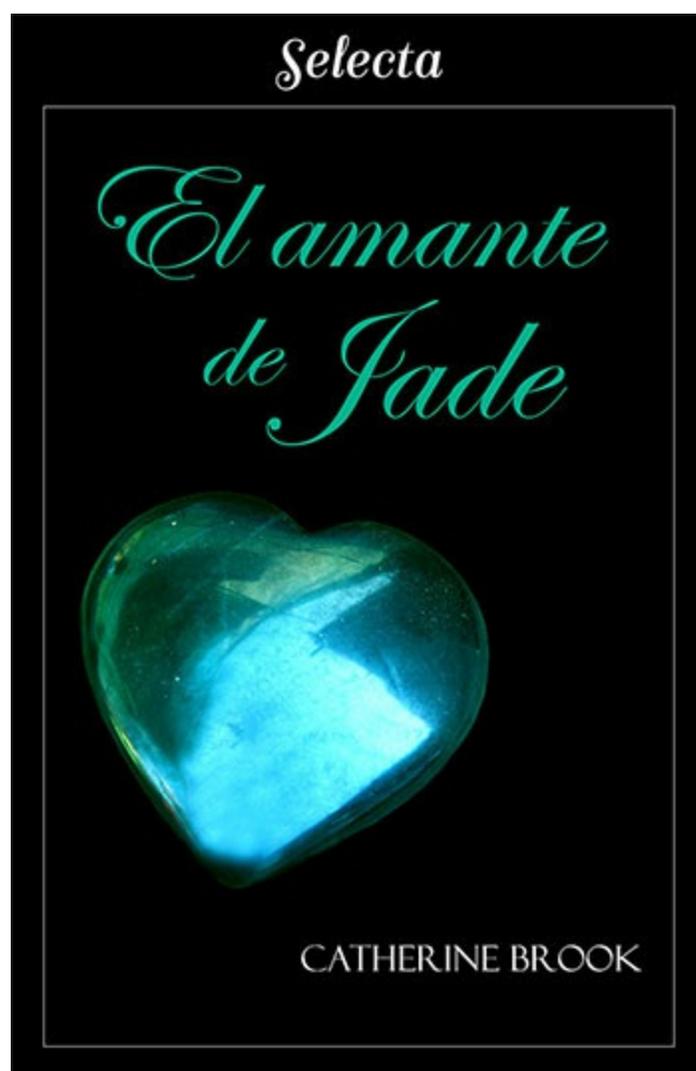
—Yo no soy sin ti, tú solo estás conmigo —susurró sobre sus labios. La pasión retenida, unida a las emociones vividas, convirtieron aquel beso en pasional y necesitado.

Fin

Nota de la autora

«Segunda piel» no existe en la realidad, pero es un producto en fase de experimento que la industria cosmética contempla comercializar en el futuro. Aun cuando la mayor parte de sus características han salido de la imaginación de la autora, es muy probable que algún día lo encontremos en las grandes superficies. No sé si será capaz de hacer todos los milagros descritos en el libro, ojalá así fuera. El Laboratorio Francés de Biología Molecular «FMBL» es un organismo inventado, por lo tanto, todo lo referente a él sale de la imaginación de la autora.

Si te ha gustado
Segunda piel
te recomendamos comenzar a leer
El amante de Jade
de *Catherine Brook*



Capítulo 1

Inglaterra, 1820

Lord James Armit caminó con tranquilidad por las calles del pueblo. Sus astutos ojos azules buscaban algo que lo pudiera entretener y lo sacara del letargo de aburrimiento al que se había sometido voluntariamente desde hacía ya unos meses.

Estando como estaba Londres en plena temporada social, era casi imperdonable que un libertino como él estuviera ahí, en el campo, buscando algo con qué matar el tiempo. Sin embargo, había sido una medida extrema que tuvo que tomar si no quería terminar ese año pasando por la vicaría; y es que su cuñada, Rowena Armit, era una celestina en toda regla. Debía ser la mayor casamentera de Londres, y tenía la firme convicción de que todo el mundo era más feliz casado; por eso, como él acababa de cumplir los veintinueve años, ya era apto para buscar una esposa que no quería.

La soltería era el bien máspreciado de todos los hombres y él no estaba dispuesto a dejarla ir tan joven. Era hijo menor y no tenía responsabilidades a su cargo, por lo que la obligación de engendrar herederos no sería necesaria, al menos que su hermano, el duque de Richmond, siguiera como hasta ahora, sin progenie.

Él no quería ser duque, eso era muy ajetreado y requería un nivel alto de responsabilidad. No se podía decir que fuera irresponsable, pero tampoco había sido preparado para semejante carga, por lo que rogaba al Ser Divino que un día de estos la noticia de que se esperaba un heredero al ducado llegara a sus oídos, no solo por él, sino por su hermano y por su cuñada. James estaba y estaría feliz siendo lo que era hasta ahora, un inversionista con dinero suficiente para mantenerse él mismo y llevar una vida esplendorosa. Sus negocios, que por cierto había dejado abandonados por huir al campo, no le exigían tanta responsabilidad como un ducado y podía seguir con su vida alegre sin ningún problema.

Cualquiera diría que huir al campo era una medida un tanto drástica; después de todo, era un hombre adulto que podía tomar sus propias

decisiones, pero el que afirmara eso no tenía una cuñada como la que él tenía. Rowena Armit era la personificación de la persistencia y no iba a descansar hasta verlo casado, como había hecho con todas sus pupilas, las Loughy. En el fondo, sentía cierto pesar por dejar a Esmeralda Loughy, a quien quería como una hermana, sola en las garras de su cuñada, pero todo fuera por la supervivencia de su soltería.

No obstante, dicha supervivencia le estaba causando un aburrimiento crónico que amenazaba con hacer flaquear su fiera determinación. Cuando había huido, lo había hecho con toda la intención de pasar ahí toda la temporada, pero, ahora, en pleno mes de abril, no estaba tan seguro de lograrlo. La tranquilidad de la propiedad solariega no era nada comparado con el bullicio de Londres y, estando como estaba lleno de entretenimiento y fiestas en esta época del año, se sentía fuera de lugar.

No es que no apreciara el campo, de hecho, se había ido ahí no solo por escapar, sino para que su tranquilidad le ayudara a pensar en otras estrategias que sirvieran para evadir a su cuñada y que no significaran su ida de Londres cada temporada, pues estaba claro que, si hacía eso siempre, su próximo destino terminaría siendo Bedlam. Él era un hombre activo, alegre, social; estar recluido ahí, sin nadie interesante con quien hablar ni nada que hacer, solo podía significar la pérdida de su salud mental y tampoco era el caso. La caza, la práctica de tiro, montar a caballo dejaron de ser de su interés hacía días y ahora necesitaba algo más, algo que esperaba encontrar en ese pueblo.

Era mundialmente conocido que no había mejor remedio para el aburrimiento que un buen revolcón con una persona agradable de vista, pues no solo te entretenía, sino que te dejaba de un buen humor que necesitaría si quería seguir ahí hasta que encontrara una solución a su problema. El sexo era desde tiempos inmemorables el mejor remedio para casi todos los males y él estaba dispuesto a buscar a alguien que pudiera proporcionárselo. En ese pequeño pueblo tenía que haber alguna joven viuda necesitada de atención, o quizás alguna criada o doncella dispuesta a prestar sus servicios por un rato efímero de placer.

James no era arrogante ni dado a alabarse a sí mismo, pero sí sabía el efecto que causaba en las mujeres y lo que estas estarían dispuestas a hacer por meterse en su cama. Sabía, sin temor a equivocarse, que fuera cual fuera la elegida, no se haría del rogar, y eso era posiblemente lo mejor de todo, pues ahorraría tiempo y tendría sus momentos de placer lo más pronto posible.

Pasó sus ojos por el pueblo fijándose en todas y cada una de las mujeres que se encontraba. No sabría diferenciar a una casada de una soltera o viuda, pero ese no era un inconveniente que no se pudiera resolver con una simple conversación antes del flirteo.

Siguió observando, pero no pudo hacer más que suspirar ante la terrible decepción que empezaba a embargarlo. No se podía decir que las mujeres del pueblo fueran feas, pero ninguna parecía llamar su atención. Había unas cuantas doncellas bonitas que debían trabajar en casas vecinas, pero ninguna que le despertara algún deseo. No había nadie... Sus ojos se detuvieron de repente en una hermosa cabellera negra recogida en un sencillo moño con pocas horquillas.

La portadora de tan brillante cabello era una mujer de figura esbelta y bien proporcionada, vestida con ropa algo vieja y desgastada, típica de una doncella. Estaba de espaldas hablando con el herrero en la puerta de la herrería y James no pudo distinguir bien su cara. Curioso, se acercó un poco hasta que pudo verla mejor. Se quedó sorprendido, pero no sabía bien por qué.

La mujer en sí no tenía nada fuera de lo común. Era bonita, pero acababa de ver a otras más hermosas. Sus rasgos no mostraban nada extraordinario, y no podía definir el color de sus ojos, sin embargo, seguía viéndolos como hechizado. No sabía si desprendía alguna clase de aura que captaba su interés, o tal vez era el cuerpo voluptuoso que escondía tras esos ropajes austeros, pero no podía apartar la mirada como si una fuerza desconocida lo obligara a permanecer ahí. Ella se movió un poco y pudo ver cómo fruncía el ceño, para luego poner una cara de indiscutible súplica al herrero que, después de unos segundos, asintió. Ella sonrió y James pareció no poder moverse del lugar.

Podían decir que exageraba, pero estaba seguro de que esa era la sonrisa más hermosa que había visto en su vida. Acostumbrado como estaba a sonrisas falsas y ensayadas, esa sonrisa de natural alegría, o triunfo en ese caso, lo dejó completamente desarmado. Decidido, empezó a acercarse; su búsqueda había terminado.

Jade contuvo a duras penas el impulso de abrazar al amable herrero y agradecer por su buena disposición.

Ahora que su situación estaba en estado crítico, eran pocas las personas que se atrevían a prestarle un favor sin solicitar nada a cambio, y ella no los

culpaba. El pan de cada día de la gente del pueblo era el trabajo, y nadie podía darse el lujo de brindarlo sin ninguna retribución, aunque fuera la hija de un barón quién lo pidiera; sin embargo, Jade en ese momento no se encontraba en posición de pagar a nadie, ni siquiera al herrero por unas simples herraduras que necesitaban los caballos.

Durante los últimos meses, su situación parecía ir de mal en peor, y su padre, castigado con la mala suerte, no daba un paso hacia delante. Era cierto que desde hacía más o menos cinco años su situación empezó a decaer, hasta el punto de que solo pudo tener una temporada decente en Londres, pero ahora estaba en ese momento en que la cosa era insalvable. Por más que se buscaba, no había forma de que los acreedores de su padre en Londres no vinieran a exigirle su pago y, como no lo tendrían, se lo llevarían a Marshalsea, y su madre y ella quedarían desamparadas.

Su padre no era un mal hombre, ni tampoco un mal padre, pero el pobre no tenía, en lo más mínimo, don para los negocios y siempre quiso vivir mejor de lo que la finca del baronado lo permitía. Los aristócratas, que solían tenerle aversión al trabajo, se conformaban con lo que las propiedades ligada a los títulos dieran; no obstante, su padre quería más y ahí fue donde iniciaron sus desgracias.

Cuando su hermana fallecida, Susan, fue presentada, hace ya cinco años, en sociedad, su padre, ansioso por que su hija predilecta no tuviera nada que envidiarles a las demás damas, había decidido recurrir a las inversiones para conseguir más capital, sin embargo, el resultado había sido contrario a lo imaginado. La inversión resultó pérdida y su padre entonces decidió seguir probando suerte para recuperar el capital perdido, a pesar de que Susan, de corazón tan noble, le insistía en que no era necesario. Su hermana nunca había sido vanidosa ni necesitaba vestidos extravagantes y caros para ser feliz, además de que era todo lo hermosa que ella no era, también era buena y bondadosa, inspiraba tal aura de alegría que en su primera temporada consiguió comprometerse con el que era ahora el barón de Clifton. Por alguna de esas malas jugadas del destino, la tisis se la llevó poco antes de su matrimonio y trajo consigo más desgracias de las acumuladas.

Habiendo tenido que guardar luto por todo un año, su presentación en sociedad la tuvo a los diecinueve años y Jade en verdad se esforzó por conseguir un buen marido; nunca había creído en ideales amorosos y sabía que su familia dependía exclusivamente de ella. No obstante, su cara nunca

podría haber rivalizado con la de su hermana, y los pretendientes jamás llegaron, sobre todo si se considera su mísera dote de mil libras. Fue un total y rotundo fracaso y después las cosas iban demasiado mal para pagar otra temporada. De hecho, si había sobrevivido todos esos años, era en parte por la generosidad del antiguo prometido de su hermana, que por algún motivo se había visto en la obligación de ayudarlos durante todo ese tiempo, y lo seguiría haciendo si no fuera porque ella, creyendo que ya abusaban demasiado de la generosidad del barón, armó un ardid para que este creyera que todo estaba bien, y para que su padre pensara a su vez que no los podía seguir ayudando. Sabía que había sido un acto egoísta de su parte si se consideraba su situación, pero la verdad es que no se arrepentía; Anthony Price, Barón de Clifton, no tenía por qué pagar los platos rotos de su padre.

Suspirando, se giró y empezó el camino de vuelta a casa. Cualquiera que la viera podía dar por hecho de que la familia había caído lo más bajo que podía. Su ropa había pasado de moda hace siglos y ahora estaba desgastada; la hacía parecer más una doncella que una dama. En la casa no había más criados que los necesarios y habían vendido todo lo de valor que tenían. Estaban en la ruina total y no había nada que los pudiera sacar de ahí... Bien, Anthony los podía sacar de ahí, pero primero muerta antes que perder su orgullo y pedirle nuevamente ayuda al hombre. Sabía que la ayudaría de forma desinteresada pues, a pesar de todas las barbaries que se decían de él, era buena persona. Sin embargo, ya había hecho bastante y Jade no podía pedirle más. Lo mejor sería pensar la manera en que haría para mantener a su madre cuando su padre terminara en la cárcel.

Tan concentrada estaba en sus problemas que casi tropieza con el hombre rubio que se le interpuso en el camino. Frenando sus pies, Jade alzó la cabeza para murmurar una disculpa y casi se quedó estática de la sorpresa.

El hombre que tenía frente a sí debía ser el espécimen más apuesto que hubiera visto jamás. Tenía el típico cabello rubio de un inglés y los ojos del mismo color azul que todos, pero había algo que lo hacía ver diferente. Podía ser la apostura de sus rasgos, o lo fornido de su cuerpo, o tal vez esa sonrisa encantadora que le dirigió; no lo sabía, pero Jade se veía incapaz de moverse.

Él amplió su sonrisa como si supiera el efecto que provocaba y ella se vio obligada a reaccionar.

—Disculpe. Estaba distraída —le dijo e intentó pasar de largo, pero él le bloqueó el camino.

—No se preocupe, de hecho, venía buscándola a usted.

—¿A mí?

Jade miró al hombre con sospecha y se dio cuenta de que en realidad no lo había visto nunca. El hombre tenía toda la pinta de un aristócrata, pero eso era imposible pues las personas importantes que vivían cerca estaban en Londres disfrutando de la temporada.

—Sí, a usted. —Él volvió a sonreír y Jade dio instintivamente un paso hacia atrás—. Puede decirme su nombre.

—Yo... —Ella nunca había sido buena relacionándose, ni se diga hablando con gente extraña—. Soy la señorita Kingsley.

Era su impresión, ¿o parecía complacido cuando mencionó que era señorita? ¿Debería salir corriendo? Tal vez debió llevar a Harry consigo. «No seas exagerada, Jade», se reprendió. Estaban parados en la mitad del pueblo, él no podía hacerle nada, ¿cierto?

—Un gusto conocerla, señorita Kingsley. Yo soy... James, James Armit.

¿Armit? ¿Armit...? ¿Dónde había escuchado ese apellido?

—Un placer, señor Armit. —Jade intentó rodearlo, pero él volvió a bloquearla.

Sí, debió llevarse a Harry consigo, su fiel mascota hubiera conseguido espantar al desconocido, así como posiblemente hubiera espantado a medio pueblo.

—¿Tiene prisa? —preguntó—. ¿A dónde va? Quizás pueda acompañarla.

—No —respondió Jade de inmediato y dio un paso hacia atrás. ¿Por qué tenía la impresión de que estaba en problemas?

James frunció el ceño y miró a la joven que parecía querer salir corriendo. Esa no era la respuesta que solía recibir cuando se acercaba a una mujer. Con regularidad, solían corresponderle la sonrisa y coquetearle sin pudor... ¿Sería que los años lo habían vuelto demasiado arrogante?

—¿Por qué no? —preguntó acercándose un poco y Jade consideró la posibilidad de que estuviera tratando con un loco. ¿Sería?

—Porque no lo conozco —respondió como si fuera obvio—. Ahora... ¿me dejará en paz?

Él volvió a fruncir el ceño como si su reacción lo desconcertara. Tal vez sí estaba loco. ¡Oh, Dios!, y ahora ¿qué hacía?

—Bien precisamente por eso —respondió recuperando su buen humor—. Podemos conocernos mejor. Para eso me acerqué a usted.

Jade se quedó estática y miró a ambos lados como si buscara a alguien; a James le parecía que creía que no se refería a ella.

—¿Para conocerme a mí? —Su tono de incredulidad lo desconcertó.

—Sí... Me ha llamado usted la atención, y me pregunté si no querría... pasear un rato tal vez.

Jade se encontró pensando en el tiempo que tardaría la gente en acudir en su ayuda si gritaba. El hombre era un caballero, hablaba como un caballero y vestía como un caballero, pero no parecía estar en sus cinco sentidos. Ningún hombre se acercaba a ella para conocerla mejor, pues todos ahí la conocían, y los forasteros no solían prestarle atención, ya que no era el tipo de mujer que llamaba el interés para algo serio y, después de una mala experiencia hace años, lo tenía bastante claro, además de muchos motivos para desconfiar de la persona que tenía en frente.

—Quizás pueda acompañarla a donde vaya. ¿Regresa a su trabajo o va a su casa?

Jade, que había empezado a dar unos pasos hacia atrás, se detuvo en seco al oír la palabra «trabajo».

—¿Trabajo?

Él pareció confuso con su reacción, de hecho, parecía que hablaban dos lenguas distintas, o al menos no hablaban de lo mismo.

—Sí... ¿Dónde trabaja? ¿O solo ayuda en su casa?

Sí, definitivamente, no estaban hablando del mismo tema.

—Me temo, señor, que está confundido. Yo no trabajo en ningún lado...

—Espléndido. Así será todo más fácil.

—¿Más fácil?

Dios, debía parecer una retardada, pero es que en verdad no lograba seguir la conversación.

—Pues sí, será más sencillo vernos si no trabaja en ningún lado.

—¿Vernos? ¿Por qué habría de querer volver a verlo? —Era un hombre guapo y todo, pero no lo conocía.

Al ver su reacción desconcertada, James se percató de que había estado dando rodeos y no había hablado claramente con ella. Debió suponer que no todos podían leer entre líneas.

—Me disculpo, creo que no he sido del todo claro.

—No, no lo ha sido.

—Verá, he venido a pasar una temporada por acá y temo que estoy un poco

aburrido. Me preguntaba si usted querría... ayudarme con eso. —Eso debía bastar para que entendiera, ¿no? Por su cara se dio cuenta de que no. Suspiró —. Le estoy proponiendo una aventura. Sé que no nos conocemos, pero le aseguro que no se arrepentirá —dijo y sonrió seductoramente.

Ella pudo haberse perdido en la belleza de esa sonrisa si su cerebro, no tan ingenuo como años atrás, no hubiera comprendido a qué se refería. ¿Una aventura? ¿Acaso ese hombre acababa de hacer una propuesta indecorosa? ¿Pero quién se creía? ¡Ella era una dama! ¿Así de rápido correrían los rumores sobre su situación que los caballeros ya la creían una mujer perdida? ¿Que se creían con el derecho de hacerle propuestas indecorosas? ¡Pues no! Puede que a sus veintitrés años no tuviera esperanza alguna de matrimonio, pero jamás se rebajaría a semejante situación.

—¿Cómo se atreve? —espetó ella sin poder contener el tono de incredulidad y ofensa—. Mi padre lo retaría a duelo por mucho menos. Quítese de en medio o empiezo a gritar.

James, desconcertado, no se movió y ella lo tomó como una muestra de terquedad.

—Quítese del medio si no quiere que mi padre se entere de la ofensa que me ha hecho.

—Yo... Lamento si la he ofendido, pero no creí...

—¿No creyó que fuera a rechazarlo? —culminó ella más enojada que ofendida ahora—. Sépase que soy una dama, a pesar de todo, señor. La hija del barón de Seaford jamás se rebajará a semejante posición y puede decírselo a quien sea que le haya hecho llegar el rumor.

James pudo haber comprendido a qué se refería con «rumor» si su cerebro no hubiera dejado de funcionar en el momento en que ella dijo que era hija de un barón. ¡Hija de un barón! ¿En qué lío se había metido?

—Dios, señorita Kingsley... Yo no sabía... —Pero ella no siguió escuchando, caminó y lo dejó en medio del pueblo atontado y con muchas miradas curiosas sobre él.

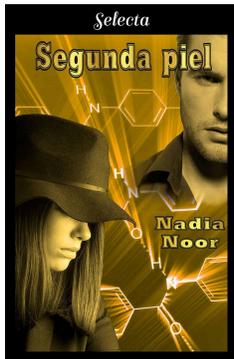
«La hija de un barón», se repitió James mientras regresaba a su casa. Le hizo propuestas indecorosas a la hija de un barón. Solo esperaba no recibir pronto a los padrinos del padre de la chica. ¿Cómo pudo haber cometido semejante error? La mujer podía vestir y parecer de clase inferior, pero su porte y su forma de hablar debieron haberle advertido que era una dama. «Puede que no hayas querido advertirlo», le reprochó su conciencia

recordándole las ganas que tuvo... o, mejor dicho, que aún tenía de llevarla a la cama, aunque desconocía el porqué. Como dedujo, no era excepcionalmente hermosa, pero vaya que tenía algo que llamaba la atención, algo que, mejor sería no investigar si no quería terminar muerto. Podía ser un libertino, pero ante todo era un caballero y jamás deshonraría a una dama ni se atrevería a decirle ese tipo de cosas. Si hubiera sabido...

Negando con la cabeza, se dijo que ya no tenía caso. Lo hecho, hecho estaba. Solo podía rezar para que ella no dijera nada y no lo metiera en un problema.

Cuando llegó a la casa, rememoró la escena más calmado y admitía que causaba un poco de gracia. Debió de quedar como un completo imbécil, pero lo que le divertía era recordar la cara ofendida de ella. Había algo de adorable en la forma en que fruncía el ceño y en las chispas de rabia que brotaban de esos ojos que ahora, sabía, eran de un oscuro verde. No era hermosa, pero si bonita y James se encontró sin poder sacársela de la cabeza. Sabía que no podía volver a verla, pero no podía evitar recordarla. Se encontró deseando acariciar ese cabello negro que parecía tan suave, y besar con dulzura esos labios carmesí que sobresalían en su blanca piel... ¡Rayos! Debía olvidarla y lo haría. Mañana buscaría a otra que pudiera encargarse de lo que quería y el infortunado encuentro quedaría en el olvido. La señorita Kingsley quedaría en el olvido.

**Un novedoso producto cosmético puede traer
beneficios,
pero también complicaciones y, por qué no, amor.**



Tras la misteriosa muerte de su madre y la desaparición de su padre poco tiempo después, Martín Lacroix decide seguir con las investigaciones que este ha realizado sobre un potente y novedoso producto cosmético. Así, siete años después, logra que esté listo para su comercialización.

Sira, una exitosa cantante, será la imagen de la marca. Sin embargo, para evitar que aquello que esconde salga a luz, deberá robarle la fórmula maestra a Martín.

Pero nada saldrá como ella espera, pues la atracción que surge entre ambos no es algo de lo que puedan escapar

Nadia Noor (1977) es originaria del Europa de Este, pero desde hace más de veinte años vive en Valencia. Es ingeniera técnica y tiene un máster en Políticas de Integración Ciudadana. Trabaja en el departamento de exportación de una empresa y dedica todos sus ratos libres a escribir, que es su gran pasión. Tiene tres novelas publicadas con varias editoriales.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Nadia Noor

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-43-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

me**gustaleer**

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Segunda piel

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Capítulo 41
Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Nadia Noor
Créditos

Table of Contents

Segunda piel

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Nadia Noor

Créditos